



DANIEL

El triunfo del
reino de Dios

Luis de Miguel

Daniel - Introducción

Su lugar en la Biblia

En nuestras Biblias el libro de Daniel se encuentra en la sección de los profetas, entre Ezequiel y Oseas, no obstante, en la Biblia hebrea, Daniel no está incluido junto con los profetas, sino con otros libros que se denominaban “los Escritos” y que incluían Salmos, Proverbios, Job, Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Esdras, Nehemías y los dos libros de Crónicas.

En todo caso, aunque en la Biblia hebrea no figurara junto con los otros profetas, el Señor Jesucristo se refirió a Daniel como un profeta (**Mt 24:15**). Es verdad, no obstante, que Dios no envió un mensaje público a la nación de Israel a través de Daniel, algo que claramente hizo con los otros profetas, pero esto no quita que él fuera un auténtico mensajero que el Señor usó para revelar grandes verdades espirituales. Quizá lo que se subraya con estos hechos es que Daniel fue un profeta diferente de los demás. A continuación veremos algunas de sus características peculiares.

Autor

Los seis primeros capítulos del libro están escritos en tercera persona, mientras que los seis últimos lo están en primera persona. En la primera parte, aunque no se afirma que haya sido escrita por Daniel, él es uno de los personajes principales junto con sus compañeros de cautiverio Ananías, Misael y Azarías. En la segunda parte del libro, sí que se afirma que Daniel fue su autor (**Dn 12:4**). Además de esto, el mismo Señor Jesucristo reconoció la autoría de Daniel (**Mt 24:15**).

Varias cosas son las que sabemos de este personaje:

- Era “*del linaje real de los príncipes*” (**Dn 1:3**).
- Fue llevado cautivo a Babilonia en el tercer año del rey Joacim de Judá, sobre el año 606 a.C. (**Dn 1:1**). Esto quiere decir que creció en el ambiente del gran avivamiento religioso llevado a cabo por el rey Josías y del ministerio del profeta Jeremías.
- Una vez en Babilonia fue seleccionado para recibir una formación especial a fin de estar “*en el palacio del rey*” (**Dn 1:4**). El propósito último de este período de tres años de formación era el de borrar cualquier rastro de su cultura y religión anterior, pero Daniel y sus amigos resistieron con fidelidad toda esta influencia y se mantuvieron fieles a su Dios.
- Después de completar su formación sobresalió por encima de “*todos los magos y astrólogos*” que había en el reino de Nabucodonosor por su “*sabiduría e inteligencia*” (**Dn 1:20**).
- Dios le dio un don especial “*en toda visión y sueños*” (**Dn 1:17**) (**Dn 2:25-30**) (**Dn 4:7-9**) (**Dn 5:12-14**).
- El ministerio de Daniel fue muy prolongado. Comenzó siendo “*gobernador de toda la provincia de Babilonia*” bajo el mandato de Nabucodonosor (**Dn 2:48**), y “*prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa*” (**Dn 6:28**). De hecho, cuando Darío de media tomó el reino de Babilonia, colocó a Daniel en un

puesto de responsabilidad superior a todos los sátrapas y gobernadores (**Dn 6:1-3**). La última vez que tenemos constancia de su ministerio fue “*en el año tercero de Ciro rey de Persia*” (**Dn 10:1**). Por lo tanto, si suponemos que Daniel tenía unos diecisiete años cuando fue llevado cautivo a Babilonia en el año 605 a.C. y vivió hasta el tercer año de Ciro (536 a.C.), Daniel debía tener unos ochenta y seis años cuando terminó su ministerio.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que Daniel fue contemporáneo del profeta Ezequiel, quien también profetizó a Israel en el cautiverio. De hecho, en los días de Ezequiel la fama de Daniel como hombre de Dios era ampliamente reconocida, tal como podemos ver en las referencias que el mismo Ezequiel hace de él (**Ez 14:14,20**) (**Ez 28:3**).

Sin embargo, los ministerios de Jeremías, Ezequiel y Daniel fueron muy diferentes. Daniel fue un alto funcionario de estado que sirvió en las cortes de Babilonia y Persia anunciando el mensaje de Dios a reyes y príncipes, mientras que Jeremías se quedó con los judíos en Jerusalén y Ezequiel vivió en medio de los cautivos que fueron llevados a Babilonia. Por otro lado, mientras que Jeremías y Ezequiel eran profetas que se dedicaban completamente a la predicación de la Palabra, Daniel fue un hombre de estado que usaba las oportunidades que Dios le daba en ese ambiente para transmitir el conocimiento del Dios eterno. ¡Cuánto necesita nuestro mundo moderno a profetas del tipo de Daniel, que sean capaces de servir a Dios con fidelidad en las altas esferas del gobierno de las naciones! ¡Qué bueno sería encontrar políticos creyentes que supieran aprovechar las oportunidades que sus cargos les confieren para proclamar el mensaje divino y promocionar los principios de la Palabra de Dios!

Daniel siempre demostró un amor profundo hacia Dios y hacia su pueblo Israel, y aunque el texto no nos dice nada, es probable que tuviera algún tipo de influencia en la decisión de Ciro de facilitar el retorno de los judíos a Jerusalén para la reconstrucción del templo (**Esd 1:1**).

Fecha de redacción

Si el libro fue escrito por Daniel y su ministerio se prolongó hasta el tercer año del reinado de Ciro rey de Persia (**Dn 10:1**), tenemos que concluir que tuvo que haber sido completado sobre el año 535 a.C., mientras Daniel se encontraba en el exilio.

Por lo tanto, creemos que Daniel escribió este libro mientras aún se estaban desarrollando los eventos que se narran en él. Esto se vería confirmado por la familiaridad que su autor demuestra con los hechos históricos registrados, y que coinciden con el conocimiento que los descubrimientos arqueológicos nos han proporcionado de las cortes reales de Babilonia y Persia. Un conocimiento así habría sido imposible si su composición hubiera sido hecha varios siglos después por personas que no hubieran conocido de primera mano los acontecimientos narrados.

Además, el hecho de que el libro de Daniel fuera aceptado por los judíos como parte del canon del Antiguo Testamento, es otra evidencia más de su autenticidad. A eso hay que unir que todos los judíos y cristianos de la antigüedad aceptaron el libro de Daniel como redactado en los períodos babilónico y persa del siglo VI a.C. en la ciudad de Babilonia o en sus proximidades. Y a más de esto, tenemos el testimonio del mismo Señor Jesucristo, quien atribuyó su autoría a Daniel (**Mt 24:15**).

Algunos manuscritos del libro de Daniel fueron encontrados en las cuevas del Qumrán, quizá escritos sobre el siglo II a.C., pero no debemos confundir estas copias con los

originales, que tuvieron que ser escritos mucho antes en Babilonia. Esto se ve confirmado por el hecho de que la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento, que fue realizada antes del período macabeo, ya contenía el libro de Daniel. Y también el libro de Ezequiel, escrito en el siglo VI a. C., incluye referencias a Daniel como un profeta reconocido de Dios entre el pueblo del cautiverio. Es más, el Talmud judío atribuye el libro al siglo VI a.C.

Sin embargo, a pesar del consenso que había en la antigüedad sobre el hecho de que Daniel había escrito el libro que lleva su nombre en el siglo VI a.C., en tiempos recientes esto ha sido fuertemente discutido por los críticos modernos. Y aunque han intentado impugnar este hecho pretendiendo hacer un estudio detallado de su contenido histórico, teológico o lingüístico, la realidad es que lo que realmente les molesta profundamente es la exactitud de las detalladas profecías que encontramos en él, y que se han ido cumpliendo con asombrosa precisión. Esto es una prueba innegable de la inspiración divina de las Escrituras, lo que apunta al mismo tiempo a la existencia de Dios; hechos estos que los críticos modernistas se niegan a aceptar. Pero en realidad, aunque intentan justificar con complejos argumentos que el libro de Daniel fue escrito cuatrocientos años después de que este hombre de Dios viviera, lo que realmente les mueve son sus prejuicios racionalistas; ellos no pueden admitir ningún elemento sobrenatural en este mundo, y evidentemente, el libro de Daniel contiene muchos de ellos.

Así que, para justificar que Daniel no fue realmente el autor del libro que lleva su nombre, los críticos racionalistas han desarrollado la teoría de que el libro fue escrito en el siglo II a.C. por un autor anónimo o un seudónimo que vivió en Israel en el tiempo de los Macabeos. De este modo el autor del libro no sería un profeta que anunciaba de antemano lo que iba a ocurrir, sino un historiador que relataba los hechos que ya habían ocurrido. Y es que en el libro de Daniel hay demasiados milagros, demasiada profecía que se cumple con asombrosa exactitud, y esto no lo pueden admitir los enemigos de la Biblia. Pero incluso admitiendo una fecha mucho más tardía para la redacción del libro, aun así sigue habiendo profecías que demuestran un conocimiento tan exacto del futuro que sólo pueden atribuirse a la inspiración divina. Un ejemplo de esto lo encontramos en el capítulo 9, donde el escritor inspirado anuncia el día exacto de la muerte del Mesías.

Veamos brevemente algunos de los argumentos críticos contra una fecha temprana para la redacción del libro de Daniel.

- Daniel no pudo haber conocido anticipadamente los eventos que registra en su libro y que ocurrieron en la historia de Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Por lo tanto, el libro tuvo que ser escrito después de que estos hechos ocurrieran. Pero este argumento sólo manifiesta ciertos prejuicios sobre lo que es posible e imposible para Dios.
- El argumento lingüístico. Los críticos argumentan que la presencia de palabras persas sugieren una fecha tardía para el libro, posterior al tiempo del imperio babilónico en el que vivió Daniel. Pero este argumento no tiene en cuenta que entre ambos países había contratos de comercio incluso antes de los días de Daniel, tal como ha revelado la arqueología. Además, se ignora con frecuencia que la última parte de Daniel fue escrita después de que el imperio medo-persa se hubiera apoderado de Babilonia. De hecho, lo que sería difícil de explicar es cómo un falsificador del siglo II a.C., que viviera en Israel, pudiera conocer estas palabras persas. Por otro lado, hay también algunas palabras griegas que aparecen en este libro, bueno, en realidad son sólo tres, y se refieren a instrumentos musicales. Este hecho no resulta sorprendente, porque no hay nada de imposible en que los nombres de estos instrumentos hubieran llegado a Babilonia mucho antes de que el

Imperio Griego llegara a su esplendor siglos después. Lo que sería realmente extraordinario es que sólo aparezcan tres palabras griegas si el libro hubiera sido escrito en el siglo II a.C. cuando el imperio griego estaba en su máximo apogeo. Si la teoría de los críticos racionalistas fuera cierta, el libro de Daniel debería haber reflejado la influencia de la cultura dominante en aquella época. Y en cuanto al arameo empleado en el libro, varios expertos han demostrado que encaja perfectamente en el período en el que vivió Daniel.

- El argumento teológico. Los críticos observan que Daniel habla de la vida después de la muerte (**Dn 12:2**), lo que para ellos sólo aparece en las Escrituras en un período de la revelación mucho más avanzado. Sin embargo, ignoran que la doctrina de la resurrección ya aparece muy tempranamente en el libro de Job (**Job 19:25**) y en los Salmos (16, 49, 118).
- Algunos críticos discuten la unidad del libro y esto les lleva a atribuir la autoría del libro hasta a nueve escritores diferentes. Sin embargo, este es un argumento muy subjetivo, que quedará desmontado según vayamos analizando el contenido del libro. Una vez hecho esto veremos que la unidad del libro apunta a un solo autor.
- Algunas partes del libro de Daniel pertenecen al género apocalíptico y los críticos afirman que este género no surgió hasta bien entrado el período helenístico. Y si bien es verdad que este tipo de literatura proliferó en Israel en una fecha posterior durante el tiempo de los macabeos, no debe olvidarse que ya se encuentran ejemplos de literatura apocalíptica en el libro de Ezequiel, escrito al igual que Daniel durante el siglo VI a.C.
- El argumento histórico. Puesto que los judíos colocaron el libro de Daniel en la sección del Antiguo Testamento llamada “Los Escritos” y no entre los profetas, por esta razón los críticos deducen que su contenido tiene que ser histórico y no profético, razón por la cual tuvo que haber sido escrito después de que los hechos de los que se habla en él ya hubieran tenido lugar. Sin embargo, como ya hemos mencionado más arriba, los judíos distinguían entre los profetas oficiales como Elías, Eliseo, Isaías o Jeremías, de aquellos que aunque tenían el don de profeta su ocupación cotidiana era otra, como era el caso de Daniel, que era un hombre dedicado a los asuntos del gobierno. Así que el criterio por el que el libro de Daniel fue colocado en la sección de “Los Escritos” no se debió ni a la fecha en que se escribió ni a que no tuviera un carácter profético, sino al puesto o función que desempeñó su autor.
- El argumento histórico. Los críticos objetan que el libro contiene errores históricos que no tendrían lugar si su autor hubiera sido realmente Daniel en el siglo VI a.C. Pero algunos de estos supuestos errores se explican sin dificultad una vez que conocemos la cultura judía. Por ejemplo, los críticos nos hacen notar que Nabucodonosor no fue el padre del Belsasar, tal como se afirma en (**Dn 5:2**), sino un sucesor suyo. Nos dicen que un error así no hubiera sido cometido si el autor del libro fuera Daniel, sin embargo, se ha demostrado que cualquier sucesor al trono real era llamado “hijo” aunque no existiera una relación de sangre con el rey anterior. También cuestionan la mención de Darío de Media como predecesor de Ciro (**Dn 5:31**) (**Dn 6:28**). Esta cuestión se tratará con más detalle en el comentario del texto, pero podemos adelantar que el hecho de que una afirmación bíblica no se pueda demostrar con la historia secular, no quiere decir que sea falsa. Como en muchas otras ocasiones, en la misma medida en que la arqueología ha ido haciendo nuevos descubrimientos, se ha visto confirmada la Palabra de Dios que con anterioridad había sido duramente cuestionada.

Trasfondo histórico

Daniel vivió en una época de profundos cambios sociales. Probablemente nació en los últimos días del imperio asirio cuando cayó ante la invasión del ejército de Babilonia y Media en el año 612 a.C. Unos años más tarde, en el 609 a.C., los asirios pidieron ayuda a Egipto, y faraón Neco II condujo su ejército para unirse a Asiria. Josías, rey de Judá, trató de evitar que los egipcios se unieran con los asirios, así que se enfrentó con el ejército egipcio en Meguido donde sus tropas fueron derrotadas y él murió (**2 R 23:28-30**) (**2 Cr 35:24**). Faraón Neco II se unió a los asirios pero no tuvieron éxito en su lucha contra Babilonia. A partir de ese momento Asiria salió del escenario mundial, aunque el conflicto entre Egipto y Babilonia continuó.

En el año 605 a.C., Nabucodonosor de Babilonia peleó contra Egipto en la batalla de Carquemis y derrotó a los egipcios. Poco después, a la muerte de su padre Nabopolasar, su hijo Nabucodonosor fue coronado rey. A partir de aquí comenzó un período de gran prosperidad y gloria para el imperio babilónico.

En septiembre del año 605 a.C. Nabucodonosor regresó a Israel y atacó Jerusalén, llevándose cautivos a algunos judíos. Fue en esta ocasión cuando Daniel y sus amigos fueron llevados a Babilonia. Ellos eran príncipes (**Dn 1:3**), y probablemente fueron usados como rehenes a fin de que los judíos no se rebelaran contra el poder de Babilonia. Después de esto Nabucodonosor todavía reinó 43 años (605 a 562 a.C.).

En el año 597 a.C. Nabucodonosor volvió a Judá para sofocar la rebelión de Joaquín. En esta incursión Jerusalén quedó sometida a Babilonia y fueron llevados diez mil cautivos, entre los que se encontraba Ezequiel (**Ez 1:1-3**) (**2 R 24:8-20**) (**2 Cr 36:6-10**).

Pero Nabucodonosor aún regresó una vez más en el año 588 a.C. En esa ocasión, después de sitiar a Jerusalén por largos días, sus ejércitos lograron atravesar los muros de la ciudad y la arrasaron por completo, quemando el templo en el año 586 a.C. Los judíos que no murieron en la invasión, fueron deportados a Babilonia (**2 R 25:1-7**) (**Jer 34:1-7**) (**Jer 39:1-7**) (**Jer 52:2-11**).

Como vemos, Daniel fue llevado cautivo en la primera invasión que hizo Nabucodonosor y tuvo la triste experiencia de ver cómo después de él, en años sucesivos, llegaban otros muchos cautivos, junto con las noticias de la destrucción de la ciudad de Jerusalén y su templo. En total, tal como había anunciado el profeta Jeremías (**Jer 25:11-12**), fueron setenta años los que Israel iba a permanecer cautivo en Babilonia.

En el año 539 a.C. Ciro rey de Persia, derrotó a Babilonia, y poco después firmó un edicto por el que permitía a los judíos regresar a Jerusalén para reconstruir el templo (**2 Cr 36:22-23**) (**Esd 1:1-4**). El templo quedó terminado en el año 515 a.C. (**Esd 6:5**).

Por lo tanto, desde la primera derrota de Jerusalén en el año 605 a.C., hasta que los judíos regresaron a reconstruir los cimientos del templo en el año 586 a.C. transcurrieron 70 años. Y desde la destrucción del templo en el año 586 a.C. hasta su reconstrucción en el año 515 a.C. también habían pasado setenta años. De esta manera se cumplió con exactitud la profecía de Jeremías.

Género literario

El libro de Daniel presenta dos partes claramente diferenciadas. La primera, que abarca los seis primeros capítulos, es esencialmente histórica y recoge algunas de las experiencias del profeta junto a hechos históricos importantes que ocurrieron en su

tiempo. La segunda parte, que consta de los últimos seis capítulos, es esencialmente profética y es expresada en un género literario conocido como apocalíptico.

Algunas de las características distintivas de la literatura apocalíptica son las siguientes:

- Es frecuente el uso de símbolos y visiones.
- Suele haber mensajeros celestiales que declaran e interpretan el significado de las visiones y los símbolos.

Este género lo podemos encontrar también en otras partes de las Escrituras: **(Ez 37-48) (Zac 1:7-7:8, 12-14) (Is 13-14) (Is 24-27) (Is 56-66) (Ez 1, 26-28, 35-40) (Ap 4-22)**.

Para interpretar correctamente estos pasajes es importante no dejarse llevar por la imaginación subjetiva. Por el contrario, será necesario analizar cuidadosamente los símbolos empleados dentro de su contexto y en otros pasajes bíblicos donde aparezcan en contextos similares.

Idiomas de escritura

Aparte de los géneros literarios usados en Daniel, hay otro detalle importante que tiene que ver con su composición, y es que curiosamente este libro fue escrito en dos idiomas diferentes: las secciones de **(Dn 1:1-2:4a)** y **(Dn 8:1-12:13)** fueron escritos en hebreo, mientras que la sección de **(Dn 2:4b-7:28)** lo fue en arameo.

En esos momentos el hebreo era la lengua de Israel, mientras que el arameo lo era del mundo gentil. Por lo tanto, teniendo en cuenta que el libro de Daniel pone el énfasis tanto en la nación de Israel como en el programa de Dios para las naciones gentiles, no es de extrañar que dependiendo del tema tratado fuera usada una lengua u otra. Este detalle es una ayuda adicional que el texto nos ofrece para interpretar su contenido correctamente.

En cuanto al arameo, es interesante saber que llegó a ser el idioma usado comúnmente en Oriente Medio durante los años 700 al 300 a.C., siendo reemplazado posteriormente por el griego a raíz de la helenización llevada a cabo por Alejandro Magno en las naciones que conquistó. Sin embargo, el arameo no desapareció, sino que de hecho llegó a ser el idioma común del pueblo judío a partir del siglo II a.C., quedando el hebreo como la lengua usada sólo para el culto oficial en el templo. A esto contribuyó sin duda el hecho de que el Antiguo Testamento había sido escrito en hebreo. Esto quiere decir que tanto el Señor Jesucristo como sus apóstoles y la gente con la que trataban, todos ellos hablaban en arameo.

Unidad del libro

Debido a que los capítulos 1 al 6 registran mayormente hechos históricos mientras que los capítulos 7 al 12 tienen que ver con visiones proféticas, algunos críticos han cuestionado la unidad de Daniel y rápidamente se apresuran a deducir que no puede ser la obra de un solo autor. Además añaden el hecho de los dos idiomas usados en la obra, un hecho aparentemente extraño.

Ahora bien, ya se ha explicado anteriormente las razones por las que Daniel usó dos idiomas diferentes en su libro. Pero de este hecho no se puede deducir que el libro que lleva su nombre no pudiera haber sido escrito únicamente por él, dado que Daniel estaba perfectamente familiarizado con ambos idiomas.

Y en cuanto a la unidad del libro de Daniel, debemos notar que aunque la primera parte se centra principalmente en hechos históricos, aun así también hay partes que contienen importantes profecías. Por ejemplo, la visión que tuvo Nabucodonosor en el capítulo 2, que por cierto, está íntimamente ligada con la que tuvo el mismo Daniel en el capítulo 7, ya en la segunda sección del libro.

Por otro lado, el énfasis constante en la soberanía de Dios que rige y controla los reinos de los hombres, está presente por igual en ambas partes del libro.

Contenido y Propósito

A partir del contenido del libro podemos deducir algunos de los propósitos con el que fue escrito, que podríamos resumir de la siguiente manera:

- En los primeros capítulos notamos que sobresalen las figuras de Daniel y sus amigos, que a pesar de vivir en circunstancias muy adversas, decidieron ser fieles a Dios y fueron vindicados por él. Esto serviría de ejemplo y estímulo para muchos otros deportados que también podrían verse tentados a olvidarse de su Dios y adaptarse a la cultura pagana de Babilonia.
- Inmediatamente vemos también el interés de Dios por los gentiles. Hay varios detalles que nos lo demuestran. Por un lado, Daniel es usado una y otra vez para llevar el conocimiento de Dios a reyes gentiles como Nabucodonosor y sus sucesores. Y no sólo eso, sino que en varias de las visiones del libro vemos que Dios les da a conocer un completo programa profético acerca del futuro de los reinos gentiles. Sin duda, el propósito que Dios perseguía con todo esto era que los gentiles llegasen a conocer al Dios de Israel.
- Cuando Daniel escribe, tanto él como el pueblo de Israel se encontraban cautivos en Babilonia. Este hecho podría hacer pensar a muchos judíos que Dios se había olvidado de ellos y de todas las promesas que les había hecho en el pasado. Pero este libro tiene el propósito de presentar la fidelidad de Dios hacia el pueblo de su pacto. Por eso, a pesar de que debido a su desobediencia tuvieron que ser castigados, aun así Dios seguía protegiéndolos y preservándolos a fin de cumplir con ellos todas las promesas que les habían sido hechas.
- El libro de Daniel pretendía enseñar a los judíos que estaban exiliados junto al profeta, y también a aquellas generaciones de judíos que vendrían después de ellos, cómo deberían vivir en medio de una sociedad pagana. Ellos no deberían vivir intimidados por sus amenazas (**Dn 3:16-18**), ni seducidos por sus ofertas mundanas (**Dn 5:17**). Incluso en los períodos de gran angustia y dolor que el libro anuncia, ellos nunca deberían olvidar a su Dios. En este sentido, las palabras que encontramos en (**Dn 11:32**), sirven para resumir bien cuál debería ser su actitud en esos momentos: *“el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará”*.
- Otro detalle característico del libro es la larga oración que Daniel hace en el capítulo 9 y en la que pide perdón por el pecado del pueblo, implorando al mismo tiempo la misericordia de Dios. Es un ejemplo que debería guiar a la nación en su retorno a Dios.
- En relación a esto último, este libro fue escrito también para bosquejar el período profético conocido como *“el tiempo de los gentiles”* (**Lc 21:24**). Este tiempo comenzó en los días de Daniel cuando Israel fue conquistado por Babilonia y perdió a su último rey de la dinastía de David. A partir de ese momento el trono fue ocupado por una larga sucesión de gobernantes gentiles. En total, Daniel les hizo

saber que pasarían por cuatro períodos de dominio gentil. Pero finalmente ese período terminará cuando el Mesías de Dios, el Señor Jesucristo, el legítimo descendiente de David, se sienta en el trono en Jerusalén. Daniel anuncia en repetidas ocasiones este hecho (**Dn 2:44-45**) (**Dn 7:13-14**), lo que sin duda debería traer consuelo y esperanza a toda la nación judía.

- Otro de los propósitos que el libro de Daniel tiene es el de dar información sobre los cuatrocientos años que iban a transcurrir desde la finalización del Antiguo Testamento y el comienzo del Nuevo Testamento, un período de silencio en el que no se levantó ningún profeta inspirado por Dios. Los capítulos 10 al 12 de Daniel tratan acerca de ese difícil tiempo para Israel, anticipándoles lo que iba a ocurrir a fin de que se dieran cuenta de que Dios seguía estando en el control de su historia y de que finalmente serían vindicados si permanecían fieles a él.
- Otro tema recurrente a lo largo de todo el libro es la soberanía de Dios y el control que él tiene no sólo de la historia de su pueblo sino también de los más poderosos reinos gentiles. Sólo Él es el Soberano de todos los reyes de la tierra, quien pone y quita reyes, tal como finalmente llegó a reconocer Nabucodonosor (**Dn 4:34-35**).
- Hay también otros detalles importantes que no debemos pasar por alto. Por ejemplo, tenemos una de las declaraciones más claras que encontramos en el Antiguo Testamento acerca de la muerte del Mesías, proporcionándonos incluso la fecha exacta en la que tal acontecimiento habría de ocurrir (**Dn 9:25-26**). Aquí aparece por primera vez el término *“Hijo de hombre”* que el Señor Jesucristo utilizó constantemente como un título propio (**Dn 7:13**). Y también encontramos en este libro la declaración más clara de todo el Antiguo Testamento acerca de la resurrección de los justos y de los injustos (**Dn 12:2**).
- Otro asunto relevante que encontramos en el libro de Daniel son las repetidas referencias al Anticristo. Este personaje siniestro que perseguirá al pueblo de Dios en el último tiempo y que también se opondrá al Mesías de Dios, aparece claramente caracterizado en este libro. Es presentado como *“un cuerno pequeño”* que *“tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas”* (**Dn 7:8**), y *“hacía guerra contra los santos”* (**Dn 7:21**), *“hablaba palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo”* (**Dn 7:25**). En ocasiones, algunas de las actitudes de un gobernante del *“reino del norte”* sirven para tipificar anticipadamente cómo sería ese terrible personaje que hará su aparición al final de los tiempos: *“Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó. Aun se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos, y por él fue quitado el continuo sacrificio, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el continuo sacrificio; y echó por tierra la verdad, e hizo cuando quiso, y prosperó”* (**Dn 8:9-12**). Encontramos otras referencias en (**Dn 9:26-27**) (**Dn 11:31**) (**Dn 11:36-45**) (**Dn 12:11**). El Señor Jesucristo hizo mención de este personaje usando las palabras de Daniel (**Mt 24:15**), y también el apóstol Pablo (**2 Ts 2:3-4**).
- La asombrosa exactitud de las profecías de Daniel ha llevado a los críticos de la Palabra a buscar explicaciones alternativas, pero no han conseguido que perdieran su fuerte poder como evidencia de la revelación divina.

Daniel y sus compañeros en Babilonia

(Daniel 1)

Comenzamos aquí el estudio del libro de Daniel, un libro que trata de la historia de un período muy importante del pueblo de Israel; el tiempo de su cautiverio en Babilonia. Ahora bien, desde el primer capítulo vamos a comprobar que es una historia personal, contada por unos jóvenes judíos que fueron llevados allí en la primera de las deportaciones que Judá, el reino del sur, sufrió en aquellos días. Estos jóvenes, que no contarían en ese momento más de diecisiete años, fueron Daniel y sus tres amigos, Ananías, Misael y Azarías. Ellos tuvieron que enfrentar grandes pruebas de fe en una época de profundos cambios. Sin duda, considerar su valentía, convicción, fortaleza y dependencia de Dios, será para nosotros un fuerte estímulo para nuestra propia fe.

Judá es llevada en cautividad a Babilonia

(Dn 1:1-2) “En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió. Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; y los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios.”

Como vemos, el libro comienza explicando algunos detalles sobre el trasfondo histórico de este período. El texto nos sitúa “en el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá”. Este Joacim fue el hijo mayor de Josías, un rey piadoso que había traído una importante renovación espiritual al país (**2 Cr 34**). Pero su hijo Joacim era totalmente distinto a él. Era un hombre infiel y necio. A diferencia de su padre, que se había conmovido con todo su corazón cuando en unas reformas del templo fue encontrada una copia de la ley, su hijo no siguió su ejemplo, sino que menospreció con todas sus fuerzas a los profetas que le hablaban de parte del Señor, y llegó incluso a quemar el rollo que Jeremías le entregó por medio de Baruc, y en el que estaban todas las profecías que Dios había hablado por medio del profeta durante los últimos años (**Jer 36**). Este rey impío, carente de cualquier temor de Dios, había conducido a Judá a su ruina espiritual y finalmente también a su cautiverio.

Fue durante su reinado cuando Nabucodonosor rey de Babilonia vino por primera vez contra Jerusalén. Se apoderó de la ciudad en el año 604 a.C., llevándose un primer grupo de cautivos a Babilonia. Este fue el primer año del reinado de Nabucodonosor, que se correspondería con el tercer año del reinado de Joacim (**Dn 1:1**), o con el cuarto (**Jer 25:1**), dependiendo de si contamos el mes del comienzo de su reino según el sistema judío o el babilónico. Esta fecha es muy importante por dos razones. En primer lugar, fue en este primer cautiverio en el que Daniel y sus amigos fueron llevados a Babilonia. Y en segundo lugar, la fecha serviría para marcar los setenta años que los judíos permanecerían cautivos en Babilonia tal como había profetizado Jeremías (**Jer 25:11**) (**Jer 29:10**).

Después de la muerte de Joacim le sucedió su hijo Joaquin, quien se rebeló contra Nabucodonosor, y éste volvió a sitiar Jerusalén. En esa ocasión, el rey y su madre, junto con los utensilios de la casa del Señor fueron llevados a Babilonia. También fueron

transportados una gran cantidad de prisioneros, muchos más que en la primera ocasión (**2 R 24:6-16**). Sin embargo, la ciudad y el templo no fueron destruidos.

En lugar de Joaquín reinó Sedequías, su tío. Él también se rebeló contra el rey de Babilonia, por lo que nuevamente vino Nabucodonosor y sitió Jerusalén. Después de algún tiempo Sedequías y sus hijos fueron capturados y llevados ante el rey de Babilonia. Sus hijos fueron degollados delante de Sedequías, y después a él le sacaron los ojos y le llevaron a Babilonia donde estuvo prisionero hasta su muerte (**2 R 25:7**). También fueron transportados el resto de los habitantes de Jerusalén, quedando únicamente los pobres de la tierra. Toda la ciudad fue destruida; sus muros, las casas de los nobles y el mismo templo (**2 R 25:8-21**). Esta última deportación tuvo lugar alrededor del 588 a.C.

Todo lo que encontraron de valor en el templo de Jehová, y que los babilonios no se habían llevado en las ocasiones anteriores, fue transportado como botín de guerra. Hasta las imponentes columnas de bronce que Salomón había levantado en la casa de Jehová, las basas y el mar de bronce, todo fue quebrado a fin de poder ser transportado. Y una vez en Babilonia, todos aquellos utensilios sagrados fueron colocados en la casa de su dios (**Dn 1:2**) (**2 Cr 36:7**). Era una forma de decir que las deidades babilónicas habían vencido al Dios de Judá. Además, Daniel añade otro detalle interesante; dice que la casa de su dios estaba en la *“tierra de Sinar”*. Esta región en Babilonia era bien conocida en las Escrituras. Allí fue donde Nimrod edificó la torre de Babel (**Gn 10:8-10**). Este lugar representaba desde entonces la oposición organizada contra Dios (**Gn 11:1-4**). Cuando Daniel usa deliberadamente este antiguo nombre es porque quiere recordarnos el origen de este malvado poder mundano que se levantaba contra Dios. Ahora Babilonia reemplazaba a Jerusalén. El templo del dios de Nabucodonosor sustituía al templo de Dios en Jerusalén.

De esta manera Judá pasó a estar bajo la autoridad de Babilonia, una potencia extranjera. Lo mismo había ocurrido casi cien años antes con Israel en la parte norte del país, cuando los asirios los deportaron de su tierra. Con esto comenzó un importante período profético para el pueblo de Israel que es conocido como *“los tiempos de los gentiles”* (**Lc 21:24**). El trono de David quedó vacío, sin un auténtico heredero que lo ocupara. Es un período que abarca desde que Nabucodonosor conquistó Jerusalén hasta que el Mesías regrese. Será entonces cuando libraré la tierra de Israel del poder de sus ocupantes gentiles y se sentará en el trono de David, dando de ese modo comienzo al reino milenial.

Sin embargo, en los días de Daniel la situación del pueblo de Israel era desoladora. No había rey de la dinastía davídica que les gobernara, en su lugar ocupaba el trono un funcionario colocado allí por Nabucodonosor, el rey de una potencia extranjera. Tampoco había templo, ni sacerdotes, ni siquiera quedaban sus utensilios sagrados. Todo había desaparecido. La misma ciudad había sido quemada y consumida por el fuego. Sus habitantes habían sido llevados como cautivos a cientos de kilómetros y ya no había nada en lo que pensar que les pudiera animar a regresar a su tierra. La situación era extremadamente grave, al punto de que pendía de un hilo su propia desaparición como pueblo de Dios.

Pero contra todo pronóstico, Dios seguía estando en el control de la situación, tal como vamos a ver a lo largo de todo el libro de Daniel. Para empezar, el hecho de que los israelitas hubieran sido conquistados por potencias extranjeras no se debía a que sus divinidades fueran más poderosas que Jehová. Notemos cómo comienza nuestro texto: *“El Señor entregó en manos [de Nabucodonosor] a Joacim rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios”* (**Dn 1:2**). Fue por la rebelión de su pueblo por lo que Dios permitió que fueran destruidos, pero él nunca dejó de estar en el control soberano de la historia. Simplemente estaba cumpliendo lo que les había anunciado una y otra vez por

medio de sus profetas; algo que ellos podrían haber evitado si le hubieran querido escuchar. Así que Dios usó a los impíos babilonios como instrumentos de juicio sobre su pueblo Israel.

La situación de Daniel y sus amigos en el palacio del rey

(Dn 1:3-7) “Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos. Y les señaló el rey ración para cada día, de la provisión de la comida del rey, y del vino que él bebía; y que los criase tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey. Entre éstos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá. A éstos el jefe de los eunucos puso nombres: puso a Daniel, Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.”

1. Daniel y sus amigos son transportados a Babilonia

A lo largo del libro veremos la increíble influencia que Daniel y sus amigos tuvieron en el imperio babilónico y también en el persa, pero al comenzar nuestra historia, nada hacía pensar que esto pudiera llegar a ocurrir.

Daniel y sus compañeros eran jóvenes judíos, seguramente adolescentes todavía, que vivían en Judá bajo el reinado de Joacim cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, conquistó el país y se los llevó cautivos. ¡Qué triste que siendo tan jóvenes ya tuvieran que haber presenciado la crueldad de los ejércitos babilonios irrumpiendo en sus casas, matando, violando y llevándose todo aquello que les parecía de valor! Ellos mismos eran de esos “objetos” que habían reservado porque pensaron que les podrían resultar útiles en el futuro. Pero podemos imaginar las terribles secuelas que todas aquellas escenas tuvieron que dejarles en la mente y el corazón. ¿Cómo podrían convivir en paz el resto de sus vidas con aquellos que habían matado a sus seres queridos y habían destruido todo lo que ellos amaban?

Con frecuencia, muchas de las cosas que nos ocurren son la consecuencia de nuestras malas decisiones, pero ni Daniel ni sus amigos habían sido los causantes de esa tragedia nacional. Ellos fueron algunos de los muchos jóvenes que sufrieron las consecuencias del impío gobierno de Joacim. ¡Podemos imaginarnos cuánta amargura podría haber en ellos contra el descendiente de la casa de David que en aquellos días ocupaba su trono!

Además, tal como dice el versículo 3, estos jóvenes eran “del linaje real de los príncipes”. Todo hacía suponer que su vida iba a estar llena de comodidades y lujos en la corte de Judá, pero ahora eran cautivos de una potencia extranjera.

Quizás por algún tiempo tuvieron la esperanza de que esa situación fuera temporal, pero las continuas rebeliones de los reyes de Israel hicieron que Nabucodonosor los destruyera completamente, tal como hemos visto más arriba. Daniel y sus amigos verían las nuevas hornadas de prisioneros llegando a Babilonia y escucharían las noticias de la destrucción de Jerusalén y el templo. ¡No había nada que esperar!

2. Daniel y sus amigos son seleccionados para formarse en la escuela del rey de Babilonia

Cuando los judíos llegaron a Babilonia, los funcionarios del rey recibieron la orden de seleccionar a algunos de ellos para servir en su administración. No hemos de olvidar que

con cada nuevo país que Nabucodonosor conquistaba, iba formando un gran imperio para el que tenía que organizar una sólida administración que pudiera entender las lenguas y costumbres de aquellas naciones que estaba anexionando. Por esa razón, el rey encargó una cuidadosa selección a fin de encontrar algunos jóvenes que fueran *“del linaje real de los príncipes”*, en los que *“no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey”*.

Aspenaz, jefe de los oficiales de la corte se encargó de supervisar esta selección en la que entre otros fueron elegidos Daniel y sus tres amigos. Es bastante razonable pensar que estos jóvenes judíos fueran castrados en aquel momento, dado que Aspenaz era el *“jefe de los eunucos”*. Esto explicaría por qué nunca se mencionan las mujeres e hijos de estos personajes. Así se cumplió lo que el profeta Isaías había antes anunciado:

(Is 39:7) “De tus hijos que saldrán de ti, y que habrás engendrado, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia.”

Esta era una práctica común en el antiguo Próximo Oriente con la que se pretendía hacer que los jóvenes fueran más dóciles y que no se distrajeran con otros asuntos, sino que se ocuparan enteramente en estudiar y en aquellas tareas que se les asignase. Pero en todo caso, era una terrible humillación que les privaba de tener descendencia y también de los goces legítimos del matrimonio. Esto era así porque su vida entera tendría que estar dedicada a aquel rey que los había conquistado por la fuerza de las armas.

3. Daniel y sus amigos son formados en la escuela del rey de Babilonia

Después de esto comenzó un proceso de formación intensiva en las mejores escuelas caldeas que duraría tres años, y en los que tendrían que aprender *“las letras y la lengua de los caldeos”*. Suponemos que este programa educativo también incluiría estudios de matemáticas, leyes, religión, arquitectura, astronomía y astrología.

Por supuesto, con esta formación querían conseguir que fueran funcionarios útiles en el gobierno de Nabucodonosor, pero también querían terminar con cualquier rastro de su propia cultura y religión judías.

La situación por la que ellos tuvieron que pasar no nos resulta desconocida a nosotros, porque también en nuestros días la educación pública en muchos países está diseñada para apartar a los niños y jóvenes de todos los principios morales y espirituales enseñados por la Palabra de Dios.

4. A Daniel y sus amigos se les asigna provisión de la comida del rey

Sin duda *“la provisión de la comida del rey”* sería de la mejor calidad y variedad que se pudiera encontrar. No obstante, para un joven judío, aquello constituía un verdadero problema, ya que muchas de esas comidas no serían consideradas limpias por la ley levítica (**Lv 11**) (**Dt 14:3-21**).

Como vemos, el proceso de transformación cultural al que estaban siendo sometidos no se limitaba exclusivamente a lo intelectual, sino que tenía que ver también con los aspectos más íntimos de su vida diaria, incluyendo hasta su dieta. Era el rey quien determinaba cuál era el menú.

5. El jefe de los eunucos cambia el nombre a Daniel y sus amigos

Seguramente hubo otros más que fueron seleccionados de entre los cautivos, pero aquí sólo se menciona a Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Seguramente esto se deba a que sólo ellos se comprometieron a mantenerse fieles a Dios.

Así pues, ya que sus nombres honraban a Jehová el Dios de Israel, el jefe de los eunucos decidió cambiárselos.

- Daniel, cuyo nombre significa “Dios ha juzgado” o “Dios es mi Juez”, pasó a llamarse “Belsasar” que en lengua acadia significa “señora protege al rey”, seguramente en referencia a la esposa del dios Marduk o Bel.
- Ananías, que significa “Jehová ha sido misericordioso” se convirtió en “Sadrac”, que probablemente recoge la idea de que era temeroso de un dios.
- Misael, que significa “¿quién es como Dios?” recibió el nombre de Mesac, que seguramente tenga la idea de alguien que es de poco valor.
- Azarías, que significa “Jehová ha ayudado” fue nombrado como “Abed-nego”, “siervo de Nebo”, en referencia al dios Nebo.

Aunque es difícil saber cuál es el significado preciso de los nuevos nombres, lo que quedaba claro es que Aspenaz estaba decidido a borrar de la corte de Babilonia cualquier testimonio del nombre del Dios de Israel, y con sus nuevos nombres quería recordarles su deber de sujetarse a los dioses de Babilonia. Era una forma más de romper cualquier vínculo con el pasado y que llegaran a asimilar como suyas la cultura y deidades babilónicas. Al fin y al cabo, ¿no habían sido vencidos por ellas?

Después de todo ese proceso orientado a borrar de ellos cualquier señal de identidad de su nación y religión anteriores, estaban preparados para vivir y servir en la presencia del rey como verdaderos babilonios. Allí perdidos en medio de un gran imperio como el babilónico, rodeados de otro montón de jóvenes de distintas minorías étnicas, y siendo constantemente vigilados, poco era lo que podían hacer para resistirse.

La devoción de Daniel y sus amigos a Dios

(Dn 1:8-16) “Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse. Y puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos; y dijo el jefe de los eunucos a Daniel: Temo a mi señor el rey, que señaló vuestra comida y vuestra bebida; pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, condenaréis para con el rey mi cabeza. Entonces dijo Daniel a Melsar, que estaba puesto por el jefe de los eunucos sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías: Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días, y nos den legumbres a comer, y agua a beber. Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la ración de la comida del rey, y haz después con tus siervos según veas. Consintió, pues, con ellos en esto, y probó con ellos diez días. Y al cabo de los diez días pareció el rostro de ellos mejor y más robusto que el de los otros muchachos que comían de la porción de la comida del rey. Así, pues, Melsar se llevaba la porción de la comida de ellos y el vino que habían de beber, y les daba legumbres.”

I. La determinación de Daniel

Daniel y sus amigos estaban encerrados en una jaula de oro en la que disponían de suficientes provisiones. No obstante, como hemos señalado anteriormente, aquellos alimentos no cumplían con los requisitos establecidos en la ley mosaica. Además, probablemente habían sido ofrecidos previamente a las divinidades paganas.

Al menos estos cuatro jóvenes sintieron un fuerte conflicto de conciencia por este asunto. Su integridad espiritual estaba siendo puesta a prueba. ¿Qué harían? ¿Comerían aquella sabrosa y exótica comida que el rey de Babilonia proveía para ellos y cederían así a sus convicciones espirituales? ¿Se atreverían a desobedecer las órdenes del rey para obedecer a la Palabra de Dios? ¿Soportarían la presión de grupo viendo cómo todos los demás jóvenes venidos de otras naciones aceptaban sin discusión alguna todo lo que el rey les mandaba? ¿Aceptarían quedarse solos pareciendo unos fanáticos religiosos irracionales? Al fin y al cabo, allí nadie les veía, ¿qué podría pasar si hacían algunas concesiones? Dada su situación actual, ¿no estaba justificado dejar a un lado momentáneamente ciertas cuestiones de la ley judía? Cuando regresaran a su tierra ya volverían a comer sólo lo que Moisés había estipulado, pero estando en un país extranjero, con tantas dificultades para encontrar los alimentos permitidos, ¿no haría Dios una excepción con ellos? En una situación así, podían pensar ellos, lo que realmente le importa a Dios es el corazón, no lo que comemos.

Aunque también podían asaltarles pensamientos de otro tipo: ¿Por qué hemos de ser fieles a Dios si él nos ha abandonado en este país inmundo? ¿Por qué no obedecer a los dioses de Babilonia si ellos han demostrado ser más poderosos que nuestro Dios? Al fin y al cabo, habían sido ellos quienes habían destruido el templo de Jerusalén y se habían llevado todos sus utensilios a la casa de su dios como si fueran un trofeo.

Servir a Dios cuando estaban en Judá era mucho más sencillo. Allí no se tenían que enfrentar a estas complicadas decisiones. Además, tenían todo el apoyo de sus familias y amigos, pero aquí se encontraban completamente solos. Este era el momento de demostrar si tenían una fe personal y auténtica, o si por el contrario, su vida religiosa consistía únicamente en repetir ciertas tradiciones familiares en las que no tenían ningún tipo de convicción personal.

Es en este contexto cuando Daniel *“propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía”*. Dado que no podía controlar la procedencia de los alimentos, decidió hacerse vegetariano, que era la forma más segura de mantenerse fiel en esas circunstancias.

Daniel tomó la solemne resolución de vivir entre los babilonios como un auténtico israelita. Había decidido presentar batalla y enfrentarse a los planes del rey con los que buscaba hacerle olvidar su fe y su identidad. Él sería fiel a su Dios por encima de Nabucodonosor. No había podido impedir que lo llevaran cautivo a Babilonia, que le castraran, que le obligaran a estudiar ciertas cosas, o que le cambiaran el nombre, pero sí que podía decidir lo que iba a comer. Es asombrosa la firmeza con la que este joven defendía sus convicciones y buscaba ser fiel a Jehová. Su valentía es digna de reconocimiento y debe ser imitada como ejemplar.

No cabe duda de que Daniel no estaba buscando ser popular. Él no era de los que pensaban que había que adaptarse; ser como los demás y no llamar la atención. Seguramente más de uno le dijo en esos días que con su actitud iba a perder todas las oportunidades de ascender en la corte del rey.

Y Daniel no sólo sentiría la presión de muchos de los otros jóvenes, que quizá con buenas intenciones intentaban disuadirle de su actitud. Él sabía que negarse a cumplir una orden promulgada por el rey sería castigada de forma ejemplar.

En nuestros días los cristianos seguimos sufriendo la misma presión para conformarnos al mundo en todas sus formas: vestido, diversiones, hábitos, forma de hacer negocios, la moral o la religión. Pero Dios nos manda que no nos conformemos al mundo, sino que constantemente seamos transformados:

(Ro 12:2) *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”*

2. El origen de la firmeza de Daniel

Daniel es la misma persona desde el comienzo del libro hasta el final. En él no observamos ningún cambio de actitud frente a su Dios. Por ejemplo, durante el imperio medo persa encontramos en la corte del rey Asuero a Ester. En un principio ella guardó silencio sobre su nación, y sólo lo manifestó cuando se vio en peligro **(Est 2:10,19) (Est 4:13-14)**. Es verdad que luego Ester tuvo una actuación valiente y muy inteligente, pero Daniel no dejó ninguna duda de su auténtica identidad como fiel creyente del Dios de Abraham desde el mismo comienzo de su estancia en Babilonia.

Ahora bien, ¿cómo llegó a tener esas profundas convicciones? Probablemente hubo varias cosas que influyeron en su vida:

- Como ya hemos señalado, su nombre significa *“Dios ha juzgado”* o *“Dios es mi Juez”*, lo que evidencia que sus padres eran creyentes fieles que tenían temor de Dios. Ellos le inculcarían sólidos principios espirituales.
- Por otro lado, Daniel había nacido durante el reinado de Josías, un rey que buscó a Dios con todo su corazón y que de forma muy activa trabajó para eliminar los cultos paganos de Israel.
- Además, Daniel era contemporáneo del profeta Jeremías que había hecho oír la Palabra de Dios a todo Jerusalén durante los años anteriores a su cautiverio e incluso después de él.

Daniel había recibido un fuerte testimonio que tuvo un impacto importante en su vida, aunque finalmente tuvo que ser él mismo quien aceptara a Dios de forma personal, no conformándose con ser simplemente un “israelita nominal” **(Ro 2:28-29)**.

3. La petición de Daniel es concedida

Después de proponerse en su corazón que no comería de la comida del rey, solicitó permiso al jefe de los eunucos para que *“no se le obligase a contaminarse”*. Como es lógico, el jefe de los eunucos manifestó sus reticencias a conceder la petición de Daniel. Él tenía la responsabilidad de asegurar el desarrollo físico y mental de estos jóvenes, y temía que lo que proponía Daniel perjudicara su cometido. Así que, aunque Dios puso a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos, no está claro si éste accedió a su petición. El dijo: *“Temo a mi señor el rey, que señaló vuestra comida y vuestra bebida; pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, condenaréis para con el rey mi cabeza”* **(Dn 1:10)**.

En todo caso, Daniel estaba decidido a mantener su fidelidad al precio que fuera. El jefe de los eunucos temía al rey de Babilonia, pero Daniel temía al Dios del cielo, y no se iba a echar atrás. Así que hizo un nuevo intento y se dirigió a *“Melsar, que estaba puesto por el jefe de los eunucos”* sobre aquellos jóvenes. Finalmente éste accedió a las demandas de Daniel, no sabemos si ocultando el hecho a su superior o de acuerdo con él. La determinación y perseverancia de Daniel estaban dando fruto. La prueba propuesta por Daniel habría de durar diez días y después serían examinados para determinar los resultados. Daniel estaba seguro de que sus rostros se verían mejor que los rostros de los otros jóvenes que comían de la comida del rey.

En este punto debemos notar que aunque la iniciativa surgió de Daniel, parece que los tres amigos se unieron a él y participaban de su convicción, aunque él era el líder de ellos, quizá por edad o por capacidad.

Daniel estaba comprobando de manera personal que Dios en su soberanía tiene el control de cada situación. El mismo que había entregado a Joacim en manos de Nabucodonosor (**Dn 1:2**) tenía en su mano el corazón de todos los hombres. Dios está en el control absoluto de todo lo que nos ocurre.

4. El resultado de la prueba

Al cabo de los diez días, el rostro de Daniel y sus amigos, que sólo habían comido legumbres, pareció *“mejor y más robusto que el de los otros muchachos que comían de la porción de la comida del rey”*. Después de esto no hubo objeciones para que siguieran con su dieta de legumbres.

Dios había respaldado a aquellos jóvenes que se habían propuesto en su corazón agradar a Dios.

Daniel entre los sabios de Nabucodonosor

(Dn 1:17-21) “A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños. Pasados, pues, los días al fin de los cuales había dicho el rey que los trajesen, el jefe de los eunucos los trajo delante de Nabucodonosor. Y el rey habló con ellos, y no fueron hallados entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, estuvieron delante del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino. Y continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro.”

Aunque estos cuatro muchachos habían estado siendo preparados por los maestros designados por Nabucodonosor, en realidad era Dios quien les daba *“conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias”*. Podríamos decir que la capacitación divina obró juntamente con la formación académica que habían recibido de sus maestros y la potenció más allá de los límites normales de otros muchachos. El resultado fue que tenían una capacidad extraordinaria para razonar con inteligencia y lógica en las diferentes áreas del saber en las que habían sido entrenados.

Pero además de esto, *“Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños”*, lo que implicaba tener un don especial que iremos apreciando a lo largo de todo el libro. Era un don parecido al que le fue dado a José cuando estaba en Egipto. En ambos lugares, en Babilonia y en Egipto, las personas esperaban escuchar la voz de Dios por medio de visiones y sueños, y él se adaptó a sus preferencias a fin de comunicarse con ellos.

Ahora bien, no debemos pensar que Daniel usaba las mismas artes mágicas que todos aquellos magos, astrólogos, encantadores, hechiceros y adivinos de los que se rodeaba Nabucodonosor. En su caso, era un don divino que recibía por revelación directa de Dios sin necesidad de hacer el tipo de ritos que ellos hacían.

Finalmente, estos jóvenes hebreos no sólo sobrepasaron a sus compañeros, sino también a sus propios maestros. Esta es la conclusión a la que llegó el mismo rey Nabucodonosor una vez que los examinó. *“Los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino”*. Se trata de una expresión idiomática que significa *“muchas veces mejor que los demás”*.

Por esta razón, el rey determinó que estuvieran siempre delante de su presencia. Dios cumplía así lo que había prometido: *“Yo honraré a los que me honran”* (1 S 2:30). Ellos habían propuesto en sus corazones no contaminarse con el mundo y Dios los honró con un puesto de enorme dignidad en la corte real al lado de personas de mucha más edad que ellos. Y aunque les ofrecería muchas oportunidades para comunicar la Palabra de Dios en las más altas esferas del imperio babilónico, también se despertarían contra ellos grandes celos de parte de los otros sabios caldeos.

Daniel al menos estuvo allí *“hasta el año primero del rey Ciro”*. Por (Dn 10:1) sabemos que también estaba activo *“en el año tercero de Ciro”*. Es decir, permaneció durante todo el imperio babilónico y continuó trabajando con el imperio medo persa después de la terminación del exilio judío. Seguramente tuvo una importante influencia en este último acontecimiento.

Reflexiones finales

Daniel fue un hombre de extraordinaria sabiduría y percepción espiritual, al que le tocó vivir en unos tiempos de repentinos cambios que sacudían el mundo. Pero mientras todo eso ocurría, él mantenía un pie en la tierra mirando los asuntos a su alrededor con sensatez y aplomo, mientras que tenía otro pie colocado firmemente en las cosas eternas.

Esto le llevó a vivir en este mundo sin ser de él, tal como el mismo Señor Jesucristo pidió al Padre en su oración por sus discípulos:

(Jn 17:15-17) “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.”

Desde esa posición Daniel veía con claridad las tentaciones a las que su fe se tenía que enfrentar. Por un lado el peligro de perder su identidad como creyente en el Dios del cielo, pero por otro, asimilarse a la cultura de su tiempo. Él no hizo ninguna de estas dos cosas y por esa razón pudo ser un siervo de Dios útil a su generación.

Notamos también que fue fiel en lo poco y que Dios le prosperó por ello. Como enseñó el Señor en la parábola de los talentos:

(Mt 25:21) “Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.”

Con frecuencia los problemas nos paralizan, y llegamos a pensar que no podemos hacer nada para el Señor. Daniel podría haber pensado de ese modo. Sin duda, como hemos considerado en este capítulo, su situación era mucho peor que la de la mayoría de nosotros. Pero él no se rindió. Y no lo hizo, no porque fuera un idealista absurdo, sino porque tenía fe, y la fe siempre nos lleva a vivir una realidad superior. La fe es la que marca la diferencia.

Preguntas

1. ¿Por qué permitió Dios que los babilonios conquistaran a su pueblo Israel?
2. Enumere qué tipos de presiones fueron impuestas sobre Daniel y sus amigos.
3. ¿Qué cree que pudo resultar más difícil para Daniel y sus amigos; la deportación a Babilonia o la asimilación cultural en medio de grandes riquezas y lujos?
4. Explique cómo trató Daniel el problema de la comida.

5. Describa algún incidente en que usted se mantuvo fiel a las normas divinas en lugar de conformarse al patrón de sus vecinos o compañeros. ¿Qué pasó? ¿Debería haber hecho algo diferente? ¿Cambiaría algo si volviera a darse la misma situación?
6. ¿Cómo podemos imitar el ejemplo de Daniel y sus amigos que hemos visto en este capítulo? Piense en su propia relación con el mundo que le rodea. ¿Qué clase de presión siente para seguir el estilo de vida de los demás? ¿Qué quiere Dios que usted haga? ¿En qué formas debería ser distinta su vida a la de los demás? ¿Tomará alguna decisión para distinguirse de ellos y honrar a Dios?

Daniel interpreta el sueño de Nabucodonosor (Daniel 2)

Introducción

Al finalizar el capítulo anterior vimos que Daniel y sus compañeros habían concluido con éxito los tres años de formación en la escuela de su cautiverio. Ahora la narración continúa con un incidente en la corte de Nabucodonosor donde el rey iba a descubrir nuevamente que la sabiduría de Daniel era muy superior a la de todos los magos, astrólogos, encantadores y caldeos que él tenía a su servicio. Y como el mismo Daniel reconoce en todo momento, esto se debía a que él la recibía del Dios del cielo. Por lo tanto, la primera cosa que el pasaje nos va a mostrar con toda claridad es la increíble superioridad de la revelación divina en contraste con el oscurantismo del ocultismo que practicaban los sabios de Babilonia.

Pero hay mucho más que eso, porque como veremos en la interpretación que Daniel hizo del sueño de Nabucodonosor, tenemos aquí un detallado cuadro profético en el que Dios le explica al rey cómo iban a transcurrir los *“tiempos de los gentiles”* que habían comenzado con el cautiverio de Judá y la pérdida de su monarquía. La visión es realmente muy importante, y por esa razón la veremos repetida más adelante en el capítulo 7. En ambas se enseña que Dios es soberano y que él tiene el control absoluto de la historia.

En todo caso, no debemos perder de vista que esta revelación es dada a un rey gentil y pagano. Era lo mismo que había ocurrido con Faraón en los días de José. En ambos casos vemos el deseo que Dios tiene de comunicar su verdad a todas las naciones sin distinción.

El sueño de Nabucodonosor

(Dn 2:1-3) *“En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, tuvo Nabucodonosor sueños, y se perturbó su espíritu, y se le fue el sueño. Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y caldeos, para que le explicasen sus sueños. Vinieron, pues, y se presentaron delante del rey. Y el rey les dijo: He tenido un sueño, y mi espíritu se ha turbado por saber el sueño.”*

Este suceso tuvo lugar en *“el segundo año del reinado de Nabucodonosor”*, y los estudiosos dudan de si en ese momento Daniel ya había terminado su formación o se encontraba en su último año (el asunto depende de si en este cálculo se tiene en cuenta el año de ascensión al trono o no). En todo caso, Daniel ya estaba al servicio del rey, aunque no sería muy conocido.

En todo caso, eran los primeros años del gobierno de Nabucodonosor y parece que había un sueño que se le presentaba de forma recurrente (notemos el plural, *“sueños”*). El asunto era tan persistente que *“se perturbó su espíritu y se le fue el sueño”*.

Inmediatamente el rey hizo llamar a todos los hombres sabios que tenía a su servicio a fin de que le aclararan el significado de su sueño. Era también una buena ocasión para ponerlos a prueba y comprobar si eran dignos del puesto que ocupaban y el sueldo que cobraban.

Este grupo de sabios estaba formado por “*magos, astrólogos, encantadores y caldeos*”, y provenían de todas las naciones que Nabucodonosor había conquistado. Ellos aseguraban que tenían contacto con los dioses y que podían conocer el futuro. Los métodos que empleaban era la adivinación, la contemplación de los astros, la magia y los encantamientos. No hay duda de que la fuente de información de todos estos consejeros reales provenía del mismo Satanás.

La incapacidad de los sabios de Nabucodonosor

(Dn 2:4-11) “Entonces hablaron los caldeos al rey en lengua aramea: Rey, para siempre vive; di el sueño a tus siervos, y te mostraremos la interpretación. Respondió el rey y dijo a los caldeos: El asunto lo olvidé; si no me mostráis el sueño y su interpretación, seréis hechos pedazos, y vuestras casas serán convertidas en muladares. Y si me mostrareis el sueño y su interpretación, recibiréis de mí dones y favores y gran honra. Decidme, pues, el sueño y su interpretación. Respondieron por segunda vez, y dijeron: Diga el rey el sueño a sus siervos, y le mostraremos la interpretación. El rey respondió y dijo: Yo conozco ciertamente que vosotros ponéis dilaciones, porque veis que el asunto se me ha ido. Si no me mostráis el sueño, una sola sentencia hay para vosotros. Ciertamente preparáis respuesta mentirosa y perversa que decir delante de mí, entre tanto que pasa el tiempo. Decidme, pues, el sueño, para que yo sepa que me podéis dar su interpretación. Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey; además de esto, ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo. Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne.”

El rey recordaba haber soñado algo, pero no sabía lo que era. Y tampoco podía dejar de pensar en ello. Así que reunió a sus sabios consejeros en la esperanza de que le pudieran resolver el conflicto.

Es fácil hacerse pasar por un adivino, pero otra cosa muy diferente es ser capaz de demostrarlo. Nabucodonosor vio aquí una ocasión de oro para verificar la auténtica valía de sus sabios. Si ellos presumían de poder interpretar sueños y leer el futuro, no deberían tener ningún problema en reconstruir el sueño que el rey había tenido. Al fin y al cabo, ¿cómo podía fiarse de que realmente podían ver el futuro si no eran capaces de decirle lo que acababa de pasar en su mente?

Parece que Nabucodonosor no se fiaba mucho de ellos. Quizá ya había usado sus servicios con anterioridad y no había quedado satisfecho. Algunos han sugerido incluso que él no había olvidado el sueño, sino que estaba intentando comprobar si realmente eran capaces de hacer lo que decían.

La desconfianza de Nabucodonosor era grande e iba creciendo por momentos. Cuando vio que los magos dilataban el asunto, el rey los acusó de estar preparando una “*respuesta mentirosa y perversa*”. Es muy probable que los principales hombres de este grupo de sabios ya habían trabajado al servicio de su padre y Nabucodonosor los conocía bien. Tales eran las dudas que tenía sobre sus supuestos conocimientos que les amenazó muy seriamente, aunque también estaba dispuesto a darles grandes “*dones y favores y gran honra*” si le revelaban el sueño y su interpretación. Pero ellos no pensaban en esto último, porque sabían que no tenían nada que decirle sobre su sueño. Lo que realmente estaban buscando de forma desesperada era cómo librarse de ese embarazoso asunto,

porque ya veían que el rey estaba enfadado y en cualquier momento los iba a mandar descuartizar y convertir sus casas en muladares.

Nabucodonosor no estaba bromeando y ellos lo sabían muy bien. Los reyes babilonios eran bien conocidos en el mundo antiguo por su crueldad. Si el rey descubría que eran unos charlatanes mentirosos verían caer su ira sobre ellos. Ellos argumentaron que la petición no les parecía justa, pero lo cierto es que Nabucodonosor tenía toda la razón en esperar de ellos lo que les estaba pidiendo.

Finalmente fueron honestos y le dijeron la verdad: *“No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey... Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne”*.

Fue una forma de admitir que habían estado engañando al rey en sus interpretaciones anteriores y que ellos no tenían ninguna comunicación con el cielo. Esta es una gran verdad que no podemos olvidar. Ningún hombre tiene la capacidad por sí mismo de conocer los planes de Dios para el futuro. Todos aquellos que pretenden saber el futuro de las personas por medio de la astrología, las cartas o cualquier otro rito mágico, son mentirosos y embaucadores. Y las personas crédulas que ponen su confianza en ellas deberían desconfiar y ponerlas a prueba como hizo Nabucodonosor.

A parte de esto, hay aquí un detalle interesante: a partir del versículo 4, cuando dice *“Rey, para siempre vive”*, comienza una sección que está escrita en lengua aramea y que abarca hasta **(Dn 7:28)**. El idioma arameo era de origen semítico y estaba relacionado con el hebreo y el fenicio. Fue adoptado por los israelitas y era el idioma común en los tiempos de Jesús. Probablemente esta sección del libro está escrita en arameo en lugar de hebreo porque los asuntos tratados tienen que ver con la corte, mientras que el resto del libro trata de asuntos relacionados con el pueblo de Dios.

El decreto del rey

(Dn 2:12-13) “Por esto el rey con ira y con gran enojo mandó que matasen a todos los sabios de Babilonia. Y se publicó el edicto de que los sabios fueran llevados a la muerte; y buscaron a Daniel y a sus compañeros para matarlos.”

Nabucodonosor había perdido toda su confianza y respeto por esta clase de gente, así que decidió acabar con todos ellos. Esto puso en peligro la vida de Daniel y de sus compañeros, que en ese momento eran contados también en este grupo de sabios, aunque como antes hemos señalado, quizá estaban todavía en su período de formación.

Daniel se compromete a interpretar el sueño del rey

(Dn 2:14-16) “Entonces Daniel habló sabia y prudentemente a Arioc, capitán de la guardia del rey, que había salido para matar a los sabios de Babilonia. Habló y dijo a Arioc capitán del rey: ¿Cuál es la causa de que este edicto se publique de parte del rey tan apresuradamente? Entonces Arioc hizo saber a Daniel lo que había. Y Daniel entró y pidió al rey que le diese tiempo, y que él mostraría la interpretación al rey.”

A Daniel todo este asunto le tomó por sorpresa. Él no sabía nada de lo que había sucedido en la corte del rey, y aun así, iba a ser ejecutado. De manera muy sabia pidió a Arioc, capitán de la guardia del rey, que le explicara lo sucedido, y una vez enterado se ofreció a desvelar el sueño de Nabucodonosor.

Estos momentos de máxima tensión nos revelan el auténtico carácter de este joven. Por un lado su osadía al dirigirse al “*ejecutor del rey*”, y por otro, su sabiduría y prudencia al hablarle. También su aplomo en un momento de crisis cuando su vida peligraba, porque vemos que no hizo ninguna demostración de desesperación. Todo esto no sería posible sin una auténtica confianza en Dios.

Finalmente se le permitió tener acceso a la presencia del soberano y pudo hacer ante él su petición directamente.

Daniel y sus compañeros oran a Dios

(Dn 2:17-18) “Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber lo que había a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, para que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre este misterio, a fin de que Daniel y sus compañeros no pudiesen perecer con los otros sabios de Babilonia.”

Resulta claro que ni Daniel ni sus compañeros pensaron responder al rey confiando en su propia sabiduría o capacidad. De algún modo, en este punto estaban de acuerdo con los sabios de Babilonia cuando dijeron que lo que el rey demandaba de ellos no era algo que algún hombre podría declararles, sino sólo “*los dioses cuya morada no es con la carne*”.

Así que Daniel regresó a su casa y buscó a sus tres compañeros. Juntos oraron a Dios pidiéndole lo imposible. Notemos que se dirigieron al “*Dios del cielo*” porque sabían que después de la destrucción del templo de Jerusalén, Dios ya no residía en ningún templo en esta tierra, sino que tenía su trono establecido en el mismo cielo.

Los cuatro jóvenes exiliados de Judá cayeron sobre sus rodillas pidiendo la misericordia de Dios. Su petición tenía por objeto recibir revelación sobre el sueño de Nabucodonosor y así poder librar sus vidas y las de los otros sabios de Babilonia.

La alabanza por la revelación recibida

(Dn 2:19-23) “Entonces el secreto fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo. Y Daniel habló y dijo: Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. El muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos. El revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz. A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has revelado lo que te pedimos; pues nos has dado a conocer el asunto del rey.”

Dios contestó la oración de los jóvenes en esa misma noche: “*El secreto fue revelado a Daniel en visión de noche*”, e inmediatamente Daniel adoró a Dios por la revelación recibida.

Comenzó diciendo: “*Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos*”. El “*nombre de Dios*” representa su propio carácter, y esta es la razón por la que Daniel le adora.

Luego reconoció que “*suyos son el poder*”. Él tiene el control soberano sobre todo el universo y también sobre la historia de la humanidad: “*El muda los tiempos y las edades. Quita reyes y pone reyes*”. Nada ocurre sin su permiso. El hombre cree que él controla los eventos políticos de las naciones, pero es Dios quien en realidad lo hace. El mismo Nabucodonosor estaba sentado en el trono de Babilonia porque Dios así lo había dispuesto, a fin de llevar a cabo sus propósitos de juicio sobre Israel y otras naciones,

aunque tanto el rey como sus súbditos no lo verían de ese modo, y pensaban que sus victorias se debían a su propio poder y sabiduría.

Y finalmente reconoció también que él *“da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos”*. Dios es el único que puede revelar los misterios escondidos, porque sólo él es la fuente de la sabiduría. Su conocimiento era infinitamente superior al de los sabios de este mundo, y por supuesto, a cualquier falsa deidad babilónica. *“Él revela lo profundo y lo escondido”*. Aquello que ningún ser humano o ángel es capaz de conocer, Dios lo sabe y puede revelarlo a sus profetas, y de hecho lo hace; desciende y se comunica con los hombres. *“Conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz”*. Dios es luz, en el sentido de que todas las cosas son claras para él, aunque la gente esté rodeada de tinieblas.

Daniel termina su oración expresando su profunda gratitud al *“Dios de sus padres”*. Con esto da a entender que él en ningún momento ha adoptado a los dioses de Babilonia, sino que sigue identificándose plenamente con el Dios de la nación judía, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

Daniel reconoce ante el rey que Dios le ha revelado su sueño

(Dn 2:24-30) “Después de esto fue Daniel a Arioc, al cual el rey había puesto para matar a los sabios de Babilonia, y le dijo así: No mates a los sabios de Babilonia; llévame a la presencia del rey, y yo le mostraré la interpretación. Entonces Arioc llevó prontamente a Daniel ante el rey, y le dijo así: He hallado un varón de los deportados de Judá, el cual dará al rey la interpretación. Respondió el rey y dijo a Daniel, al cual llamaban Beltsasar: ¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación? Daniel respondió delante del rey, diciendo: El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey. Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días. He aquí tu sueño, y las visiones que has tenido en tu cama: Estando tú, oh rey, en tu cama, te vinieron pensamientos por saber lo que había de ser en lo por venir; y el que revela los misterios te mostró lo que ha de ser. Y a mí me ha sido revelado este misterio, no porque en mí haya más sabiduría que en todos los vivientes, sino para que se dé a conocer al rey la interpretación, y para que entiendas los pensamientos de tu corazón.”

Una vez que Daniel recibió la revelación del sueño y su interpretación, buscó rápidamente a Arioc, el verdugo del rey, para informarle de que ya estaba listo para presentarse ante Nabucodonosor. Arioc era consciente de la turbación del rey y no se demoró en llevar a Daniel ante él.

Notamos que Arioc se adjudicó el crédito de haber encontrado a una persona que podía revelar e interpretar el sueño del monarca, aunque la verdad era que había sido Daniel quien había buscado a Arioc. Suponemos que esperaba recibir alguna recompensa o un buen ascenso.

Arioc presentó a Daniel ante Nabucodonosor como *“uno de los deportados de Judá”*. No era una gran presentación. Ser un deportado no era algo de lo que se pudiera enorgullecer. Y Judá era un reino pequeño e insignificante. Pero toda esta debilidad serviría perfectamente para que Dios fuera el único en ser glorificado en todo lo que estaba a punto de ocurrir.

Con cierta desconfianza el rey preguntó a Daniel si él podría darle a conocer el sueño que había tenido y su interpretación. Pero el joven profeta de Dios no se iba a atribuir honores que no le correspondían, así que comenzó diciendo lo mismo que ya habían confirmado los sabios del rey: *“El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey”*. E inmediatamente se dispuso a dar todo el crédito al *“Dios de los cielos”*. Si había alguna diferencia entre Daniel y los sabios, ésta se encontraba en la fuente de su revelación. Los sabios confiaban en dioses paganos, mientras que Daniel era siervo del Dios del cielo.

Nabucodonosor no conocía al Dios del cielo, pero Dios le conocía muy bien a él. A partir de este momento se estableció una relación entre el rey y el profeta que serviría para acercar las realidades eternas a este monarca pagano. Fijémonos en lo que le dice Daniel: *“Hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días”*.

Es curioso, pero el Dios de Israel escogió a un rey pagano para revelar el futuro de la humanidad. Notemos que Daniel comenzó afirmando que el contenido del sueño que Nabucodonosor había tenido era profético y que tenía que ver con *“los postreros días”*. Esta última expresión debemos entenderla en este contexto como *“los tiempos de los gentiles” (Lc 21:24)*, y se refiere al período que comenzó con el mismo Nabucodonosor y durará hasta la venida del Mesías, como más adelante veremos en la interpretación que Daniel hace de su sueño. Debido al fracaso espiritual de los descendientes de la casa de David, Dios había tomado su cetro y lo había puesto en manos de los gentiles, y ninguno de ellos volvería a sentarse en el trono de David hasta que el mismo Señor Jesucristo, el hijo de David por antonomasia, lo haga en su Segunda Venida.

Daniel revela el sueño a Nabucodonosor

(Dn 2:31-35) “Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.”

Nabucodonosor esperaba dos cosas de Daniel; en primer lugar que le revelara el sueño que él había tenido, y en segundo lugar, que se lo interpretara. Aquí Daniel está haciendo la primera de las dos cosas.

El sueño que el rey había tenido era relativamente sencillo. Él había visto una imagen que era muy grande, cuya gloria era sublime y su aspecto terrible. Tenía este aspecto porque aparte de su colosal tamaño, estaba compuesta de varios metales, lo que le daba esplendor y brillo.

En todo caso, la imagen no permaneció erguida por mucho tiempo, porque una piedra la hirió en sus pies y la desmenuzó hasta que fue convertida en tamo que se lleva el viento. Y la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.

Ahora bien, lo realmente importante era la interpretación del sueño, que es lo que a continuación va a explicar Daniel.

La interpretación del sueño de Nabucodonosor

(Dn 2:36-45) “Este es el sueño; también la interpretación de él diremos en presencia del rey. Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Y dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo; tú eres aquella cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro. Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación.”

Daniel pasa ahora a dar al rey la interpretación de su sueño. Resumiendo podríamos decir que la enorme estatua que Nabucodonosor había visto en sus sueños y que estaba compuesta de diversos metales, representaba a los gobiernos mundiales que de un modo u otro habrían de influir en los asuntos del pueblo de Israel.

Alguien podría pensar que habría sido más claro si cada reino hubiera sido representado por una imagen diferente, pero la intención del Espíritu Santo al inspirar esta porción era transmitirnos la idea de que aunque los reinos eran distintos, todos ellos manifestaban la misma oposición al Dios del cielo y a su pueblo.

El hecho de que los materiales van descendiendo de calidad en las partes inferiores de la imagen, indica que los reinos más poderosos serían los de más arriba. En este sentido hay que tener en cuenta que no siempre los reinos más extensos son los más poderosos.

Tenemos, por lo tanto, un avance profético del curso de los reinos gentiles que dominarían sobre el pueblo de Israel. Podríamos resumirlo de la siguiente forma:

- La cabeza de oro: El imperio Babilónico.
- El pecho y los brazos de plata: El imperio Medo-Persa.
- El vientre y los muslos de bronce: El imperio Griego.
- Las piernas y los pies de hierro y barro cocido: El imperio Romano.

I. La cabeza de oro

Daniel comienza asociando la “*cabeza de oro*” con el mismo Nabucodonosor y su reino (notemos que tanto aquí como en otras partes de las Escrituras la palabra “*rey*” es sinónimo de “*reino*”).

Nabucodonosor había comenzado como un jefe de poca importancia uniendo a varias tribus, pero luego llevó a cabo importantes campañas militares en las que se apoderó del imperio asirio, luego de Siria y continuó avanzando hasta vencer a los egipcios. Es cierto

que no se movió en dirección a Grecia, a los que también habría vencido, pero no lo necesitaba, él sabía que ya controlaba el mundo entonces conocido.

Un hombre que en tan poco tiempo había conseguido hacerse con tal cantidad de poder, fácilmente podría tener un concepto muy equivocado de sí mismo, por eso la revelación divina pone las cosas en su sitio: *“El Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad”*. Es fácil pensar que Nabucodonosor tuviera ya una intoxicación de poder y era necesario recordarle que su éxito no se debía a su capacidad militar o sabiduría, sino al Dios del cielo (**Jer 27:6**) (**Jer 28:14**). Aquí es importante fijarnos en el énfasis continuo sobre la soberanía de Dios en este libro.

Los privilegios y responsabilidades que Nabucodonosor había recibido eran incalculables. Notemos que la descripción que Daniel hizo de su reino guarda importantes similitudes con el mandato que Adán y Eva recibieron en el huerto del Edén. Del reino de Nabucodonosor se dice: *“dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo”*, y a Adán le dijo: *“Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”* (**Gn 1:28**).

El dominio mundial que Nabucodonosor había recibido tenía el propósito de cumplir lo que Dios había planeado para la humanidad. Él tenía la responsabilidad de administrar, proteger y cuidar a los hombres puestos a su cargo, y no sólo a los hombres, también a las bestias del campo y a las aves del cielo.

2. El pecho y los brazos de plata

La segunda parte de la imagen, el pecho y los brazos de plata, representan al Imperio Medo Persa. Los dos brazos se relacionan con las dos naciones de Media y Persia, que juntas derrotaron a Babilonia. En todo caso, este imperio fue inferior al babilónico.

3. El vientre y los muslos de bronce

Esta tercera parte de la imagen representa a un tercer reino, el Imperio Griego. Alejandro Magno conquistó a los medo-persas entre el 334 y 330 a.C. y tomó el poder sobre todo su territorio. Luego siguió conquistando otros pueblos, extendiendo su reino hacia el oriente hasta llegar a la parte noroeste de la India.

4. Las piernas y los pies de hierro y barro cocido

Las piernas de hierro representaban al Imperio Romano. Ellos extendieron su control en torno a todo el mar Mediterráneo. Daniel dice que sería un reino *“fuerte como hierro”*, y efectivamente lo fue. El Imperio Romano sobresalió por la fortaleza de su ejército, de sus leyes y de su organización política. También fue cierto lo que se dijo en cuando a que *“desmenuzará y quebrantará todo”*. El Imperio Romano tuvo mayor fuerza que los imperios precedentes, y literalmente los desmenuzó.

Pero el profeta añade que aunque comenzaría siendo de *“hierro”*, paulatinamente se iría degradando hasta llegar a ser *“en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro”*, es decir, *“un reino dividido”*, lo cual también fue cierto. La historia ha dejado constancia de sus guerras civiles. La causa de estas divisiones debemos buscarla en la diversidad étnica de sus súbditos, pero sobre todo, en su debilidad moral. En cuanto a esta división, algunos han visto en las dos piernas de la profecía la separación del imperio en dos, con capitales en Roma y en Constantinopla.

5. La caída de la imagen

Al terminar su sueño, Nabucodonosor había visto cómo una gran piedra se estrellaba contra la imagen destruyéndola. Daniel explica que esto ocurrirá *“en los días de estos reyes”*, lo que seguramente se refiera al tiempo final del último imperio.

En cuanto a la piedra que destruye la imagen, se nos dice que *“fue cortada, no con mano”* (Dn 2:34). Es decir, la imagen no fue derribada por mano humana. Esta *“roca”* hace referencia al Mesías de Dios. En las Escrituras es frecuente comparar al Mesías con una roca (Sal 118:22) (Is 28:16) (Ef 2:20) (1 P 2:6-8).

Dios había puesto a Nabucodonosor en su trono, y lo mismo haría con el resto de reyes que gobernarían en los sucesivos imperios, pero ninguno de ellos cumpliría el plan original de Dios, y por esa razón, Dios mismo levantaría a su Mesías, quien llevaría a cabo de forma perfecta los designios de Dios para este mundo. Aunque para eso sería necesario que previamente todo lo anterior fuera completamente destruido y consumido hasta no quedar rastro alguno de ello.

Por todo esto, esta piedra no habría de tener nada en común con los reinos anteriores. No podía ser sucesor de ellos. De hecho, tal como vemos en la visión, representaría algo completamente diferente. Esto queda claro cuando observamos que la *“piedra”* no formaba parte de la imagen, sino que fue cortada de una roca. Además, hasta su misma apariencia era distinta. En comparación con el oro, la plata, el bronce o el hierro que formaban la imagen, esta piedra podría ser considerada como de muy inferior calidad. ¡Era sólo una piedra! Si la comparamos con el oro de la cabeza, podríamos llegar a la conclusión equivocada de que este reino sería pequeño y pobre. Incluso podríamos tener la tentación de despreciarla. Bueno, de hecho eso fue lo que los profetas habían anunciado que ocurriría cuando el Mesías viniera a su pueblo en su primera venida, algo que se cumplió con total exactitud en nuestro Señor Jesucristo:

(Is 8:14) “Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalén.”

(Mt 21:42) “Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?”

Pero en su segunda venida, esta piedra herirá a la imagen y se convertirá en una gran montaña que llenará toda la tierra. Recordemos que en las Escrituras un monte es símbolo de un reino. Ahora podemos apreciar el enorme contraste entre la estatua que vio Nabucodonosor y el *“gran monte que llenó toda la tierra”* (Dn 2:35).

Otro detalle importante es que la piedra vino rápidamente, sin aviso alguno. Como decimos, esto tendrá lugar en la Segunda Venida de Cristo. Y notemos también que la piedra se convertirá en un gran monte de repente, no en forma gradual. Además, este reino no será jamás destruido y durará por toda la eternidad. Evidentemente, esto no puede referirse al milenio, que es un período limitado de tiempo, sino que apunta a la eternidad, cuando el Mesías establezca su reino perpetuo (2 S 7:16) (Sal 45:6) (Is 9:7) (Ap 11:15). Esto nos muestra que la visión de Nabucodonosor no incluye todos los detalles de lo que ha de ocurrir en el futuro, sino sólo las grandes líneas maestras.

En cualquier caso, tenemos aquí una clara descripción del reino de Dios: En cuanto a su origen, es divino; en cuanto a su extensión, abarca toda la tierra; y en cuanto a su duración, es eterno.

Daniel es honrado por Nabucodonosor

(Dn 2:46-49) *“Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante Daniel, y mandó que le ofreciesen presentes e incienso. El rey habló a Daniel, y dijo: Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio. Entonces el rey engrandeció a Daniel, y le dio muchos honores y grandes dones, y le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia, y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia. Y Daniel solicitó del rey, y obtuvo que pusiera sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abed-nego; y Daniel estaba en la corte del rey.”*

No hay duda de que Nabucodonosor quedó fuertemente impresionado por todo lo que Daniel le acababa de revelar. Reconoció que su Dios no era como los sabios de Babilonia o sus dioses; el Dios de Daniel sí que conocía el pasado y también el futuro. No había ninguna duda; el Dios de Israel tenía en sus manos el destino de las naciones.

El rey quedó tan impresionado que hizo algo completamente inusual; se postró ante Daniel y ordenó que se le ofreciesen presentes e incienso. Este era un honor que normalmente sólo se daba a los dioses de Babilonia, pero Nabucodonosor quería reconocer la superioridad del Dios de Daniel. Suponemos que Daniel permitió esto porque no le quedó otra opción, y porque seguramente interpretó que lo que el rey quería hacer era engrandecer a su Dios, quien le había revelado su sueño de una forma tan extraordinaria y clara. Fijemonos en las palabras de Nabucodonosor: *“Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio”*.

Luego el rey *“engrandeció a Daniel, y le dio muchos honores y grandes dones”*. Esto incluyó nombrarle *“gobernador de toda la provincia de Babilonia, y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia”*.

Daniel no olvidó a sus compañeros de oración y solicitó al rey que también ellos fueran ascendidos. Nabucodonosor accedió a su petición, y Sadrac, Mesac y Abed-nego fueron colocados sobre los negocios de Babilonia. Con esto Daniel demostró su humildad y compañerismo.

De este modo, estos jóvenes judíos que habían sido deportados a Babilonia como cautivos de guerra, ascendieron a los más altos puestos de autoridad dentro del imperio babilónico. Esto era sin duda un milagro. Daniel mismo era muy joven todavía, y sin embargo, fue hecho jefe de todos los sabios del reino, hombres mucho más mayores que él, sin duda. Dios volvió a recompensar su fidelidad. Y estamos seguros de que desde su nueva posición, estos jóvenes servirían de mediadores ante el rey a favor de los demás exiliados de Judá.

Queda preguntarnos si la actitud de Nabucodonosor implicaba una auténtica conversión. Y es difícil saberlo, pero todo parece apuntar que no fue así. En primer lugar, vemos que aunque dice cosas muy ciertas y hermosas acerca de Dios, en ningún momento se dirige personalmente a él, sino que siempre lo hace a través de su siervo Daniel. Aunque parezca increíble, al hombre siempre le resulta más fácil arrodillarse delante de otro hombre o de una estatua, antes que hacerlo delante del Dios del cielo. Por otro lado, tampoco escuchamos una oración de arrepentimiento y perdón. Y si tenemos en cuenta que era un hombre politeísta, puede que lo único que realmente estaba diciendo es que reconocía a Jehová como un Dios importante o superior a los otros dioses de Babilonia.

Preguntas

1. ¿Le parece que Daniel no fue fiel a su herencia judía al formar parte de este grupo de sabios?
2. ¿Por qué reveló Dios a Nabucodonosor este sueño de cuatro imperios sucesivos?
3. ¿A qué reinos se refiere Daniel en su interpretación?
4. ¿Qué o a quién representa la piedra?
5. ¿Qué lecciones podemos aprender en este relato para nuestra vida? ¿De qué maneras podemos esperar que Dios haga algo semejante con nosotros? ¿Cómo debe afectarnos esta convicción?

Rescatados del horno de fuego (Daniel 3)

Introducción

Los dos primeros capítulos del libro se han centrado en mostrarnos la fe de Daniel, mientras que sus tres compañeros han quedado en un segundo plano, en cambio, en este capítulo tendremos ocasión de comprobar que la fe de Ananías, Misael y Azarías brillaba del mismo modo que la de su amigo Daniel.

De todos modos, este pasaje guarda una estrecha relación con el anterior. Parece evidente que la revelación que Nabucodonosor había tenido no fue bien recibida. Aparentemente el monarca había quedado impresionado por el Dios del cielo al que Daniel representaba, pero no estaba dispuesto a rendirse a él. Lo que hizo en este episodio lo confirma con claridad.

Nabucodonosor levanta una estatua de oro

(Dn 3:1-7) “El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia. Y envió el rey Nabucodonosor a que se reuniesen los sátrapas, los magistrados y capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias, para que viniesen a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado. Fueron, pues, reunidos los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias, a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado; y estaban en pie delante de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor. Y el pregonero anunciaba en alta voz: Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo. Por lo cual, al oír todos los pueblos el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado.”

Dios le había comunicado a Nabucodonosor los acontecimientos más significativos que iban a tener lugar en el gobierno de la historia de los gentiles a partir de sus días. Él mismo y su reino iban a tener un papel destacado. Según le había dicho Daniel, Nabucodonosor sería la cabeza de oro en aquella gran imagen que había visto en su sueño, pero el rey no parecía conformarse con eso y mandó construir una estatua entera de oro.

No sabemos con exactitud cuándo ocurrieron estos eventos. En principio, parece claro que fue después de lo narrado en el capítulo 2, puesto que los tres amigos de Daniel ya ocupaban los puestos de autoridad que les habían sido otorgados entonces (**Dn 2:49**). Y quizás no sea descabellado pensar que no habría pasado demasiado tiempo desde aquel momento.

Parece también que a Nabucodonosor no le había agradado lo que Dios había dicho de él en la revelación de su sueño: “*después de ti se levantará otro reino*” (**Dn 2:39**). No es fácil

saber cuáles eran sus pensamientos en cuanto a esto, pero podemos pensar en lo siguiente:

- Cabe la posibilidad de que estuviera manifestando su rechazo de lo que Dios le había dicho y decidiera ingenuamente cambiar el curso del futuro. En ese caso, él no sólo sería la cabeza de oro, sino que su reino habría de extenderse hasta los pies. Incluso pretendería que fuera eterno y ocupara el lugar de aquella roca que se extendía por todo el mundo. No sería de extrañar que pensamientos de este tipo pasaran por su mente, ya que en el pasado el reino de Babel había soñado con algo parecido cuando acometieron la construcción de una torre cuya cúspide había de llegar hasta el cielo, y decidieron hacerse un nombre que los mantuviera unidos (**Gn 11:4**).
- Pero existe también la posibilidad de que Nabucodonosor sólo quisiera perpetuarse en el tiempo haciendo una imagen que recordara a las generaciones venideras la grandeza y esplendor de su reino. Algo similar a lo que los faraones de Egipto lograron con sus imponentes pirámides.

En todo caso, aunque la revelación que Nabucodonosor había recibido le llevó a hacer algunas declaraciones sobresalientes acerca del Dios de Judá, esto no llegó a cambiar la inclinación de su malvado corazón. A él le gustaba el reconocimiento y la adulación de las multitudes, y no estaba dispuesto a cedérselas al Dios del cielo. En realidad, quería usurpar el lugar de Dios y competir con él, algo que todos los seres humanos caídos también hacemos con frecuencia.

En cuanto al lugar en el que la imagen fue levantada, se nos dice que fue *“en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia”*. Y aunque no se sabe con seguridad nada acerca de su ubicación concreta, en unas excavaciones arqueológicas llevadas a cabo a unos diez kilómetros de la antigua Babilonia, cerca del río Dura, donde éste se une con el Eufrates, descubrieron una plataforma de unos seis metros de alto y quince metros cuadrados de superficie, que bien podría haber servido como base de la estatua que Nabucodonosor levantó.

Sobre la imagen, el texto dice que tenía sesenta codos de altura y seis de ancho. Esto equivale a unos veintisiete metros de alto y un poco más de dos y medio de ancho. Algunos han argumentado que esta proporción de 10 a 1 no coincide con una imagen humana, pues sería demasiado delgada, así que sugieren que lo que Nabucodonosor levantó sería un obelisco semejante a los egipcios. Pero también pudiera ser que la imagen no respetara la proporciones adecuadas, o que sí lo hiciera, pero que estuviera colocada sobre un pedestal para hacerla más imponente. En todo caso, puesto que este relato guarda una clara relación con el anterior, lo más correcto es interpretar que se trataba de una imagen con forma humana.

De cualquier modo, lo cierto es que tuvo que ser un monumento impresionante, no sólo por su altura, sino porque estaba hecha de oro (seguramente no de oro macizo, sino recubierta de él). Al haber sido colocada en una llanura, y quizá elevada sobre un enorme pedestal, la estatua se podría ver brillar desde varios kilómetros de distancia.

Una vez terminada, Nabucodonosor organizó importantes eventos para su dedicación. Notamos que mandó que se reuniesen ocho rangos diferentes de oficiales: *“sátrapas, magistrados y capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias”*. No es fácil saber con exactitud a quién se refiere cada uno de estos títulos, pero podemos estar seguros de que incluirían a las personas más importantes de todos los estamentos de la sociedad caldea: príncipes, representantes destacados del rey, gobernadores, oficiales militares, funcionarios de alto rango, consejeros, sabios, tesoreros

y jueces. Su asistencia obligada servía para enfatizar las implicaciones políticas de este suceso. Ellos debían ser los primeros en dar ejemplo a todos los demás. Y por supuesto, debían estar allí si querían seguir conservando sus puestos.

Pero debemos notar que no sólo se exigió su presencia, o que hicieran algún acto de reverencia pública, lo que expresamente se demandó de ellos fue que adoraran la imagen que Nabucodonosor había levantado. Esto indica que el acto tenía importancia tanto política como religiosa. Por lo tanto, era considerado como una demostración de su lealtad y sumisión al poder absoluto del rey en ambos aspectos. Y puesto que ellos eran considerados como representantes de los pueblos sobre los que Babilonia gobernaba, el acto de obediencia de estos oficiales indicaba no sólo su propia sumisión, sino también la de todos aquellos sobre quienes gobernaban.

El asunto es de tremenda importancia, porque Nabucodonosor no estaba exigiendo que adoraran a un dios concreto que ellos ya conocían en Babilonia, sino a un dios que él mismo acababa de inventar. Los dioses de Babilonia tenían un carácter local y él buscaba crear una religión universal que mantuviera unido a su reino. Así lo habían hecho los faraones en Egipto y más tarde los césares en Roma. Por lo tanto, se trataba de un acto religioso y político con el que se reconocía la autoridad del estado, pero sobre todo, de la persona del rey. Nabucodonosor estaba reemplazando a Dios y exigiendo la adoración divina hacia su propia persona.

Debió ser impactante ver a tantos oficiales venidos de todos los *“pueblos, naciones y lenguas”* jurar lealtad a Nabucodonosor delante de su imagen. Para ellos esto no suponía un problema. Al fin y al cabo, no se les obligaba a renunciar a sus otros dioses, pero para un hebreo monoteísta, esto sí que era un gran problema, porque Jehová exigía una lealtad exclusiva.

Con el fin de que la dedicación de la estatua fuera una ocasión muy atractiva desde todas las perspectivas, se añadió acompañamiento musical: *“bocina, flauta, tamboril, arpa, salterio, zampoña y todo instrumento de música”*. Tenemos descrita aquí una gran orquesta compuesta por instrumentos de viento, cuerda y percusión. Hoy diríamos que se trataba de la *“orquesta nacional de Babilonia”*.

La música iba a tener un lugar muy importante en aquel evento. A Nabucodonosor no le interesaba que las personas pensaran demasiado en lo que estaba pasando, simplemente les animaba a que se dejaran llevar. Y desde luego, aquel acompañamiento musical del más alto nivel terminaría por impresionarles y cumplir su propósito.

En este contexto, el papel primordial de la música tenía como objetivo producir *“sentimientos religiosos”*. Todo debía funcionar al nivel de las emociones, dejando el cerebro en un segundo plano, como si estuviera apagado. Los cantantes y músicos modernos son conocedores del increíble poder que ejercen sobre las multitudes que los escuchan. Estas pueden gritar enloquecidas mientras los escuchan. No necesitan letras sofisticadas para convencerlos de su mensaje. Lo triste del asunto es que este mismo fenómeno parece estar invadiendo también ciertas áreas del cristianismo. Creyentes que gritan y lloran con delirante entusiasmo sin ningún tipo de reflexión previa.

Ya sabemos que a los manipuladores les conviene una religión estrictamente emocional que deje fuera el pensamiento. Nabucodonosor conocía bien todo esto, y no se molestó en hacer ninguna demostración de sus argumentos a favor de lo razonable de adorar a su nuevo dios.

Pero si esto no funcionaba como él esperaba, había otro argumento que terminaría por convencer a los más reticentes. Ordenó que todo aquel que no adorara su imagen fuera muerto inmediatamente: *“cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será*

echado dentro de un horno de fuego ardiendo". Las convicciones no eran relevantes. Así que, nada más que escucharon la orquesta, todos los súbditos de Nabucodonosor se postraron y adoraron su imagen. Bueno, todos no, porque frente a la cobardía y servilismo de aquellos funcionarios reales, contrasta la valentía y fidelidad de tres jóvenes judíos.

Acusación contra los judíos

(Dn 3:8-12) "Por esto en aquel tiempo algunos varones caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: Rey, para siempre vive. Tú, oh rey, has dado una ley que todo hombre, al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, se postre y adore la estatua de oro; y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiendo. Hay unos varones judíos, los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado."

Parece que los únicos que no se postraron ante la imagen de Nabucodonosor y la adoraron fueron tres jóvenes judíos que habían sido puestos sobre los negocios de la provincia de Babilonia. Estos fueron acusados maliciosamente por *"algunos varones caldeos"*. Realmente no sabemos cómo entre tantas personas se hizo evidente que estos tres jóvenes no adoraban la imagen del rey. Quizá en el momento en que sonó la música ellos fueron los únicos en permanecer de pie. En todo caso, su negativa no pasó desapercibida, lo que les llevó a quedar muy solos en medio de toda aquella multitud.

La palabra que se traduce *"acusaron maliciosamente"*, tiene el sentido de *"romper en pedazos"*, *"comer la carne de alguien"*, *"calumniar"* y demuestra el odio con el que presentaron sus acusaciones. Al fin y al cabo, detrás de cualquier forma de calumnia hay un deseo latente de dar muerte al rival.

En cuanto a la forma en la que estos caldeos presentaron su denuncia, parece que estaban dando a entender que estos jóvenes hebreos eran unos desagradecidos. Después de que el rey los había honrado poniéndolos sobre puestos de alta responsabilidad en la provincia de Babilonia, ellos se negaban a participar en los actos organizados por él.

En todo caso, no había duda de que sus verdaderas intenciones eran destruir a los acusados. Las razones aparentes fueron que no obedecían las ordenes del rey, pero en su lenguaje se perciben ciertos prejuicios raciales, ya que se menciona el origen judío de todos ellos y el hecho de que los acusadores eran caldeos. Seguramente lo que realmente les movía era la envidia. No podían aceptar que unos cautivos judíos hubieran llegado a ocupar puestos de tanta dignidad. Normalmente, gente como ellos era relegada a puestos de servidumbre, pero nunca de tanta autoridad. Esos puestos se reservaban para los caldeos. Por lo tanto, la verdadera razón de sus acusaciones estaba en que sentían celos de estos judíos que habían llegado a ocupar los puestos que ellos deseaban.

Por supuesto, los caldeos pensaron que al hacer su acusación estaban demostrando su celo por la honra del rey, lo que sin duda esperarían que les traería el favor real, y quién sabe si quizá les llevaría a quedarse con los puestos que hasta ese momento ocupaban los jóvenes judíos.

Sus acusaciones contra ellos fueron dos: No respetan al rey y se niegan a adorar la imagen que él había hecho.

Muchos se han preguntado dónde estaría Daniel en estos momentos. Y lo cierto es que no lo sabemos. Quizá estaba presente, pero los caldeos no se atrevieron a acusarle debido a la alta posición en la que el mismo Nabucodonosor le había colocado. No olvidemos que en el pasaje anterior, el mismo rey se había postrado ante él (**Dn 2:46**). En ese caso es probable que Daniel estuviera exento de postrarse ante la imagen. Pero de cualquier modo, podemos estar seguros de que si hubiera sido obligado a hacerlo, él habría actuado del mismo modo que sus amigos.

La fe de los acusados

(Dn 3:13-18) *“Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajesen a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos estos varones delante del rey. Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios, ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos? Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.”*

Cuando todo este asunto llegó a conocimiento de Nabucodonosor, él se encendió en ira contra los tres atrevidos judíos. Los reyes de la antigüedad no estaban acostumbrados a que nadie desobedeciera sus órdenes, y el que lo hiciera, podía estar seguro de la suerte que correría.

Pero curiosamente el rey no mandó ejecutarles inmediatamente, sino que primero los interrogó personalmente para comprobar si eran ciertas las acusaciones. Incluso parece que les ofrece una segunda oportunidad en el caso de que estuvieran dispuestos a reconsiderar su actitud. Como decimos, ésta no era la forma en la que ese tipo de reyes se comportaban. Quizá pesó en sus decisiones el respeto que tenía por Daniel.

Cuando los tres jóvenes fueron presentados ante Nabucodonosor, todos ellos se reafirmaron en su decisión y dejaron clara su negativa a adorar a su imagen. Esto no hizo sino intensificar el enojo del rey. ¡Qué difícil tuvo que ser para ellos mantenerse firmes en sus convicciones ante la ira del rey! Lo más lógico habría sido claudicar ante sus amenazas y la evidente presión de grupo a la que estaban siendo sometidos. Pero ellos, en ningún momento se plantearon acomodarse a la situación a fin de obtener ventajas personales, aunque su misma vida estuviera en peligro. En el fondo de todo el asunto estaba el hecho de que estos tres jóvenes tenían un auténtico temor del Dios del cielo, y para ellos era infinitamente más grave ofenderle a él que a Nabucodonosor. Ellos iban a obedecer a Dios antes que a los hombres (**Hch 5:29**), porque si algo temían, era la ira de Dios, no la del rey.

En este punto, el asunto se convirtió en un conflicto personal entre el Dios del cielo y Nabucodonosor. Fijémonos en las palabras del rey: *“¿Qué dios será aquel que os libre de mis manos?”*. Evidentemente, él se consideraba superior a todos los dioses. Creía que tenía toda la autoridad tanto en la esfera política como en la religiosa, y por esa razón no dudaba en desafiar a cualquier divinidad. Su actitud era similar a la del rey de Asiria cuando envió a sus súbditos para que invitaran a Israel a rendirse: *“¿Acaso alguno de los*

dioses de las naciones ha librado su tierra de la mano del rey de Asiria?” (2 R 18:33) (2 R 19:12). Pero el orgullo de ambos reyes resultó vano.

Los amigos de Daniel lo sabían perfectamente y así se lo declararon al rey: *“No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarlos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”.* En toda su vida Nabucodonosor no había recibido una respuesta como esta. Lo que le dijeron es que él no se podía comparar en ninguna manera con su Dios, y aunque estaban a su servicio en su corte, sin embargo, su lealtad primera era al Dios del cielo. No iban a permitir que nada se interpusiera en esto.

Así que los tres mostraron su absoluta confianza en su Dios, y así se lo declararon al rey. En todo caso, ellos contemplaban con realismo la posibilidad de que su Dios no quisiera librarlos de la mano de Nabucodonosor, aunque tenían claro que de ser así, no sería por falta de poder en su Dios. Así que ellos se sometían a los planes soberanos de Dios sin discutirle nada, algo que evidentemente no estaban dispuestos a hacer con Nabucodonosor. Si fuera la voluntad del Dios del cielo al que servían que ellos murieran, lo acatarían con gusto. Estaban dispuestos a lo que hiciera falta antes que negar su fe. Así que, aunque Dios escogiera no librarles, ellos de igual modo seguirían siendo fieles a él. En ningún momento le iban a exigir un milagro o le iban a imponer cómo debería actuar. Estaban dispuestos a aceptar cualquier decisión de su parte, aunque fuera diferente a la que a ellos les gustara. Nada de todo eso les haría cambiar de opinión.

Su calculada respuesta implica que ellos ya habían sopesado cuidadosamente las consecuencias de negarse a obedecer la orden del rey, y sin embargo, habían decidido no hacerlo. Aunque imaginamos que llegar a esa decisión no tuvo que resultarles fácil. En estos casos siempre existe la tentación de esconder la fe. Podrían haber pensado que tampoco era tan grave arrodillarse durante unos minutos ante la imagen, al fin y al cabo, Dios ya sabía que no lo estaban haciendo de corazón. ¿Y qué beneficio podría haber en sus muertes? ¿No sería infinitamente mejor que siguieran vivos para así poder hablar a otros del Dios del cielo? Estos y otros razonamientos pudieron pasárseles por la mente, pero se negaron a escucharlos.

En nuestro mundo moderno se considera una virtud ser tolerante con cualquier opinión, aunque se trate de las más descabelladas. Y hay muchas personas que no tienen dificultades en esto. Pero observamos que es muy fácil ser tolerante cuando no se tienen convicciones arraigadas. Este no era el caso de estos jóvenes judíos. Ellos tenían fuertes convicciones arraigadas en la Palabra de Dios y no estaban dispuestos a sonreír las locuras de Nabucodonosor.

Por eso notamos que en su respuesta no hay ningún tipo de ambigüedad, no están cuidando su lenguaje a fin de buscar alguna forma de librarse. No, nada de todo eso. Lo que buscaban no era su propio bienestar, sino la honra de su Dios. Y su Dios había hablado con claridad al respecto:

(Ex 20:3-6) “No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.”

El rey se había quedado sin argumentos, así que en este punto insistió nuevamente en el castigo que sufrirían por su rebelión. Era su último argumento, y sabía de su efectividad porque la había contrastado en otras muchas ocasiones.

Sadrac, Mesac y Abed-nego son echados al horno de fuego

(Dn 3:19-23) *“Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se demudó el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado. Y mandó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiendo. Entonces estos varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiendo. Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Y estos tres varones, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo.”*

Viendo la firmeza y resolución de los jóvenes, Nabucodonosor “se lleno de ira”, al punto de que “se demudó el aspecto de su rostro”. Su orgullo y vanidad habían sido heridos, así que, en un arrebato de ira incontrolada ordenó calentar el horno “siete veces más de lo acostumbrado” y ejecutar inmediatamente a aquellos atrevidos judíos. Quería que su castigo sirviera de lección para cualquier otro que considerara la posibilidad de rebelarse contra su poder religioso y político. Todo el mundo debía saber que su poder y gloria no podían ser cuestionados ni desafiados.

De este “horno de fuego ardiendo” sabemos por los descubrimientos arqueológicos y la descripción que de él tenemos en este pasaje, que debía estar construido en forma de huevo, con una apertura arriba que serviría de chimenea. También tendría una puerta en la parte de abajo, desde donde se pondría el carbón, se sacarían la cenizas y se podría ver el interior del horno.

El rey mandó a hombres muy vigorosos que atasen a los tres judíos y que los echaran dentro del horno de fuego ardiendo desde la parte de arriba. Pero el horno había sido calentado tanto que las llamas que salían por la abertura superior mató a aquellos que se acercaron a tirarlos.

El autor dice que fueron echados “atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos”. Estas eran sus vestiduras oficiales, y Nabucodonosor quería que fueran identificados por todos y humillados. Como si fuera un acto de degradación militar.

Sadrac, Mesac y Abed-nego son librados del horno de fuego

(Dn 3:24-27) *“Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses. Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones,*

cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían.”

Nabucodonosor se quedó esperando ver cómo los tres hebreos eran consumidos por el fuego, pero para su sorpresa, lo que vio fue a cuatro varones que *“se paseaban en medio del fuego sin sufrir ningún daño”*. No podía dar crédito a lo que sus ojos veían, así que mandó a sus consejeros que le confirmasen lo que había visto. Ellos se acercaron y también vieron lo mismo.

Varias cosas le sorprendieron. En primer lugar es que los tres varones estaban intactos, pero no sólo eso, ¡se estaban *“paseando por el horno”*!. Esta era una forma de expresar que Dios se burla del poder humano. Pero aún hubo algo que le sorprendió todavía más. Él había mandado echar a tres varones, pero allí había cuatro. Además notó que *“el aspecto del cuarto era semejante a hijo de los dioses”*. Desde su perspectiva pagana, lo que vino a decir es que su apariencia era sobrenatural, divina. Sobre la identidad de este personaje se ha discutido mucho. Algunos piensan que se trata de un ángel, aunque también podría ser una manifestación de Cristo preencarnado, lo que los teólogos llaman una *“teofanía”*, algo que ocurrió en otras ocasiones en el Antiguo Testamento (**Gn 16:7-13**) (**Gn 18**).

Nos atrae especialmente esta última opción, porque el Señor, o nos libra de las tribulaciones, o está con nosotros cuando las atravesamos. No olvidemos que él ha prometido estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (**Mt 28:20**). Dios conforta con su presencia a sus hijos cuando pasan por las pruebas. Por esta razón, cuando Nabucodonosor se acercó para ver a los jóvenes, no los vio angustiados o dando gritos pidiendo socorro. Ellos estaban experimentando la paz que Dios da y el mundo no puede entender (**Jn 14:27**).

Entonces Nabucodonosor se acercó todo lo que pudo para mandar a los tres jóvenes que salieran del horno. Al hacerlo se dirigió a ellos como *“siervos del Dios Altísimo”*. De ese modo estaba reconociendo que el Dios al que ellos servían con fidelidad era el verdadero Dios. Y como en el capítulo anterior, nuevamente volvió a reconocer la grandeza de Jehová (**Dn 2:47**). Pero ahora lo que más le asombra de él no era que podía revelar los misterios, sino que también tenía poder para librar a los que confían en él. Sin embargo, como ya comentamos en el capítulo anterior, esto no significaba que Nabucodonosor lo estuviera reconociendo como su Dios personal y estuviera dispuesto a desechar a todas sus otras divinidades. Todo se limitaba a reconocer que el Dios de los judíos estaba por encima de sus dioses babilonios.

El milagro era innegable. Una vez que los tres jóvenes salieron de en medio del horno de fuego, los oficiales de Nabucodonosor los examinaron cuidadosamente y no vieron que sus cuerpos hubieran sufrido daño alguno; incluso su ropa estaba intacta y ni siquiera tenía olor de humo. Así que, en presencia de todos sus principales oficiales, Nabucodonosor tuvo que reconocer por segunda vez al Dios de Judá. Había sido derrotado por él y tenía que reconocerlo; sí que había un Dios que podía librar a los que confían en él, y ese Dios era el Dios de los judíos.

La reacción de Nabucodonosor

(Dn 3:28-30) “Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación

o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste. Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia.”

Aunque Nabucodonosor había sido humillado públicamente por medio de este gran milagro, en ningún momento llegó a expresar arrepentimiento por haber maltratado a los jóvenes judíos o por haber hablado mal de su Dios. No obstante, sí que es cierto que declaró que ese gran milagro había sido obra del Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Por lo tanto, la historia termina con la exaltación de Dios y de los tres jóvenes que habían sido fieles a él sin temer el castigo del rey. Y como resultado, el rey decretó que el Dios de los judíos debía ser honrado y que cualquiera que no lo hiciera perdería su vida. Y también que Sadrac, Mesac y Abed-nego fueran engrandecidos ascendiendo a puestos de mayor poder y honor en su reino. De alguna manera, este decreto autorizaba y legalizaba la religión de los judíos.

Es cierto que podemos quedar asombrados por lo convincente de los argumentos de Nabucodonosor cuando exaltaba a Dios, pero no nos debemos confundir, porque tal como él mismo dice, no se trataba de su propio Dios, sino del “*Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego*”. ¿Qué necesitaba para que también fuera su Dios en un sentido absoluto?

Conclusiones y reflexiones

¡Quién iba a imaginar que el imponente festival pagano de dedicación de la imagen de Nabucodonosor iba a terminar de ese modo! Pero la fidelidad lo cambia todo.

En este sentido, la fe de Sadrac, Mesac y Abed-nego son un ejemplo para todos nosotros. Ellos nos enseñan que el martirio es preferible a la apostasía. Y este asunto confronta inmediatamente nuestra propia fe. ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a sufrir por defender nuestras convicciones cristianas frente a un mundo incrédulo? Lo cierto es que muchos de nosotros vivimos una situación de paz que está muy lejos de la dura oposición que sufrieron nuestros hermanos en el pasado, o que en nuestros días padecen muchos cristianos en ciertas partes del mundo. Como mucho, lo máximo que llegamos a sufrir es un poco de presión social por parte de nuestros amigos, familiares o compañeros de trabajo inconversos. Y aun así, ¿qué fácilmente cambiamos nuestras convicciones para adaptarnos al mundo y así no ser considerados por ellos como “bichos raros”? La fidelidad que estos tres jóvenes demostraron al pasar por el horno de fuego sin ceder a sus convicciones es ejemplar. Pero no podemos leer estas historias sólo para admirar el ejemplo de otros, necesariamente debemos preguntarnos si nosotros estaríamos dispuestos a hacer lo mismo si nos tocara pasar por días de tribulación? Mucho nos tememos que la iglesia del siglo XXI ha sido contagiada por el hedonismo del mundo, y que con él rinde culto al placer, por lo que cuando llegue el momento de enfrentar la inevitable persecución por causa de nuestra fe, a muchos tal vez les sorprenda, y rechacen todo pensamiento de sufrimiento por esta causa. Pero aun así, para aquellos que quieran ser fieles a Dios, el pasaje nos va a enseñar que él proporciona las fuerzas necesarias a todos aquellos que toman la decisión de servirle con fidelidad. La victoria final pertenece a los fieles.

Es muy importante que recordemos estas lecciones, porque los hechos registrados en este capítulo constituyen un incidente histórico, pero también son una figura profética que prefiguran el período de la Gran Tribulación. Nabucodonosor nos recuerda al anticristo, ese último gobernante mundial que exigirá que todos los hombres adoren su imagen (**2 Ts 2:4**) (**Ap 13:8**).

Preguntas

1. ¿Por qué los caldeos acusaron a los jóvenes hebreos?
2. ¿Cuáles eran las implicaciones políticas y religiosas de adorar la imagen hecha por Nabucodonosor?
3. ¿Quién era la cuarta persona en las llamas?
4. A la luz de este capítulo, ¿cuál debe ser la actitud del creyente frente a poderes que piden sumisión ciega y control sin límites de las conciencias?
5. ¿Hay algún sentido en el que este capítulo le parezca que contiene un mensaje profético?

La locura de Nabucodonosor (Daniel 4)

Introducción

Parece obvio que transcurrieron varios años desde la experiencia de los amigos de Daniel en el capítulo anterior y el sueño de Nabucodonosor que ahora vamos a considerar. Todo indica que el rey había consolidado su hegemonía política y militar, había edificado ciudades, palacios y engrandecido a Babilonia. Se trataba, por lo tanto, de un período de tranquilidad en el que Nabucodonosor se sentía tranquilo y satisfecho por todo lo que había conseguido. Teniendo en cuenta que este monarca tuvo un reinado bastante largo, 43 años (605 al 562 a.C.), y que la locura descrita en este pasaje duró siete años, después de los cuales todavía disfrutó de algunos años más en el trono, es razonable situar estos acontecimientos a partir del año 33 de su reinado.

Los grandes éxitos conseguidos por Nabucodonosor le habían llevado a estar confiado en su trono, lo que parece lógico. Pero al mismo tiempo, también se había ido llenando de orgullo y altivez contra Dios. El hecho de construir una enorme estatua y obligar a todos a postrarse ante ella para adorarla, ya sirvió para mostrarnos a un hombre lleno de orgullo y sin respeto hacia Dios.

En la Biblia encontramos ciertos principios a través de los cuales el Señor trata con los hombres. Uno de ellos es que Dios humilla a los soberbios y exalta a los humildes (**Stg 4:6**). Por eso, cuando una persona se enaltece por encima de sus semejantes, y en su orgullo llega a pensar que está al mismo nivel que Dios, entonces su caída está próxima. No importa si se trata del gobernante más poderoso de la tierra; Dios no está dispuesto a compartir su gloria con nadie. Siglos antes, Faraón de Egipto ya había tenido que descubrir que el único al que pertenecen el poder y la gloria es al Dios del cielo.

Ahora bien, aunque lo que aquí tenemos es un juicio directo contra la arrogancia de Nabucodonosor, en realidad, toda Babilonia es presentada en la Biblia como un símbolo del orgullo humano que se levanta contra Dios (**Is 47:7-8**).

En cuanto al relato que tenemos ante nosotros, hemos de notar que se nos presenta como un edicto oficial por medio del cual Nabucodonosor quiere dar testimonio de cómo Dios había dirigido su vida. En realidad, Dios se le había revelado de forma directa en varias ocasiones, y aunque él había quedado muy impresionado, no por eso había llegado a convertirse en un adorador del Dios de los cielos. Recordamos las dos ocasiones previas descritas en los primeros capítulos de Daniel, pero también el testimonio que había recibido por medio del profeta Jeremías. No hemos de olvidar que cuando Jerusalén fue capturada definitivamente, Nabucodonosor había ordenado a su general que cuidara del profeta Jeremías y no le hiciera ningún daño (**Jer 39:11-12**). Sin duda, esto era porque conocía las predicciones que este profeta llevaba tiempo haciendo sobre él y lo que iba a hacer en Jerusalén (**Jer 21:1-7**) (**Jer 25:1-14**). Pero aun habiendo tenido revelaciones tan claras de Dios, con todo, Nabucodonosor no se había convertido en un verdadero adorador suyo. Pero ahora las cosas iban a cambiar.

El edicto de Nabucodonosor

(Dn 4:1-3) "Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales, y

cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación.”

Lo que ocurrió en la vida de Nabucodonosor fue tan importante que él mismo quiso dar testimonio de ello *“a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra”*. Lo hizo por medio de un edicto imperial que inicialmente circularía ampliamente por todo su reino, y que más tarde, el Espíritu Santo llevó a Daniel a incluirlo como parte inspirada de las Sagradas Escrituras. Suponemos que Daniel incorporó el escrito de un rey pagano porque servía para dar la gloria a Dios, pero también porque sabía que el cambio producido en el rey era auténtico y estaba fuera de toda duda.

Es admirable el deseo de Nabucodonosor de dar testimonio acerca del Dios del cielo al que finalmente había llegado a conocer de manera personal. Y lo hace con todos los medios a su disposición. ¡Cuánto tenemos que imitar este deseo!

Nabucodonosor declara varias cosas acerca de este Dios. Veamos cómo lo hace.

1. “Paz os sea multiplicada”

En primer lugar es interesante notar las palabras con las que empieza su edicto: *“Paz os sea multiplicada”*. Es verdad que esta era una fórmula habitual con la que en aquella época se comenzaban este tipo de escritos, pero dado el contenido de este edicto, bien podemos decir que en este caso encierra una gran verdad. Aquel que en otro tiempo había sido el terror de las naciones ahora les deseaba paz.

Seguramente, cuando muchos de los reinos que él había conquistado recibieran aquel edicto, comenzarían dudando de que sus deseos hacia ellos fueran realmente de paz. ¿Qué paz podrían tener después de que sus ejércitos habían conquistado, destruido, deportado y aniquilado sus reinos? Pero lo cierto es que ahora Nabucodonosor les hablaba desde el corazón.

Salvando las grandes diferencias, esto nos recuerda el comentario que se hacía del apóstol Pablo una vez que dejó de ser un perseguidor de la iglesia para convertirse en un ardiente predicador de Cristo:

(Ga 1:23) “Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba.”

¿Es posible que las personas puedan llegar a cambiar de esa manera? ¿De qué modo podía llevarles ahora Nabucodonosor la paz? Bueno, en realidad, sólo Dios puede producir un cambio tan sorprendente en las personas. Y de algún modo, Nabucodonosor deseaba que todos llegaran a conocerle, para que también disfrutaran de la paz que él mismo había llegado a tener en su corazón.

2. “Las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo”

Así que, pasa inmediatamente a explicar las razones por las que él se había convertido en un adorador del Dios Altísimo. La primera cosa que señala son sus *“señales y milagros”*, que él reconoce con enorme admiración: *“¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas!”*.

Como ya hemos señalado, Dios se había revelado a Nabucodonosor en varias ocasiones, y en todas ellas lo había hecho de una forma asombrosa. Recordemos el caso del sueño que tuvo y que ninguno de sus sabios pudo revelarle ni tampoco interpretarle. O la ocasión en la que los tres amigos de Daniel habían sido librados del horno ardiente por ese mismo Dios. Toda esa evidencia era asombrosa, pero aun así, Nabucodonosor podía haber endurecido su corazón y no recibirla. Eso mismo es lo que siglos antes había hecho Faraón después de ver todas las poderosas señales que Dios le mostró por medio de

Moisés. Y lo mismo ocurre con millones de personas en nuestro mundo hoy. Permanecen en incredulidad a pesar de toda la revelación que Dios les ha proporcionado, de modo, que como el apóstol Pablo dijo: *“No tienen excusa”*.

(Ro 1:19-20) “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.”

3. *“Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación”*

Nabucodonosor siempre había pensado que habían sido su fuerza y sabiduría las que le habían llevado a consolidar su reino y autoridad, pero ahora reconoce que hay un Rey en el cielo que es el verdadero Soberano, el único que tiene el poder y la autoridad supremas.

Pero llega más allá y afirma: *“su señorío de generación en generación”*. Es muy significativo que Nabucodonosor haga esta declaración. Recordemos que cuando le fue mostrado por medio de un sueño que su reino iba a ser sustituido por otros, esto no pareció gustarle nada. En ese sueño vio una enorme imagen construida de diversos materiales. Su reino fue simbolizado por medio de la cabeza de oro, pero debajo de él había otros reinos. Esto no le agrado, y lo siguiente que hizo fue construir una gran imagen enteramente de oro. Era su forma de decir que su reino habría de durar para siempre. No se conformaba sólo con ser la cabeza, quería que su reino fuera eterno. Pero ahora, Nabucodonosor reconoce que el Dios Altísimo es el único que tiene señorío de *“generación en generación”*.

4. *La nueva actitud de Nabucodonosor*

Además del reconocimiento explícito que hizo de la grandeza de Dios, es interesante que observemos también su actitud. En cuanto a esto hay dos cosas que nos llaman la atención.

La primera de ellas es la forma en la que se dirige a Dios. En ocasiones anteriores, cuando también había sido asombrado por él, se había referido a Dios como el Dios de Daniel o de sus amigos, pero nunca como su propio Dios. Pero ahora su actitud ha cambiado radicalmente y nos encontramos con un testimonio muy personal.

Y en segundo lugar, notamos que adora a Dios después de haber sido humillado muy duramente por él. Tuvo que ser terrible vivir como una bestia por siete años, pero al recuperar la cordura reconoce sin problemas que su castigo había sido justamente merecido. No hay rencor ni odio, sino que por el contrario se muestra agradecido y adora a ese mismo Dios que le había castigado. Al hacerlo, estaba reconociendo también sus pecados.

Nabucodonosor tiene otro sueño y busca su interpretación

(Dn 4:4-9) “Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron. Por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios de Babilonia, para que me mostrasen la interpretación del sueño. Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije el sueño, pero no me pudieron mostrar su interpretación, hasta que entró delante de mí Daniel, cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño, diciendo: Beltsasar, jefe de los magos,

ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación.”

Todo empezó un día en el que Nabucodonosor estaba tranquilo en su casa y floreciente en su palacio. Se trataba de un período de su vida cuando ya había conquistado a numerosas naciones y había realizado una inmensa construcción de Babilonia, tal como atestiguan numerosos restos arqueológicos. Podríamos decir que era un merecido tiempo de paz y prosperidad después de los grandes esfuerzos realizados.

En esas circunstancias Nabucodonosor recibió una segunda revelación de Dios a través de un sueño que le asustó: *“Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones de mi cabeza me turbaron”*. A diferencia de la ocasión anterior, en esta sí que recordaba el sueño, pero le intrigaba su significado.

De nuevo el rey volvió a reunir a todos los sabios de Babilonia (*“magos, astrólogos, caldeos y adivinos”*) para que le mostrasen la interpretación del sueño, pero como ya había pasado anteriormente, no pudieron mostrársela. Lo más sensato habría sido despedir hacía tiempo a todo aquel grupo de embusteros y vividores, pero por alguna razón, el rey seguía dependiendo de ellos.

Todo cambió cuando llegó Daniel, al que el rey llamaba Beltsasar, como el nombre de su dios. Parece que él no fue convocado junto con los otros sabios. Quizás su ausencia se debía a que Daniel estaba ocupado en otras tareas de gobierno y ya no formaba parte de este grupo de sabios. Tal vez por eso Daniel no fue obligado a comparecer ante el rey, sino que se presentó por su propia voluntad.

Nabucodonosor difícilmente habría olvidado la fuerte impresión que le había causado cuando interpretó su anterior sueño (**Dn 2:46**), así que sería escuchado con gusto. Al fin y al cabo, todos los sabios juntos fueron incapaces de atender a la demanda del rey. Nos encontramos de nuevo con el contraste entre la luz y las tinieblas.

En todo caso el rey no se había olvidado del profeta hebreo al que recuerda por sus dos nombres: *“Daniel, cuyo nombre es Beltsasar”*. Daniel era su nombre hebreo que significaba *“Dios es mi juez”*, mientras que Beltsasar era el nombre que Nabucodonosor le había puesto en honor a una deidad babilónica. De todos modos, reconocía que en Daniel moraba *“el espíritu de los dioses santos”*. Parece claro que el rey no tenía dudas de la diferencia entre los dioses de su panteón y el Dios de Israel, aunque en ningún momento había decidido reconocerlo como su Dios personal. Él era como esas personas que acuden a la Palabra de Dios como el último recurso ante problemas para los que no tienen otra solución, pero que la ignoran el resto de sus vidas.

Nabucodonosor contó el sueño a *“Beltsasar, jefe de los magos”*. Al tratarle de este modo estaba reconociendo que había demostrado ser más sabio que todos ellos. Y esto fue lo que le dijo: *“ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación”*.

Una vez más, ante el fracaso de sus hechiceros, este rey pagano y politeísta tenía que reconocer que necesitaba la ayuda de Jehová, el Dios de los judíos.

Nabucodonosor explica su sueño a Daniel

(Dn 4:10-18) “Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya altura era grande. Crecía este

árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de él se ponían a la sombra las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves del cielo, y se mantenía de él toda carne. Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo. Y clamaba fuertemente y decía así: Derribad el árbol, y cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres. Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás la interpretación de él, porque todos los sabios de mi reino no han podido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos.”

El sueño no encerraba grandes dificultades. Nabucodonosor había visto un árbol en medio de la tierra que le llamó la atención por su tamaño, belleza y fruto. En él encontraban alimento y refugio muchos animales que vivían a su cobijo. Sin embargo, aunque este árbol crecía y se hacía fuerte, de tal modo que su copa llegaba hasta el cielo, la tragedia lo alcanzó. Esta vino por medio de un mensajero enviado del cielo, al que Nabucodonosor, como rey pagano identifica como “*un vigilante y santo que descendía del cielo*”. Este mensajero dijo que el árbol debía ser derribado, sus ramas cortadas, sus hojas arrancadas y su fruto esparcido, de tal manera que los animales y aves que habían encontrado refugio en él fueran dispersados. Sin embargo, la cepa de sus raíces no debía ser cortada, sino asegurada en la tierra con atadura de hierro y de bronce.

Luego el sueño cambia, y el árbol se convierte en un hombre al que le es dado “*corazón de bestia*”, y como tal se comporta viviendo con las otras bestias, mojándose con el rocío del cielo y comiendo hierba de la tierra. Ese estado se prolongaría por un período de “*siete tiempos*”, que probablemente indique siete años.

El propósito de todo lo que el sueño predecía era para “*que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres*”.

Daniel interpreta el sueño de Nabucodonosor

(Dn 4:19-27) “Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban. El rey habló y dijo: Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su interpretación. Beltsasar respondió y dijo: Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren. El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, y cuya copa llegaba hasta el cielo, y que se veía desde todos los confines de la tierra, cuyo follaje era hermoso, y su fruto abundante, y en que había alimento para todos, debajo del cual moraban las bestias del campo, y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo, tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra. Y en cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: Cortad el árbol y destruidlo; mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce en la hierba del campo;

y sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte, hasta que pasen sobre él siete tiempos; esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey: Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere. Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, luego que reconozcas que el cielo gobierna. Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad.”

1. El conflicto personal de Daniel cuando recibe la interpretación del sueño

Daniel llegó a saber cuál era la interpretación del sueño de Nabucodonosor, y por esa razón *“quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban”*. ¿Por qué llegó a turbarse de ese modo? Seguramente el aprecio que Daniel tenía hacia el rey le llevaba a intentar evitar informarle de un mensaje de juicio como el que el sueño revelaba. En todo caso, esta no es la única ocasión en la que Daniel fue afectado espiritual y físicamente por las revelaciones que recibía **(Dn 7:15,28) (Dn 8:27) (Dn 10:16-17)**. En esto notamos que él no era una máquina que transmitía la voluntad de Dios de una forma fría, sino que de algún modo tomaba parte en el mensaje que tenía que comunicar, y eso le llevaba a tener conflictos personales.

Cuando Nabucodonosor notó la turbación de Daniel, le animó a compartir el significado del sueño con él. Sabía que podía confiar plenamente en tan fiel consejero.

Con una actitud respetuosa, Daniel declaró que hubiera preferido que el sueño se refiriera a sus enemigos: *“Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren”*.

La situación en la que Daniel se encontraba no era fácil. El mensaje que tenía que comunicar al rey de parte de Dios implicaba que iba a ser degradado al nivel de una bestia. Se requería un valor excepcional para darle una interpretación completa del sueño. Pero Daniel era un profeta fiel que no iba a ocultar nada al rey.

2. “El árbol que crecía y se hacía fuerte... tú mismo eres, oh rey”

Daniel comienza repitiendo la descripción del grandioso árbol que Nabucodonosor había visto en su sueño para pasar a explicarle inmediatamente que era un símbolo de él mismo y de su reino.

Al igual que el árbol de su sueño, su reino se había extendido y consolidado bajo su liderazgo, de tal modo que su imperio había llegado a ser el más grande de todos los tiempos.

Muy probablemente, esta primera parte de su sueño no le causó ninguna preocupación a Nabucodonosor, más bien pudo haber hecho que se enorgulleciera considerando la grandeza de su reino.

Pero el problema de todo esto, y lo que realmente provocó el juicio divino, es que Nabucodonosor mantenía una actitud orgullosa y altiva, a tal punto que tenía intenciones de reemplazar a Dios. Este árbol que se hacía fuerte *“y su copa llegaba hasta el cielo”*, nos recuerda necesariamente a la torre de Babel, donde la arrogancia llevó a los hombres de aquella época a pensar de un modo similar: *“edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre” (Gn 11:4)*. Y encontramos un caso muy similar en el profeta Ezequiel, cuando utiliza la misma metáfora del árbol para

describir el orgullo de Asiria (**Ez 31:3-14**). También en ese caso, el hecho de “*ser encumbrado en altura, y haber levantado su cumbre entre densas ramas*”, le llevó a que “*su corazón se elevara con su altura*”.

El profeta Isaías recogió perfectamente los pensamientos del rey de Babilonia:

(Is 14:13-14) “*Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo.*”

El hombre no está preparado para recibir gloria, y cuando esto ocurre, con toda facilidad se envanece y se llena de orgullo para su propia destrucción. Se creen dioses no siendo nada más que pobres hombres. Sólo tenemos que ver cómo en nuestros días muchos de los actores o deportistas famosos acaban muy mal sus días por esta causa.

3. El juicio sobre Nabucodonosor

A continuación llegan las malas noticias. El encargado de hacerlas llegar es “*un vigilante y santo que descendía del cielo*”. Esta es la forma en la que lo entendía un rey pagano como Nabucodonosor, pero probablemente se refiera a lo que nosotros conocemos como un ángel. En todo caso, la sentencia provenía “*del Altísimo*”.

El juicio anunciado consistía en cortar el árbol, y además, para evitar que siguiera creciendo, sería atado con “*atadura de hierro y de bronce*”.

Pero a partir de aquí hay un cambio en las figuras empleadas, de tal manera que la cepa del árbol se identifica con una bestia. Y tal como Daniel explica, todo esto anunciaba que Nabucodonosor sería removido de su posición de autoridad en su reino y sería echado fuera del palacio para vivir como un animal entre las bestias del campo hasta que pasaran siete tiempos. En ese tiempo el rey viviría como un demente. Los médicos describen esta enfermedad mental como zoantropía, lo que le lleva a la persona a que reaccione y se comporte como un animal, aunque al tratarse de un juicio divino, no hay ninguna necesidad de establecer ningún paralelo con alguna enfermedad previamente conocida. En todo caso, el rey no podía caer más bajo.

Ahora bien, por medio de este juicio Dios estaba diciendo algo muy importante: Cuando un hombre se enorgullece contra él, está perdiendo aquello que le caracteriza como auténticamente humano, porque el hombre ha sido creado para glorificar a Dios, no a sí mismo.

4. El propósito del juicio

Daniel explica al rey cuál iba a ser el propósito de esta dolorosa experiencia: “*que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere*”.

El poder que Nabucodonosor había llegado a acumular le hacía pensar que él tenía el dominio absoluto en el reino de los hombres, pero esto era falso. El único Soberano es Dios, a quien el rey en su orgullo había menospreciado. Y era ese mismo Dios, contra el que él se enorgullecía, quien le había dado la autoridad que ostentaba, pero que del mismo modo se la podía quitar, como de hecho estaba a punto de hacer.

Es importante subrayar que Dios no ha abdicado ni ha abandonado su reino. Él sigue siendo el Altísimo y tiene todo el dominio en el reino de los hombres.

5. Una promesa de restauración

Dios iba a demostrar a Nabucodonosor que era él quien gobernaba. La prueba consistiría en que su reino le sería devuelto cuando reconociera que *“el cielo gobierna”*, que es una expresión para referirse a Dios sin usar su nombre.

Esto sería sin duda un hecho milagroso, porque en todos los reinos y en el mundo de la política, siempre hay rivales deseosos de ascender. Pero para que Nabucodonosor comprendiera que era cierto que quien ponía y quitaba reyes era Dios, su reino le sería devuelto una vez que recuperara la cordura.

6. El consejo de Daniel

Daniel terminó exhortando al rey para que reconociera sus pecados: *“Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad”*.

Aquí vemos un principio espiritual que encontramos también en otras partes de las Escrituras: Cualquier sentencia puede ser anulada si se interpone el arrepentimiento (recordemos el caso de Nínive ante la predicación de Jonás). La decisión que Nabucodonosor tomara determinaría cómo viviría los próximos años. Como siempre, nuestras decisiones actuales determinan nuestra condición futura.

Daniel aconseja al rey que se arrepienta, algo que un monarca como aquel no estaría acostumbrado a escuchar. Sin duda, este arrepentimiento debería ser en primer lugar en relación al Dios del cielo a quien había ofendido. Pero es interesante notar que Daniel incluye también la necesidad de extender su arrepentimiento hacia los hombres, *“haciendo misericordias para con los oprimidos”*. Al fin y al cabo, el amor a Dios implica el amor a nuestro prójimo que ha sido hecho a la imagen de Dios, y Nabucodonosor, como suele ser corriente entre los poderosos del mundo, había conseguido su inmenso poder a base de carecer de justicia y misericordia para con los hombres.

En cuanto a la traducción que dice: *“tus pecados redime con justicia”*, debemos aclarar que el verbo traducido aquí por *“redimir”* significa literalmente *“romper con”*. La idea sería: *“Pon fin a tus pecados haciendo justicia”*. Es importante aclarar esto porque de otro modo podría parecer que Dios le estaba prometiendo al rey el perdón de sus pecados a cambio de hacer buenas obras, cosa que sabemos por otras partes de la Escritura que es imposible (**Ef 2:8-9**).

Ahora bien, aunque la salvación es por *“la fe sin las obras de la ley”* (**Ro 3:28**), olvidamos con frecuencia que una fe que no produce obras está muerta o no existe: *“la fe sin obras es muerta”* (**Stg 2:20**). Por lo tanto, lo que Daniel le está indicando al rey es que debía de producir frutos dignos de su arrepentimiento. El verdadero arrepentimiento no implica únicamente dejar de hacer el mal, sino también aprender hacer el bien.

Notemos dos grandes verdades que se desprenden del consejo de Daniel. La primera es que Dios extiende su amor y oferta de perdón a todos los hombres, incluidos, por supuesto, aquellos que no eran judíos. Y en segundo lugar, que no hay hombre tan malvado al que Dios no pueda perdonar. Nabucodonosor es un buen ejemplo de ambas cosas.

Si el rey hubiera escuchado las sabias palabras de Daniel, se hubiera librado de siete años de locura, pero como veremos a continuación, no quiso escucharle.

El cumplimiento de la visión

(Dn 4:28-33) *“Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor. Al cabo de doce meses, paseando en el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad? Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves.”*

Todo parece indicar que aunque Nabucodonosor recibió la interpretación de Daniel con preocupación, pronto se olvidó de ella y de la exhortación que le había hecho. Pero los juicios de Dios siempre llegan.

(Nm 23:19) *“Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?”*

En este caso pasó un año entero antes de que la sentencia se cumpliera. Un año en el que Nabucodonosor tuvo la oportunidad de arrepentirse. Un año en el que Dios soportó con paciencia la orgullosa actitud de este rey. ¡Qué paciente es Dios! Pero su gracia, compasión y paciencia no son comprendidas por los hombres impíos.

Pero puesto que Nabucodonosor continuó en su pecado de orgullo, Dios trajo el juicio anunciado sobre él.

Veamos cuáles eran los pensamientos del rey cuando todo esto ocurrió: *“Paseando en el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?”*.

Los testimonios que nos han llegado de la antigüedad confirman que la fama que Babilonia tenía como una de las siete maravillas del mundo antiguo estaba ampliamente justificada. Los reyes que precedieron a Nabucodonosor únicamente se ocuparon de realizar conquistas, pero él, además de seguir en esa misma línea, se destacó también como el gran constructor de Babilonia. Según testimonios antiguos, la ciudad tenía más de 5 kilómetros cuadrados de extensión y estaba protegida por una muralla exterior de un ancho que permitía que cuatro carros circularan al mismo tiempo por ella con el fin de vigilarla. En su interior, la ciudad fue hermoseedada con bellos palacios, jardines colgantes, infinidad de templos y santuarios. En conjunto, la belleza de esta imponente ciudad dejaba una impresión duradera en todos aquellos que la veían. En cierto sentido, Nabucodonosor tenía razones para enorgullecerse de las hermosas obras de construcción que había realizado.

Ahora encontramos al rey dando *“un paseo por la terraza del palacio real”*, haciendo alarde de sus logros, cuando vino una voz del cielo que confirmó su sentencia. Desde la caída de Adán, el orgullo humano siempre ha sido su principal problema.

Nabucodonosor no quería aceptar que todo lo que tenía era un regalo de Dios, sino que pensaba que era fruto de su propia capacidad, por esa razón, en lugar de glorificar a Dios, decidió glorificarse a sí mismo, pero Dios no lo iba a permitir esto, así que se dispuso a humillarlo.

En primer lugar, puesto que él creía que todo funcionaba debido a sus habilidades como rey, Dios lo iba a separar de las funciones de gobierno durante siete años, después de los cuales descubriría que todo seguía igual, aunque durante ese tiempo no habían podido contar con él para nada. Y en segundo lugar, puesto que razonaba y se comportaba como una bestia, Dios iba a hacer que realmente lo fuera en todos los sentidos. Así que *“en la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves”*.

Quizá debido a su posición real, Nabucodonosor fue aislado en un jardín privado impidiendo que el pueblo tuviera ocasión de contemplar su lamentable condición.

La restauración de Nabucodonosor

(Dn 4:34-37) “Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.”

1. Nabucodonosor reconoce al soberano Dios del cielo

Transcurridos los siete años, Nabucodonosor recobró la razón y bendijo al Altísimo. De alguna manera, la mente del rey todavía conservaba momentos ocasionales de lucidez, y en uno de ellos *“alzó sus ojos al cielo”*, lo que viene a ser una forma de decir que reconoció la soberanía absoluta del Dios del cielo.

A partir de ese momento Nabucodonosor experimentó un cambio asombroso. Hasta entonces, lo único que le había preocupado era buscar la honra y la gloria para sí mismo, pero a partir de aquí su prioridad era alabar y glorificar al que vive para siempre. También reconoció que el dominio de Dios es sempiterno y su reino por todas las edades. De este modo aceptaba la autoridad suprema de Dios que antes había rechazado.

Continúa explayándose hablando acerca de la superioridad de Dios frente a sus criaturas: *“Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”*. Es el Todopoderoso y su poder es irresistible. Nadie tiene el derecho de cuestionarle.

2. Nabucodonosor es restaurado a su reino

Una vez que el rey hubo reconocido la soberanía de Dios, le fue devuelta la razón y recuperó su reino. Esto también era un milagro, porque sin duda habría muchos que habrían aprovechado la situación para adueñarse de su trono. De hecho, según su estado de locura se prolongaba en el tiempo, nadie pensaría que volvería en sí, lo que llevaría a pensar en la necesidad de buscar un sustituto para él. Sin embargo, de manera milagrosa, nada de todo esto ocurrió.

Es más, cuando regresó a su trono, él dice que le fue añadida mayor grandeza. Con esto se confirma el principio bíblico de que Dios honra a los que le honran (**1 S 2:30**). Esto es una evidencia clara de que el perdón de Dios es auténtico y generoso.

3. Declaración final de Nabucodonosor acerca de Dios

Nos encontramos ahora con las últimas palabras de Nabucodonosor. Después de esto no vuelve a aparecer en las páginas de la Historia Sagrada. Ahora bien, sin saber nada más de la actitud espiritual de este rey después de este acontecimiento, lo más sensato es pensar que llegó a someterse personalmente a la autoridad de Dios y que confiaba en él. Es difícil pensar de que otro modo un rey pagano como él podía llegar a hacer una declaración como esta: *“Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia”*.

Su forma de hablar indica que lo que aquí está expresando era algo que hacía constantemente, que tenía la costumbre de hacer. Además, notamos la reverencia, respeto, honra, admiración y adoración que siente hacia Dios. Incluso reconoce que todos sus caminos son justos, es decir, admite que cuando le humilló lo hizo con justicia. No hay quejas contra Dios por la dura experiencia por la que había tenido que atravesar. Se da cuenta de que había sido su soberbia lo que le había llevado a vivir como una bestia. No se percibe en él ningún tipo de rebeldía contra Dios, más bien, su posición es de humildad y aceptación. Todo parece indicar que llegó a ser un auténtico creyente.

Conclusiones y reflexiones

A través de toda la historia de la humanidad siempre ha habido hombres y mujeres que han tratado de edificar sus pequeños imperios para su propia gloria. Esto incluye a los emperadores de todos los tiempos, pero también a los magnates de las grandes corporaciones económicas de nuestros días, o incluso a los líderes religiosos que trabajan para establecer grandes y poderosas organizaciones. El relato de la vida de este monarca nos advierte del peligro de esforzarnos por engrandecer nuestro propio nombre y no el de Dios.

Otra importante advertencia que recibimos en este pasaje tiene que ver con el pecado del orgullo. Este es el pecado básico y original de la humanidad y consiste en vivir en independencia de Dios, ocupando su lugar (**Ez 28:2**) (**Gn 3:5**). Por supuesto, quien quiera disfrutar de la salvación de Dios, primero tendrá que dejar a un lado esa actitud. Pero quien insista en gobernar su vida independientemente de Dios, tarde o temprano recibirá una clase práctica de humildad. Como dijo Nabucodonosor: *“él puede humillar a los que andan con soberbia”*.

Como en el caso de este rey, también encontramos el orgullo humano cuando rehusamos reconocer la mano de Dios en nuestros éxitos en la vida. Nabucodonosor admiraba la belleza de sus construcciones y decía: *“¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?”*. Pero esta misma actitud la encontramos en infinidad de actores de cine, atletas de élite, arquitectos famosos, escritores, directores de cine, y por qué no decirlo, en nuestro propio corazón.

Muchos gobernantes de la tierra desafían constantemente a Dios oponiéndose a su voluntad y rechazándolo abiertamente, pero llegará el día en el que todos ellos tendrán que rendir cuentas ante el Dios Todopoderoso y reconocer como Nabucodonosor, que suyo es el *“dominio sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de*

la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”.

Preguntas

1. ¿Le parece que Nabucodonosor llegó realmente a convertirse? Razone su respuesta.
2. ¿Recuerda otra ocasión en la Biblia en que Dios humilló a los orgullosos?
3. ¿Ha observado algún incidente en el que se cumpliera el principio bíblico de que *“antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Pr 16:18)*?
4. ¿En qué situaciones específicas le domina su propio orgullo o soberbia?
5. ¿Recuerda el caso de algún rey de Israel que comenzó bien su carrera pero en la parte final de su vida se sintió orgulloso de los logros conseguidos y se volvió contra Dios?

La escritura en la pared (Daniel 5)

Introducción

Los acontecimientos que se registran en los cuatro primeros capítulos de Daniel tienen que ver con el reinado de Nabucodonosor, quien fue el que extendió y unificó el imperio babilónico y lo llevó a su mayor esplendor. Después de haber reinado durante 43 años, murió en el año 562 a.C., sucediéndole en el trono su hijo Evil-Merodac, quien gobernó durante dos años, hasta que fue asesinado por su cuñado Neriglasar (o Nergal-sarezer), quien a su vez ocupó el trono los siguientes cuatro años. A su muerte le sucedió su joven hijo Labashi-marduk, quien sólo reinó unos meses, pues fue asesinado y sustituido por Nabonido, quien gobernó 17 años (556 - 539 a.C.). Él trabajó duro para restaurar la gloria que había alcanzado Babilonia bajo el reinado de Nabucodonosor, lo que le llevó a estar ausente de la capital durante largos períodos. Belsasar era su hijo mayor y fue designado corregente por su padre, por esta razón es llamado rey (**Dn 5:1**), puesto que ejercía autoridad real a pesar de que Nabonido tenía el trono. Y se menciona que era hijo de Nabucodonosor (**Dn 5:2**), en el sentido de que éste era su predecesor más ilustre (no olvidemos que en el lenguaje semítico el término hijo no siempre se refiere a un hijo biológico).

A la luz de todos estos datos, podemos concluir que entre los capítulos 4 y 5 de Daniel hay un período de unos veintitrés años en el que varios reyes se sucedieron en el trono. Éste fue un tiempo marcado por un deterioro gradual, conflictos internos, intrigas y asesinatos.

Mientras tanto, Ciro, el gran rey del imperio medo persa, se acercaba a la región con la intención de conquistar el imperio babilónico. El capítulo 5 de Daniel describe la noche anterior a que Ciro entrara en Babilonia.

El banquete del rey Belsasar

(Dn 5:1-4) “El rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus príncipes, y en presencia de los mil bebía vino. Belsasar, con el gusto del vino, mandó que trajesen los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor su padre había traído del templo de Jerusalén, para que bebiesen en ellos el rey y sus grandes, sus mujeres y sus concubinas. Entonces fueron traídos los vasos de oro que habían traído del templo de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, y bebieron en ellos el rey y sus príncipes, sus mujeres y sus concubinas. Bebieron vino, y alabaron a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra.”

Nos sorprende que teniendo el ejército medo persa a las puertas de Babilonia, el rey Belsasar hiciera un gran banquete a mil de sus príncipes, y que se dedicara a beber vino con ellos.

Todo esto nos da una idea de la arrogancia de Belsasar, el rey corregente babilonio. ¿Por qué estaba tan confiado? Quizá, puesto que su nombre significaba “Bel (el otro nombre dado al dios Marduk) protege al rey”, tal vez se sentía seguro por este hecho. También podía estar confiando en que pensaba que la ciudad era inexpugnable e invencible. Recordemos que tenía una enorme muralla de 24 kilómetros y un ancho por el que podían circular cuatro carros a la vez. Además, contaban con suficientes provisiones de grano, y había un canal que llevaba el agua del río Éufrates atravesando la ciudad.

Otros han sugerido que sí que estaba preocupado por la presencia del ejército medo persa, y que lo que buscaba con esa fiesta era quitárselo de la mente y poder disfrutar durante un rato. O tal vez simplemente había planeado ese banquete para transmitir confianza a su pueblo, dándoles a entender que no debían estar preocupados por la amenaza.

Pero si esta actitud no fuera de por sí imprudente, en medio de la fiesta, *“Belsasar, con el gusto del vino, mandó que trajesen los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor su padre había traído del templo de Jerusalén, para que bebiesen en ellos el rey y sus grandes, sus mujeres y sus concubinas”*.

¿Por qué Belsasar decidió usar los vasos de la casa de Jehová? No lo sabemos a ciencia cierta. Seguramente pudo haber sido un intento de deshacerse de la influencia de Nabucodonosor, quien había promovido la honra al Dios de Israel. En ese caso, estaría mostrando el desprecio que sentía por él y buscaría con este acto hacer que las gentes de todo su reino volvieran a honrar a los dioses de Babilonia. Notemos que el banquete tenía connotaciones religiosas, puesto que en medio de él *“alabaron a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra”*.

Como muchas personas en nuestros días, se sienten amenazados por el auténtico Dios del cielo y se proponen desprestigiarlo con todas sus fuerzas, imaginando ingenuamente que de ese modo pueden hacerlo desaparecer. Claro está que los dioses de oro, plata, bronce, hierro, madera o piedra no inquietan a nadie, porque son fácilmente manipulables, pero todos perciben que el Dios eterno que está en el cielo es diferente.

Pero la actitud de Belsasar implicaba un desprecio, arrogancia y rebeldía inmensas. Ya no sólo se burlaba del ejército medo persa que tenía a las puertas, ahora también se burlaba del mismo Dios del cielo. Poco se imaginaba que aquella era su última noche sobre este mundo antes de ir a rendir cuentas a su Creador.

Ahora bien, ¿qué haría Dios con alguien así? ¿Podría insultarle de esa manera y quedar impune?

La escritura en la pared y la reacción de Belsasar

(Dn 5:5-12) *“En aquella misma hora aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribía delante del candelero sobre lo encalado de la pared del palacio real, y el rey veía la mano que escribía. Entonces el rey palideció, y sus pensamientos lo turbaron, y se debilitaron sus lomos, y sus rodillas daban la una contra la otra. El rey gritó en alta voz que hiciesen venir magos, caldeos y adivinos; y dijo el rey a los sabios de Babilonia: Cualquiera que lea esta escritura y me muestre su interpretación, será vestido de púrpura, y un collar de oro llevará en su cuello, y será el tercer señor en el reino. Entonces fueron introducidos todos los sabios del rey, pero no pudieron leer la escritura ni mostrar al rey su interpretación. Entonces el rey Belsasar se turbó sobremanera, y palideció, y sus príncipes estaban perplejos. La reina, por las palabras del rey y de sus príncipes, entró a la sala del banquete, y dijo: Rey, vive para siempre; no te turben tus pensamientos, ni palidezca tu rostro. En tu reino hay un hombre en el cual mora el espíritu de los dioses santos, y en los días de tu padre se halló en él luz e inteligencia y sabiduría, como sabiduría de los dioses; al que el rey Nabucodonosor tu padre, oh rey, constituyó jefe sobre todos los magos, astrólogos, caldeos y adivinos, por cuanto fue hallado en él mayor espíritu y ciencia y entendimiento, para interpretar sueños y descifrar enigmas y resolver dudas; esto es, en Daniel, al cual el rey puso por nombre Beltsasar. Llámese, pues, ahora a Daniel, y él te dará la interpretación.”*

De repente, el alboroto de los comensales se convirtió en un silencio lleno de temor. Cerca del candelero que iluminaba el salón de banquetes, aparecieron los dedos de una mano de hombre que escribía sobre la pared. Algunos han sugerido que este candelero podía ser uno de los que había en el templo que construyó Salomón y que podía haber sido llevado junto con los vasos de oro. Es imposible saberlo, pero en todo caso, lo que aquella mano escribió lo hizo en un lugar visible donde era visto fácilmente por todos.

Podemos imaginarnos el cambio que se produjo en aquella sala. Unos momentos antes todos bebían y reían enloquecidos, ahora están llenos de temor. El mismo rey se levantó de su asiento para ver bien lo que estaba sucediendo, y se asustó tanto que *“se debilitaron sus lomos y sus rodillas daban la una contra la otra”*. Estaba aterrado y no podía sostenerse de pie. Sus mujeres y concubinas, sus príncipes y sus grandes, ven cómo ese hombre, que tan sólo unos momentos antes se levantaba orgulloso ante el Dios del cielo, está ahora muerto de miedo. Y en realidad sólo había visto su mano, ¿qué sería cuando tuviera que comparecer ante su mismo trono en el cielo? ¿Dónde quedaría su orgullo? ¿Y el de todos aquellos que hoy tienen la misma actitud frente a Dios?

Inmediatamente, del mismo modo que había hecho Nabucodonosor, también Belsasar reunió a los sabios, magos, caldeos y adivinos, prometiéndoles que si lograban interpretar el significado de aquel extraño fenómeno los recompensaría generosamente. El que lo consiguiera sería nombrado el *“tercer señor del reino”*, porque como ya hemos señalado anteriormente, Nabonido era el rey y Belsasar el corregente, por lo tanto, el puesto más alto que estaba libre era el tercero del reino. También sería vestido de púrpura, algo que le distinguiría como miembro de la nobleza; y llevaría un collar de oro en su cuello, una especie de condecoración por haber prestado un importante servicio al rey.

Pero una vez más en este libro, los sabios del rey *“no pudieron leer la escritura ni mostrar al rey su interpretación”*. Esto sólo sirvió para que el terror de todos los presentes aumentara. Todos estaban perplejos y llenos de una gran confusión. Ya era hora de que hubieran aprendido que las respuestas que el hombre busca acerca de Dios y las cuestiones vitales que le preocupan, no las pueden dar los sabios de este mundo, se necesita el Espíritu de Dios; él es el único que las puede revelar de forma fiable.

El texto dice que *“no pudieron leer la inscripción”*. No sabemos la razón de esto, tal vez no era un idioma que ellos conocieran, o se trataba de la forma de la escritura. Aunque pudiera ser que sí podían leer la escritura, pero eran incapaces de entender el carácter profético de las palabras.

Esto es lo que el apóstol Pablo dijo siglos más tarde:

(1 Co 1:20) *“¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?”*

La conmoción que había en aquel salón de banquetes llegó a oídos de la reina. Mucho se ha debatido sobre la identidad de esta mujer, pero lo importante del asunto es que ella había conocido y recordaba bien a Daniel, un hombre que había estado al servicio del rey Nabucodonosor. Esto ha llevado a algunos a pensar que quizá pudiera ser la misma esposa de Nabucodonosor.

En todo caso, fue a instancias de la reina que Daniel fue llamado ante el rey Belsasar, y por medio de él, Dios iba a proveer nuevamente de una fuente de revelación fiable para aquellos monarcas paganos.

En este momento habían pasado casi setenta años desde que Daniel y sus compañeros habían sido llevados cautivos a Babilonia. Tenía que ser ya un anciano entre 80 y 85 años. Para ese tiempo, la mayoría ya ni siquiera le conocería. Fue por la recomendación

de la reina que fue mandado llamar. Notemos que la reina lo conocía bien y se lo presenta como *“un hombre en el cual mora el espíritu de los dioses santos, y en los días de tu padre se halló en él luz e inteligencia y sabiduría, como sabiduría de los dioses; al que el rey Nabucodonosor tu padre, oh rey, constituyó jefe sobre todos los magos, astrólogos, caldeos y adivinos, por cuanto fue hallado en él mayor espíritu y ciencia y entendimiento, para interpretar sueños y descifrar enigmas y resolver dudas”*.

Daniel es traído ante el rey Belsasar

(Dn 5:13-16) *“Entonces Daniel fue traído delante del rey. Y dijo el rey a Daniel: ¿Eres tú aquel Daniel de los hijos de la cautividad de Judá, que mi padre trajo de Judea? Yo he oído de ti que el espíritu de los dioses santos está en ti, y que en ti se halló luz, entendimiento y mayor sabiduría. Y ahora fueron traídos delante de mí sabios y astrólogos para que leyesen esta escritura y me diesen su interpretación; pero no han podido mostrarme la interpretación del asunto. Yo, pues, he oído de ti que puedes dar interpretaciones y resolver dificultades. Si ahora puedes leer esta escritura y darme su interpretación, serás vestido de púrpura, y un collar de oro llevarás en tu cuello, y serás el tercer señor en el reino.”*

A pesar de su avanzada edad, Daniel seguía siendo fiel a Dios y conservaba intactas sus dotes espirituales, mostrando la misma dignidad y valentía que le habían caracterizado en su juventud. Ahora bien, cuando fue presentado ante el rey, éste parece que se refirió a él con cierto desprecio: *“¿Eres tú aquel Daniel de los hijos de la cautividad de Judá, que mi padre trajo de Judea?”*. De algún modo busca recordar a Daniel delante de todos que pertenecía a un pueblo conquistado por Babilonia, pero al mismo tiempo, es probable que también estuviera sorprendido y que hasta tuviera cierto temor, puesto que era al Dios de Judá al que él acababa de menospreciar profanando los vasos de oro del templo. Al fin y al cabo, tanto aquellos elementos del templo de Jehová como el mismo Daniel, habían llegado a Babilonia en el mismo tiempo y de la misma forma. Rápidamente Belsasar iba a comprobar que había en todo esto mucha más relación de la que él podía imaginar en un principio.

Luego el rey repitió a Daniel lo que había escuchado de parte de la reina y le ofreció las mismas recompensas generosas que antes había prometido a los sabios si lograba leer e interpretar la extraña escritura de la pared.

La respuesta de Daniel a Belsasar

I. Una lección de historia para Belsasar

(Dn 5:17-21) *“Entonces Daniel respondió y dijo delante del rey: Tus dones sean para ti, y da tus recompensas a otros. Leeré la escritura al rey, y le daré la interpretación. El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino y la grandeza, la gloria y la majestad. Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba. Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino, y despojado de su gloria. Y fue echado de entre los hijos de los hombres, y su mente se hizo semejante a la de las bestias, y con los asnos monteses fue su morada. Hierba le hicieron comer como a buey, y su cuerpo fue mojado con el rocío del cielo, hasta que reconoció que el Altísimo Dios tiene dominio sobre el reino de los hombres, y que pone sobre él al que le place.”*

Daniel rechazó con cierta dureza la oferta del rey porque sabía que el reino babilónico había llegado a su fin: *“Tus dones sean para ti, y da tus recompensas a otros”*. Este monarca, como todos, estaría acostumbrado a recibir adulación y a comprar los favores de los demás, pero el siervo de Dios no se iba a prestar a eso. Su largo ministerio se había caracterizado por la fidelidad y dedicación a Dios, así como por el desinterés hacia las cosas materiales. Así que, prestaría este servicio al rey como siempre lo había hecho, no por las ganancias personales que esperaba obtener a cambio, sino como un servicio al Dios Altísimo que le había enviado.

Ahora Daniel comienza su predicación. Tan sólo unos momentos antes nadie habría estado dispuesto a escuchar a un predicador. Sólo pensaban en comer, beber y divertirse, pero de repente Dios había logrado llamar su atención y todos escuchaban con la máxima atención.

Daniel empezó por recordar a Belsasar algunas de las lecciones que Nabucodonosor, su antecesor, había tenido que aprender en el trato que él había tenido con el Dios del cielo. Él había llegado a entender fuera de toda duda que ese Dios es el auténtico soberano, y que reina sobre todas las naciones, eligiendo a los reyes conforme a su voluntad. Había sido él quien dio a Nabucodonosor el reino y la grandeza de las que disfrutó tantos años.

2. El orgullo de Belsasar

(Dn 5:22-24) “Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto; sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer delante de ti los vasos de su casa, y tú y tus grandes, tus mujeres y tus concubinas, bebisteis vino en ellos; además de esto, diste alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben; y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste. Entonces de su presencia fue enviada la mano que trazó esta escritura.”

Aunque como Daniel señaló, Nabucodonosor no había llegado a reconocer al Dios de Judá como el Soberano sino hasta que humilló su orgullo y soberbia. Sólo después de esto (**Dn 4**), el rey estuvo dispuesto a reconocer la grandeza y autoridad del Dios Altísimo. Belsasar estaba al corriente de ese incidente (**Dn 5:22**), sin embargo, se negó a prestarle atención y rehusó aprender del ejemplo de su antecesor. Por esa razón su culpa era mayor, ya que él, sabiendo todo eso, se había levantado contra Dios, usando los vasos del templo del Dios del cielo para adorar a sus dioses, así que Dios había decidido intervenir. Su situación era muy grave.

Como el apóstol Pablo explicó, Belsasar es un fiel representante de muchos otros hombres en todos los tiempos:

(Ro 1:21-25) “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.”

Al Dios en cuya mano estaba su vida, Belsasar se negaba a honrarle, y en lugar de eso daba culto a dioses de oro, plata, bronce, hierro, madera y piedra, dioses que ni ven, ni oyen, ni saben. Y desgraciadamente, el ser humano sigue haciendo lo mismo en nuestro

tiempo; ellos también adoran lo material, lo terrenal, lo perecedero, y no alzan sus ojos al cielo para reconocer que es Dios quien les da la vida y todo lo que tienen.

3. El juicio de Dios

(Dn 5:25-28) *“Y la escritura que trazó es: MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN. Esta es la interpretación del asunto: MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto. PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas.”*

Como vemos, Daniel hizo notar a Belsasar que lo que estaba ocurriendo tenía una relación directa con la profanación de los vasos del templo. Aquello había sido una blasfemia contra el Dios del cielo. Esa fue la razón por la que *“fue enviada la mano que trazó esa escritura”*. Con ella, como el rey iba descubrir en un momento, se anunciaba una intervención judicial de Dios con la que pondría fin a su orgullo. Como dice el proverbio:

(Pr 29:1) *“El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina.”*

Del mismo modo que en el pasado había hecho con Nabucodonosor, Dios se disponía a quitar a Belsasar de su trono y a entregarlo a otras personas. Eso es lo que la escritura de la pared anunciaba. Veamos la explicación que Daniel dio a cada una de las palabras. En total, el mensaje consistía en tres palabras diferentes (la primera se repetía dos veces). Cada una de ellas era un sustantivo relacionado con alguna medida de peso antigua, pero que también se relacionaban con verbos, que son los que Daniel utiliza al interpretar su significado. La idea que nos transmite en conjunto es que Dios anunciaba a Belsasar que a causa de su degradación moral y espiritual, Dios había puesto fin a su reino y lo iba a entregar a los medos y a los persas. Veamos cada una de las palabras y su interpretación:

“MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin”

“Mene” es un sustantivo arameo que se refiere a un peso de 50 siclos, pero que proviene de un verbo que significa “enumerar”, “contar”. Como si se tratara de una mercancía que había sido contada y estaba lista para ser liquidada, Daniel le dice al rey que Dios había contado los días de su reino y la suma estaba completa, de tal forma que estaba preparado para ser entregado. Era una forma de decirle que “tenía las horas contadas”. Además, el hecho de que esta palabra se repita dos veces trasmite la idea de que su fin era inminente. Belsasar, como muchos otros, pensaba que él era el dueño de su vida, pero iba a descubrir que es Dios quien determina la duración de nuestros días.

“TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”

“Tekel” es un sustantivo que se refiere a un peso de 1 siclo (13 gramos), pero que proviene de un verbo que significa “pesar”. En la interpretación de Daniel, Belsasar había sido puesto en balanza y hallado deficiente según el sistema de medidas de Dios. En otras palabras; Belsasar era un fraude. Esto nos recuerda que Dios mide la calidad moral y espiritual de cada hombre de acuerdo con los requisitos de su justicia. Como diría Samuel, a Dios *“toca pesar las acciones” (1 S 2:3)*. No es difícil entender por qué Dios encontró insuficiente a Belsasar: él había profanado los utensilios de la casa de Dios, participó en actos de idolatría y tampoco honró a Dios, sino que se ensoberbeció contra él.

“PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas”

“Uparsin” es otro sustantivo que designa media mina (25 siclos), y proviene de un verbo que significaba “romper en dos” o “dividir”. Cuando Daniel interpretó la tercera palabra cambió el plural “parsin” (la “u” de “uparsin” significa “y”) al singular “peres” (de cuya raíz proviene el nombre de Persia). Lo que se le estaba anunciando es que su reino pasaría en su totalidad a las manos de la alianza medo persa.

Quizás los sabios de Babilonia sí que habían podido identificar las palabras, pero no pudieron interpretarlas correctamente porque no sabían qué era lo que había sido contado, pesado y dividido. Ahora tanto ellos como el rey Belsasar entendieron su significado.

Cumplimiento del juicio anunciado

(Dn 5:29-31) “Entonces mandó Belsasar vestir a Daniel de púrpura, y poner en su cuello un collar de oro, y proclamar que él era el tercer señor del reino. La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino, siendo de sesenta y dos años.”

1. Daniel es recompensado

Podemos estar seguros de que a Belsasar no le gustó nada lo que Daniel le acababa de anunciar, pero aun así cumplió su palabra y recompensó al profeta conforme a lo que le había prometido: “Entonces mandó Belsasar vestir a Daniel de púrpura, y poner en su cuello un collar de oro, y proclamar que él era el tercer señor del reino”. Todo esto era realmente muy efímero, menos duradero que la flor de la hierba. ¿Qué valor tenía ser “el tercer señor del reino” si ese reino iba a desaparecer en esa misma noche?

2. La conquista de Babilonia por los medo persas

Y así ocurrió tal como Dios lo había anunciado por medio de su profeta. Belsasar se sentía seguro dentro de su ciudad fortificada, pero esto no le pudo salvar. La historia nos ha hecho llegar el relato de cómo cayó Babilonia. Debajo de los muros de la ciudad corrían las aguas de un canal que le proveía de agua. Ese canal fluía de norte a sur por el centro de Babilonia. Los medo persas dividieron su ejército; una parte en el norte, por donde el canal entraba a la ciudad y la otra al sur, por donde salía de ella. Luego las tropas ubicadas al norte hicieron desviar el agua del canal, de tal manera que los soldados pudieron entrar por debajo de las compuertas. Una vez dentro de la ciudad los príncipes estaban demasiado ebrios para poder defenderla. Belsasar y sus líderes fueron asesinados, pero los demás no sufrieron mayores daños. De hecho, el pueblo babilonio se alegró de la conquista y no hubo oposición.

Con la derrota de Babilonia a manos de los medo persas se dio paso a la segunda fase de los tiempos de los gentiles que Dios ya había anunciado por medio del sueño de Nabucodonosor (**Dn 2:36-43**). Todo esto confirma una vez más que Dios es soberano y que él actúa conforme a los planes que ha determinado sin que nadie se lo pueda impedir.

En este punto es interesante notar también cómo la profecía de la conquista de Babilonia descrita por Isaías mucho tiempo antes se cumplió con total exactitud.

(Is 21:5-9) “Ponen la mesa, extienden tapices; comen, beben. ¡Levantaos, oh príncipes, ungid el escudo! Porque el Señor me dijo así: Ve, pon centinela que haga saber lo que vea. Y vio hombres montados, jinetes de dos en dos, montados sobre asnos, montados sobre camellos; y miró más atentamente, y gritó como un león: Señor, sobre la atalaya estoy yo continuamente de día, y las noches enteras sobre

mi guarda; y he aquí vienen hombres montados, jinetes de dos en dos. Después habló y dijo: Cayó, cayó Babilonia; y todos los ídolos de sus dioses quebrantó en tierra.”

Aquí vemos a los príncipes sentados a la mesa comiendo y bebiendo sin hacer caso de las advertencias del Señor para que estuvieran vigilantes. Finalmente fueron sorprendidos por el invasor.

3. Darío de Media toma el reino

La identificación de “*Darío de Media*” ha sido un tema muy debatido entre los historiadores, ya que es una persona de la que no se encuentran datos en los anales seculares de los medos. Además, hay que decir que “*Darío*” era un título honorífico que usaban los gobernantes que ocupaban el trono, del mismo modo que lo fue Faraón para Egipto o Abimelec para los filisteos.

Para su identificación nos puede ayudar un documento cuneiforme relacionado con la caída de Babilonia, la “*Crónica de Nabonido*” en la que se menciona a Gobrias como el general de las fuerzas de Ciro que capturó la ciudad de Babilonia. Este fue nombrado por Ciro como gobernador de la ciudad (y seguramente de la provincia), un cargo que ocupó hasta su muerte un año después. Él pudo haber adoptado el nombre de Darío durante ese tiempo. No olvidemos que el nombre de Darío significa “el que sostiene el cetro”. Después de él Ciro de Persia fue constituido como rey de Babilonia, tal como se indica en **(Dn 6:28)**.

Conclusiones y reflexiones

Belsasar es un buen ejemplo de muchas cosas:

- Era el tipo de persona que no disciernen lo precario de su situación y que deposita su confianza en cosas que en el momento crítico de su vida no le van a poder salvar. Ni la compañía de mil príncipes, ni la sabiduría de todos los sabios de Babilonia, ni tampoco todos sus dioses le pudieron librar de ser conquistado.
- Este rey proporciona un ejemplo de la forma en la que muchas personas reaccionan cuando se enfrentan con el juicio de divino: buscan la diversión para olvidarse de su situación real y de los peligros que amenazan sus vidas, llegando incluso a volverse insolentes contra Dios.
- La persona de Belsasar sirve para ilustrar también la arrogancia de gobernadores y de hombres de negocios poderosos de este mundo que desprecian a Dios. Ellos, al igual que Belsasar, un día tendrán que reconocer que Dios es el único soberano, y que todo lo que tienen se lo deben a él.
- El fin de la vida de Belsasar nos recuerda también a nosotros que Dios tiene contados nuestros días, juzga nuestras obras y castigará finalmente todo pecado.
- Dios se había revelado a Belsasar por medio de lo ocurrido con su padre Nabucodonosor, pero él no quiso hacer caso. Finalmente le comunicó su juicio por medio de cuatro palabras escritas en una pared. Nosotros también debemos atender a la revelación que Dios nos ha dado a lo largo de toda la historia, especialmente por la historia de su pueblo Israel, y aún más, por la de su propio Hijo Jesucristo. Además, no tenemos sólo cuatro palabras para conocer su voluntad, sino un libro entero, la Biblia, que nos informa detalladamente de todo lo que necesitamos saber acerca de Dios.

- La caída de Babilonia, previamente anunciada por Dios, sirve como demostración de que Dios está en el control de la historia de la humanidad. Él tiene la última palabra en este mundo.

Preguntas

1. ¿Cuál era la relación de Belsasar con Nabucodonosor?
2. ¿Por qué cree que Belsasar se burló de Jehová?
3. ¿Por qué los sabios de Babilonia no podían leer la escritura en la pared?
4. Explique el significado de las palabras escritas en la pared. ¿De qué forma se pueden relacionar con la vida de cada uno de nosotros?

Daniel en el foso de los leones (Daniel 6)

Prominencia de Daniel bajo el reino de Darío

(Dn 6:1-3) “Pareció bien a Darío constituir sobre el reino ciento veinte sátrapas, que gobernasen en todo el reino. Y sobre ellos tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno, a quienes estos sátrapas diesen cuenta, para que el rey no fuese perjudicado. Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino.”

El capítulo 6 comienza en el mismo lugar donde terminó el capítulo 5. Darío acababa de ascender al trono de Babilonia después de haberla conquistado para el imperio medo persa. Esto ocurrió en el año 539 a.C. Una de las primeras responsabilidades que Darío tenía por delante era organizar el gobierno de Babilonia. Para ello nombró a ciento veinte sátrapas y estableció tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno. Los sátrapas debían rendir cuentas a los tres gobernadores. De este modo Darío delegó en ellos los asuntos administrativos.

Recordemos que por aquel entonces Daniel ya no era el joven que se nos presenta en algunos de los dibujos que intentan representar las escenas de este episodio, sino que sería un anciano de unos ochenta y cinco años. De algún modo, Darío llegó a tener conocimiento de la dilatada experiencia de este anciano en el ejercicio del gobierno de Babilonia, de cómo había servido durante varias décadas a las órdenes de Nabucodonosor, y del don que el Dios del cielo le había dado para interpretar sueños. Darío se convenció de que un hombre de esa experiencia y fidelidad demostradas era idóneo para supervisar la labor de todos los sátrapas e incluso de los otros dos gobernadores. De este modo Daniel pudo seguir dando testimonio del Dios del cielo también en los comienzos del imperio medo persa.

Complot de los líderes contra Daniel

(Dn 6:4-9) “Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él. Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios. Entonces estos gobernadores y sátrapas se juntaron delante del rey, y le dijeron así: ¡Rey Darío, para siempre vive! Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones. Ahora, oh rey, confirma el edicto y fírmalo, para que no pueda ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada. Firmó, pues, el rey Darío el edicto y la prohibición.”

I. Los gobernadores y sátrapas envidian a Daniel

Dios había vuelto a exaltar a Daniel en el nuevo gobierno medo persa, pero esto mismo llegó a causarle muchos problemas con los otros gobernadores y administradores. ¿Qué era lo que tanto les molestaba de Daniel que estudiaban su vida a fin de poderle acusar ante Darío? Nos imaginamos varias razones:

- Habían estado observando con atención a Daniel y se habían dado cuenta de que era un hombre completamente fiel e íntegro en su trabajo. Esto les impediría llevar a cabo asuntos ilegales o corruptos, algo que suele ser frecuente en todos los gobiernos.
- Aunque habían pasado muchos años desde que había llegado a Babilonia, Daniel nunca había renunciado a su origen judío, y seguramente sus adversarios no aceptaban que un extranjero hubiera llegado a ocupar una posición superior a la de ellos mismos.
- En muchas ocasiones los creyentes observamos que las personas del mundo nos tratan mal no por lo que hacemos, sino sencillamente por nuestra fe. Y en el caso de Daniel estaba claro que él se distinguía claramente de ellos porque no practicaba su politeísmo ni confiaba en sus divinidades de oro y plata.
- Pero sobre todo, lo que les movía era la envidia y los celos. Cuando una persona destaca en la sociedad, la política, los estudios o los negocios, inmediatamente surgen los celos de los demás.

Nadie está libre de la envidia. ¡Cuánto nos cuesta alegrarnos cuando vemos que alguien prospera más que nosotros! Recordemos algunas de las cosas que la Biblia nos enseña sobre la envidia:

- En **(Pr 27:4)** se nos dice: *“Cruel es la ira, e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?”*.
- En **(Pr 14:30)** se nos advierte que *“la envidia es carcoma de los huesos”*.
- Los hermanos de José le vendieron como esclavo por envidia **(Hch 7:9)**, y los judíos entregaron a Jesús a la muerte por la misma razón **(Mt 27:18)**.
- La crítica es con frecuencia un síntoma de la envidia.

2. Los enemigos de Daniel examinan su vida buscando alguna falta en él para acusarle

Los gobernadores y sátrapas estaban llenos de celos amargos contra Daniel y maliciosamente idearon la manera de arruinar su carrera. Sin embargo, cuando se propusieron encontrar alguna falta en él, a pesar de que lo estudiaron minuciosamente, no lo consiguieron. Daniel era un hombre incorruptible, fiel y diligente en el desarrollo de todas sus responsabilidades. ¡Qué habría sido de cada uno de ellos si se hubiera llevado a cabo la misma investigación exhaustiva sobre sus vidas!

Daniel debe ser un ejemplo para todos los creyentes. Como dijo el apóstol Pablo:

(Fil 2:15) *“que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo.”*

En el caso de Daniel sus enemigos llegaron a la conclusión de que no podrían acusarle por nada relacionado con su trabajo, así que pensaron en buscar algo sobre su religión. Y dicho sea de paso, era evidente que todos ellos conocían las creencias y prácticas de Daniel. No era alguien que se ocultara o avergonzara de su fe en el Dios del cielo.

Pero cuando los gobernadores y sátrapas buscaron alguna falta en su vida espiritual, tampoco la encontraron, y además, se dieron cuenta de que eso no sería algo a lo que Darío daría importancia. Finalmente llegaron a la conclusión de que necesitaban crear una situación en la que Daniel tuviera que elegir entre la fidelidad al rey y a su Dios. Sus enemigos le conocían lo suficiente para saber de antemano la posición que adoptaría

Daniel en un caso así. Sabían que para Daniel Dios estaba antes que cualquier otra cosa y de ninguna manera haría nada para desagradarle.

3. El plan de los enemigos de Daniel

Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes acordaron pedir al rey que promulgara un edicto real para que cualquiera que en el espacio de treinta días demandare petición de cualquier dios u hombre aparte del rey fuera echado en el foso de los leones. Sin lugar a dudas Daniel se encontraba en una gran desventaja numérica. Parece que todos los demás líderes estaban en contra de él.

En cuanto a la propuesta que presentaron a Darío, hay que decir que no estaban siendo honestos. Ellos dijeron que *“todos los gobernadores del reino”* suscribían esa petición, cuando lo cierto es que Daniel nunca fue consultado, y por supuesto, nunca habría estado de acuerdo en algo así.

Por otro lado, aquellos hombres se dieron cuenta de que no era posible encontrar una debilidad en Daniel por la que le pudieran atacar, pero conocían perfectamente las del rey. Con una maestría asombrosa presentaron su petición a Darío apelando a su vanidad. El rey debería haber sabido que la adulación atonta los sentidos y nos deja indefensos ante el engaño. Pero él se sintió tan honrado con la propuesta de sus súbditos que no fue capaz de negarse a ello. La idea de que durante un mes todas las personas le iban a tratar como un dios le resultó irresistible.

El impío programa basado en la vanidad personal del rey fue aprobado. El complot estaba en marcha. Darío se sentía plenamente satisfecho pensando en la alta estima en la que le tenían sus gobernadores y sátrapas, así que firmó un edicto real que no podría ser abrogado conforme a las leyes de Media y de Persia (**Est 8:8**). Y el castigo para el caso de aquel que dirigiera una oración a cualquier dios durante los siguientes treinta días consistiría en ser echado en el foso de los leones. De este modo, todo el pueblo de Babilonia estaba obligado a reconocer públicamente su total dependencia del rey.

Como decimos, Darío cayó en la tentación cegado por su propia vanidad. En ningún momento pensó en las consecuencias de su decisión. En primer lugar estaba usurpando el lugar del verdadero Dios, pero por otro, ¿cómo podría un simple hombre atender a las necesidades de todo un pueblo durante treinta días? ¿Acaso no se daba cuenta de sus propias limitaciones? Y por supuesto, tampoco tuvo en cuenta a Daniel, que sería el principal perjudicado por esta trama perversa de sus enemigos.

La oración pública de Daniel

(Dn 6:10-11) “Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes. Entonces se juntaron aquellos hombres, y hallaron a Daniel orando y rogando en presencia de su Dios.”

¿Qué hizo Daniel una vez que conoció el edicto que había sido firmado por el rey? Pues siguió haciendo lo que llevaba años haciendo: orar al Dios del cielo. Él no iba a retroceder, no se iba a esconder, ni tampoco iba a actuar de manera cobarde o disimulada. No iba a permitir que las circunstancias determinaran sus convicciones. En ese sentido Daniel era inflexible y no le importaban las consecuencias que sus actos pudieran tener para él si con ello agradaba a su Dios. Y no era que no conociera a lo que se enfrentaba. Sus acciones no eran fruto de una virtud ingenua que era incapaz de anticipar la gravedad de

lo que le ocurriría si no obedecía el edicto real. Era un hombre suficientemente inteligente y experimentado para saberlo. Y por eso mismo su coraje es extraordinario.

Así pues, el anciano profeta continuó con su vida de oración con toda normalidad. Si alguien le podía entender y sacar de aquel problema era Dios. Esa fue su primera y única opción. No recurrió a sus colegas o al rey, porque ya sabía lo que daban de sí las estrategias políticas. Eso no habría servido para nada. En lugar de eso entró en su habitación y buscó la presencia de Dios.

Notamos que oraba en dirección a Jerusalén. Esto tenía que ver con lo que Salomón había dicho en su oración de inauguración del templo, cuando pidió a Dios que escuchara las oraciones de su pueblo en el cautiverio (**1 R 8:47-49**). Este gesto sugería la esperanza de los exiliados de que un día regresarían a su tierra y de que el templo sería restaurado.

Otro detalle interesante es que Daniel *“daba gracias delante de Dios”*. ¿Por qué podía dar gracias si era un cautivo en un país extranjero? Pero es que él no se consideraba una víctima de las circunstancias, sino que se sentía en libertad en la presencia del Dios que siempre había estado a su lado desde su juventud. Además, daba gracias porque reconocía las bondades de Dios en su vida. Y seguramente también, porque sabía que los perversos planes de los hombres contra los siervos de Dios no pueden prosperar sin el permiso divino, aunque hayan sido firmados por el más importante gobernante de este mundo.

También rogaba en oración en presencia de Dios. Sin duda, con tantas responsabilidades de gobierno como tenía, era lógico que buscara sabiduría y fortaleza en Dios para tomar buenas decisiones. A quien no acudiría a presentar sus oraciones sería a Darío. Él sabía que sólo Dios puede proveer a nuestras peticiones.

Pero sobre todo, lo que más nos llama la atención, no es que Daniel orara en este momento, sino que oraba constantemente, tres veces al día. La práctica de la oración estaba perfectamente integrada en su vida, como el respirar, comer o dormir. Ahora bien, todos sabemos que es fácil orar en medio de los problemas, cuando surgen emergencias o pasamos por pruebas, pero otro asunto muy diferente es orar con constancia cada día. Si Daniel ha de ser considerado como un héroe, no debería ser porque después de conocer el edicto del rey oró tres veces al día con las ventanas abiertas cuando todos le podían ver, sino porque durante su larga vida había hecho lo mismo sin que nadie le observara.

Daniel es denunciado por sus enemigos y condenado

(Dn 6:12-18) “Fueron luego ante el rey y le hablaron del edicto real: ¿No has confirmado edicto que cualquiera que en el espacio de treinta días pida a cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones? Respondió el rey diciendo: Verdad es, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada. Entonces respondieron y dijeron delante del rey: Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición. Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera, y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarle. Pero aquellos hombres rodearon al rey y le dijeron: Sepas, oh rey, que es ley de Media y de Persia que ningún edicto u ordenanza que el rey confirme puede ser abrogado. Entonces el rey mandó, y trajeron a Daniel, y le echaron en el foso de los leones. Y el rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre. Y fue traída una piedra y puesta sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el

acuerdo acerca de Daniel no se alterase. Luego el rey se fue a su palacio, y se acostó ayuno; ni instrumentos de música fueron traídos delante de él, y se le fue el sueño.”

Sus enemigos políticos no tuvieron dificultades para encontrar a Daniel orando a Dios, así que sin ninguna demora lo acusaron delante del rey. Darío debió quedar muy sorprendido por este hecho, y seguramente fue entonces cuando se dio cuenta de cómo había sido utilizado por ellos. A aquellos hombres no les importaba ni la honra del rey ni el cumplimiento de la ley; su único objetivo era destruir al profeta de Dios. Darío pudo ver entonces la falsedad de sus corazones, pero ya era demasiado tarde, el edicto había sido firmado y no se podía revocar.

Notemos lo que sus enemigos dijeron de Daniel ante el rey: *“Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición”*. Aparte de informarle de que Daniel no obedecía el edicto real, también enfatizaron que era *“uno de los deportados de Judá”*. Esto último pudiera sugerir ciertos prejuicios raciales y religiosos, como si quisieran recordar que Daniel era un extranjero, alguien que no era “de los nuestros”, una persona poco fiable. Este tipo de argumentos sigue funcionando muy bien también en nuestros días. Pero sea como fuere, ese era un hecho que no se podía negar; Daniel no había perdido su identidad judía en sus más de setenta años en Babilonia, y eso que como consideramos en el capítulo 1, Nabucodonosor había llevado a cabo con él y sus amigos un intenso programa de despersonalización.

Ahora los adversarios políticos de Daniel se sienten satisfechos de que su estrategia había funcionado perfectamente. Hasta el mismo rey había quedado atrapado en su trampa. Por supuesto, a Darío le tuvo que molestar mucho el tono triunfal con el que se dirigían a él una vez que lo tuvieron en sus manos. Seguramente este hecho sirvió para que aumentara la simpatía del rey hacia Daniel, a quien a partir de este momento buscó desesperadamente cómo librar. Pero todos los demás gobernadores y sátrapas se lo impidieron argumentando que un edicto real no podía ser revocado. Hasta el mismo Darío había quedado acorralado por sus propios súbditos.

Al rey *“le pesó en gran manera”* lo que había hecho. Estaba arrepentido de haber autorizado un edicto como ese movido únicamente por su vanidad. Pero ya no había solución. Daniel fue sentenciado y echado al foso de los leones, aunque el rey estaba plenamente convencido de su inocencia.

El foso en el que fue echado Daniel estaría cavado en tierra con la suficiente profundidad para que los leones no pudieran saltar y salir de él. Suponemos que también tendría un muro de poca altura alrededor del borde como protección. Disponía también de una abertura sobre la que fue puesta una piedra que a su vez fue sellada con el anillo del rey.

¡Qué triste resulta imaginar a Daniel, un hombre venerable y justo, ser llevado como el más vil de los malhechores para ser devorado por las bestias sólo por orar a su Dios.

La primera cosa que nos sorprende de su ejecución es que una caída desde esa altura no matara a un hombre anciano como Daniel. Pero aún fue mucho más extraordinario que aquellos hambrientos leones no devoraran al profeta. Y si todo esto no fuera suficientemente asombroso, todavía tenemos que escuchar lo que el rey le dijo a Daniel cuando iba a ser echado en el foso: *“El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre”*. Pensemos bien en esto. Por un lado es sorprendente el interés de Darío por Daniel. No hay duda de que había quedado fuertemente impactado por su carácter y la fe que tenía en su Dios. Hasta un rey pagano como él podía ver la diferencia entre el Dios de Daniel y los otros dioses. Pero lo que más nos llama la atención es que el mismo rey le

diga al profeta que ore a su Dios para que le libre, cuando unos días antes había firmado un decreto prohibiendo hacer tal cosa. Estaba aceptando con toda claridad que él mismo estaba completamente incapacitado para atender las peticiones de sus súbditos.

Aunque Darío era un rey pagano, todavía había algo de sensibilidad en su corazón que le permitía distinguir entre la justicia y la injusticia, y en esos momentos él no tenía ninguna duda de que lo que acababa de hacer con Daniel era una terrible injusticia. Así que se fue a su palacio y no pudo dormir aquella noche. Suponemos que también estaría rabioso por haberse dejado manipular de esa manera por sus súbditos. Tan triste estaba que ayunó y no quiso que le trajeran instrumentos de fiesta.

La liberación de Daniel y condenación de sus enemigos

(Dn 6:19-24) “El rey, pues, se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones. Y acercándose al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones? Entonces Daniel respondió al rey: Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo. Entonces se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso; y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios. Y dio orden el rey, y fueron traídos aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos.”

Después de una noche de insomnio, el rey se levantó muy de mañana y fue al foso de los leones. Este detalle es curioso, porque lo lógico sería que aquellos leones hambrientos hubieran devorado a Daniel, pero parece que el rey conservaba la esperanza de que hubiera sido protegido por el Dios a quien servía. Es decir, esperaba y deseaba un milagro.

Pronto descubrió que el Dios al que servía Daniel sí que le había podido librar. Este fue un poderoso testimonio a un rey pagano sobre la fidelidad y el poder de Dios. Una vez más en este libro, Dios había demostrado que él cuida de aquellos que confían en él.

Desde el fondo del foso Daniel respondió al rey: *“Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo”*. En Daniel no hay palabras de reproche, ni de amargura o venganza. Todo lo contrario, el profeta parecía contento. Al fin y al cabo, había pasado la noche con el *“ángel del Señor”*, que como ya comentamos en el capítulo 3, podría haber sido Cristo preencarnado.

Daniel fue salvado por su fe, según explica **(He 11:33)**. Los hombres le habían condenado, pero Dios no, así que le libró de los leones.

Hasta el mismo rey se llenó de gozo al ver a Daniel sin ningún daño, lo que demuestra la alta estima en que el rey lo tenía. Inmediatamente mandó sacarlo del foso y examinarlo.

Como hemos dicho, Daniel no buscaba venganza, pero Darío no estaba dispuesto a dejar el asunto así, por eso *“dio orden y fueron traídos aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos”*. Suponemos que no fueron ejecutados los ciento veinte sátrapas, sino sólo aquellos que habían promovido aquella conspiración. Ellos recibieron el mismo

castigo que habían ideado para Daniel. Y por supuesto, aquellos leones hambrientos no tardaron en apoderarse de ellos. Lo que evidencia que el hecho de que no se hubieran comido antes a Daniel no era por falta de hambre, sino porque una fuerza superior se lo había impedido.

Darío reconoce al Dios de Daniel

(Dn 6:25-28) “Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. El salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones. Y este Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa.”

No cabe duda de que Darío quedó profundamente impresionado por el Dios de Daniel. Él no tenía ninguna duda sobre el milagro ocurrido. Y por eso notamos un cambio asombroso en él: aquel que antes había exigido ser tratado como un dios, ahora promulga un nuevo edicto para que todos los súbditos de su reino teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel. Esto nos recuerda a los edictos anteriores de Nabucodonosor (**Dn 3:29**) (**Dn 4:1**). Aunque quizás no implique una fe personal por parte de Darío, sí que manifiesta una impresión abrumadora ante el poder del Dios de Daniel. Notemos que da testimonio de que el Dios de Daniel es el Dios viviente y eterno, que salva, libra y hace prodigios y milagros en el cielo y en la tierra. Un Dios así en verdad merece ser reverenciado y adorado.

Daniel tenía buenas razones para estar satisfecho. Por un lado había sido librado de los leones, pero sobre todo, porque Dios había vuelto a ser exaltado por su testimonio fiel. ¿Puede haber algo que produzca en el creyente más gozo que esto?

Finalmente *“Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa”*. A pesar de la oposición de los gobernadores y sátrapas, Daniel fue prosperado los años que vivió durante los reinados de Darío y Ciro.

Conclusiones y reflexiones

En cada uno de los seis primeros capítulos de su libro, Daniel ha presentado diferentes ejemplos históricos de la soberanía de Dios. Ha dejado claro que detrás de los hombres siempre está Dios controlando toda la política internacional. Con estas demostraciones Daniel quería animar al pueblo de Dios que se encontraba en medio de circunstancias adversas para que vivieran confiados en él. Y nosotros también, cuando nos lleguen las horas oscuras y difíciles en las que no comprendemos lo que Dios hace, debemos volver a recordar estas lecciones históricas expuestas en el libro de Daniel. Podemos confiar en Dios en cualquier situación.

Ahora bien, esto no quiere decir que por confiar en Dios todo nos va a ir siempre bien. Como hemos visto, el malo muchas veces triunfa sobre el justo. Pero el libro de Daniel nos recuerda una y otra vez que su triunfo es corto y acaba en ruina, mientras que la victoria final y total es de Dios, y que los fieles triunfarán juntamente con él.

Lo que realmente nos debe preocupar es vivir santamente como lo hizo Daniel. Aunque él se movió siempre en medio de la inmoralidad y la idolatría, nunca participó en estas

cosas. Por el contrario, siempre mantuvo un estilo de vida íntegro y santo. Fue de este modo cómo logró dejar un impacto permanente en los grandes reyes de su época y en la historia de la humanidad. Con frecuencia estamos más preocupados en ser librados de las pruebas y el sufrimiento en lugar de pensar en qué tipo de testimonio están recibiendo de nosotros los que nos rodean.

Seguramente el fiel testimonio de Daniel tuvo una importante influencia sobre Ciro a la hora de redactar el edicto que permitía y promovía el regreso del pueblo judío a su país y la reedificación del templo (**Esd 1:1-4**) (**2 Cr 36:22-23**).

Un prototipo de Cristo

La historia de Daniel presenta muchas similitudes con la historia de nuestro Señor Jesucristo. Veamos algunas de ellas:

- En ambos casos sus acusadores no pudieron encontrar faltas en ellos (**Jn 8:46**).
- La razón por la que los entregaron fue la envidia (**Mt 27:18**).
- En ambos casos los acusadores fingieron una falsa obediencia y devoción hacia la autoridad real (**Jn 19:15**).
- Tanto Darío con Daniel, como Pilato con Jesús, ambos gobernantes quisieron librarles (**Lc 23:20**).
- Tanto el foso de los leones como la tumba de Jesús fueron cerradas con una piedra que a su vez fue sellada por el poder imperial (**Mt 27:66**).
- En ambos casos salieron ilesos de la muerte porque ante Dios fueron encontrados inocentes (**Hch 2:22-24**).
- Aquellos que habían entregado a Daniel murieron después, igual que Judas, el que entregó a Jesús (**Hch 1:16-19**).
- Después de esta experiencia de muerte y resurrección, ambos recibieron mayor gloria que antes (**Hch 2:36**).

Visión de las cuatro bestias (Daniel 7:1-12)

Introducción

Con el capítulo 6 terminó la sección histórica del libro y ahora con el 7 comienza otra en la que nos encontraremos las visiones y profecías que Daniel recibió durante su prolongada vida en Babilonia. A partir de aquí el profeta ya no va a interpretar los sueños de otros, sino que un ángel le guiará para entender sus propios sueños y visiones. Notaremos también que según avancemos en esta sección hay una transición de la profecía centrada en las naciones gentiles a una profecía centrada en el pueblo judío.

En cuanto al capítulo 7 que ahora vamos a estudiar, debemos comenzar señalando que guarda un claro paralelismo con el capítulo 2. En ambos encontramos una secuencia de cuatro reinos gentiles que finalmente son sustituidos por un quinto reino que es divino y eterno. Ahora bien, puesto que las dos visiones cubren el mismo período de tiempo desde el reino de Babilonia hasta el fin de la historia humana, ¿por qué era necesario repetirlo? Y esta pregunta es interesante porque para poderla contestar debemos darnos cuenta de cierta diferencia fundamental entre ambas visiones. En el primer caso fue Nabucodonosor quien recibió la visión, mientras que la segunda fue vista por Daniel. Esto determina todo el enfoque de las dos visiones. Desde la perspectiva de un gobernante pagano como Nabucodonosor, los reinos de este mundo le parecerían que estaban llenos de esplendor, de ahí la imagen de la figura hecha de distintas clases de metales como oro, plata, bronce o hierro. Pero desde el punto de vista de un hombre de Dios como Daniel, el verdadero carácter de estos reinos era como bestias salvajes, asesinas, destructoras y depredadoras. Podemos decir, por lo tanto, que en el capítulo 2 se presentan los reinos de este mundo desde la perspectiva humana, mientras que el capítulo 7 nos ofrece la perspectiva divina.

Por supuesto, en todos estos pasajes apreciamos el conocimiento que Dios tiene del futuro de la historia de la humanidad, pero más que eso, también su soberanía y control absoluto de ella. Ahora bien, la precisión de estos capítulos proféticos ha molestado a los críticos incrédulos que han intentado desacreditarlos argumentando que fueron escritos mucho después de que Daniel viviera, de tal manera que para ellos no se trataría de profecía futura sino de historia pasada. Pero son sólo sus prejuicios los que les llevan a estas conclusiones.

La visión de las cuatro bestias

(Dn 7:1-8) “En el primer año de Belsasar rey de Babilonia tuvo Daniel un sueño, y visiones de su cabeza mientras estaba en su lecho; luego escribió el sueño, y relató lo principal del asunto. Daniel dijo: Miraba yo en mi visión de noche, y he aquí que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar. Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar. La primera era como león, y tenía alas de águila. Yo estaba mirando hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre, y le fue dado corazón de hombre. Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro, y tenía en su boca tres costillas entre los dientes; y le fue dicho así: Levántate, devora mucha carne. Después de esto miré, y he aquí otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio. Después de esto

miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas.”

El sueño y las visiones que Daniel va describir en este capítulo le fueron reveladas “*en el primer año de Belsasar rey de Babilonia*”. Esto quiere decir que este capítulo no sigue en orden cronológico al anterior, donde ya el reino babilónico había sido conquistado por Ciro el persa. Nos encontramos de nuevo con Belsasar, uno de los reyes babilonios descendiente de Nabucodonosor que encontramos en el capítulo 5, y puesto que se trata del primer año de su reino, esto quiere decir que estaríamos aproximadamente sobre el año 553 a.C.

Notemos también que esta fue la primera visión directa que tuvo Daniel. Hasta este momento su labor había consistido en interpretar los sueños y visiones de los monarcas babilonios, pero eso va a cambiar a partir de aquí, donde el estilo se convierte en autobiográfico.

Y en cuanto a la diferencia entre “*sueños y visiones*” mencionada aquí, entendemos que ambos tenían el mismo nivel de inspiración divina, y quizá la única diferencia consistiera en que Daniel estuviera despierto o dormido, consciente o inconsciente, cuando las recibió. Aunque también pudiera ser que ambos términos fueran sinónimos.

A Daniel el sueño le pareció muy importante, de tal manera que lo puso por escrito inmediatamente, un hecho que contradice las teorías sobre la transmisión oral de las profecías antes de ser escritas.

Daniel comienza el relato de su sueño describiendo una gran agitación en el mar debida a la acción de los cuatro vientos que combatían en él. ¿A qué se refiere cada uno de estos elementos?

- “*Los cuatro vientos del cielo*”. La palabra traducida como “*vientos*” puede ser interpretada también como “*espíritus*”. En ese caso Daniel vio un gran combate de ángeles que se habían juntado de todas partes. Esta interpretación no sería extraña desde un punto de vista bíblico, puesto que en otras ocasiones vemos que los ángeles intervienen en los asuntos de los hombres (**Jer 49:36**) (**Jer 51:1**) (**Zac 6:1-6**) (**Ap 7:1-3**).
- “*Combatían en el gran mar*”. En la Biblia el mar Mediterráneo era conocido como el mar Grande (**Nm 34:6-7**) (**Jos 1:4**). En ese caso debemos entender que la visión que Daniel tuvo está relacionada con el mundo Mediterráneo, y esto podría tener cierto sentido porque los cuatro imperios relacionados en esta visión estaban alrededor de dicho mar. Pero la referencia al “*gran mar*” puede ser interpretada también como una alusión a las naciones de la tierra (**Dn 7:17**) (**Sal 65:7**) (**Is 17:12-13**) (**Ap 17:15**). En todo caso, lo que Daniel vio fue el inicio de una gran turbulencia internacional. Notemos que normalmente el viento sopla desde una sola dirección, pero aquí lo hace desde las cuatro a la vez. La idea que nos transmite es la de una gran violencia en todas las direcciones, y que incumbe a todo el mundo.

De este mar agitado Daniel vio subir “*cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra*”. Estas bestias representan a cuatro reinos (**Dn 7:17**). Cada uno de ellos tendrá sus propias características especiales, aunque todos ellos compartirán el mismo carácter brutal, irracional y bestial, despertando en quienes los veían la misma reacción de terror.

1. “La primera era como león, y tenía alas de águila”

No cabe duda de que las bestias que Daniel vio en su sueño deben ser interpretadas de una forma simbólica. De hecho, los animales descritos no se corresponden con ninguna especie conocida.

En cuanto a la primera bestia, vemos que combinaba la fuerza del león con la velocidad del águila. En el mundo secular el león es considerado como el rey de la selva, mientras que el águila lo es entre las aves. Esta bestia representaba al imperio babilónico. Podemos encontrar leones con alas en la puerta de Istar de la antigua ciudad de Babilonia. Pero lo que a nosotros nos interesa sobre todo es que ambos animales fueron usados por los profetas como símbolos de Babilonia (**Jer 4:7**) (**Jer 49:19,22**) (**Ez 17:3,12**).

Luego, mientras Daniel miraba, *“sus alas fueron arracadas, y fue levantada del suelo, y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre, y le fue dado corazón de hombre”*. Probablemente se refiera al período de la locura de Nabucodonosor descrita en el capítulo 4, cuando él se sentía divino y actuaba como una bestia, aunque después de reconocer al Dios del cielo recobró su dignidad humana. En todo caso, aunque esto sirve para identificar al imperio babilónico al que se estaba refiriendo, de ningún modo debemos pensar que hubo un momento en el que éste llegó a humanizarse.

2. “Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso”

La siguiente bestia que vio Daniel se asemejaba a un oso. Esta se refería al imperio medo persa. El profeta observó también que el oso *“se alzaba de un costado más que del otro”*, lo que encaja con el hecho de que aunque inicialmente los persas fueron vasallos de los medos, con el ascenso al trono de Ciro el persa esto cambió, de tal manera que desde ese momento los persas tuvieron la preeminencia dentro de esa alianza.

Otro detalle que Daniel hace notar es que ese terrible oso *“tenía en su boca tres costillas entre sus dientes”*. La figura sugiere una bestia poderosa y cruel. Y en cuanto a las *“tres costillas”*, parece referirse a los restos de otras bestias o reinos que había conquistado. En ese caso deberíamos pensar en Babilonia al oeste, Lidia al norte y Egipto al sur.

Pero este reino, como todos los demás, operaba bajo la autoridad divina, por eso se le da esta orden: *“Levántate, devora mucha carne”*. Siguiendo con la metáfora del depredador, Dios le permite seguir conquistando y expandiendo su dominio hasta formar un vasto imperio.

3. “Otra semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas”

El leopardo sobresale por su velocidad de ataque, la que en este caso se ve potenciada aún más por las cuatro alas en sus espaldas. En este caso representa a la monarquía griega en su apogeo bajo Alejandro Magno. Este conquistador se caracterizó por la rapidez y universalidad de sus conquistas. Entre los años 334 a 330 a.C. logró conquistar todo el imperio medo persa, llegando incluso hasta la India.

Luego Daniel observa que esta bestia *“tenía cuatro cabezas”*. A pesar de la enorme extensión que alcanzó el imperio griego bajo el mandato de Alejandro Magno, éste murió siendo bastante joven, a la edad de 32 años. Después de esto su reino se dividió entre sus generales, llegando cuatro de ellos a ser dominantes: Plotomeo en Egipto; Casandro en Macedonia y Grecia; Seleuco en Siria y Babilonia y Lisímaco en Tracia.

Y una vez más se enfatiza el hecho de que Dios actuaba soberanamente dirigiendo los grandes avances de este imperio. Notemos la frase: *“Y le fue dado dominio”*. Esto no quiere decir que Dios fuera partícipe de los crímenes y la crueldad de estos imperios. Lo que quiere decir es que el poder está en las manos de Dios y lo otorga a quien él quiere. A

partir de ese momento la responsabilidad de sus actos recae sobre cada persona. Esto debería llenar de humildad a los poderosos de la tierra, pero también de un sentido de responsabilidad, puesto que finalmente Dios les va a pedir cuentas de cómo han usado el poder recibido.

4. *“Y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte”*

Daniel no fue capaz de comparar a la cuarta bestia con ningún animal conocido. Lo que dice de ella es que era *“espantosa y terrible y en gran manera fuerte”*. En la visión previa que vimos en Daniel 2, esta bestia corresponde a las piernas de hierro y los pies de hierro mezclado con barro. Se relaciona con el imperio romano. Este se caracterizó por su fuerza y organización, pero también por su crueldad y jactancia. Daniel continúa su descripción diciendo de él que *“tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella”*.

Daniel hace notar algunas características adicionales de esta bestia que luego ampliará en su interpretación. Primero observó que *“tenía diez cuernos”*, de los que más tarde aclarará que se referían a diez reyes. Pero luego le salió otro *“cuerno pequeño”*, que llegó a crecer de tal manera que provocó que tres de los primeros cuernos fueran arrancados. Al profeta le intrigó mucho el *“cuerno pequeño”* del que se dice que *“tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas”*. En realidad este cuerno pequeño con rostro humano se presenta como el punto culminante de esta parte de la visión, y Daniel preguntará más tarde por su significado.

Este imperio llegó a su fin en el siglo XI, pero sigue habiendo numerosos intentos en la época moderna de reavivar aquel antiguo ideal. Por esta razón, muchos sostienen que esta importante etapa no llegó a cumplirse plenamente durante el antiguo imperio romano, sino que volverá a resurgir en los días del fin, siendo escenario de la manifestación del anticristo, la bestia definitiva (**Ap 13**).

La visión del Anciano de días

(Dn 7:9-12) “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego. Habían también quitado a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo.”

La visión de los reinos humanos bajo la figura de bestias que tanto hizo temblar al profeta finaliza con la aparición de *“un Anciano de días”* que estaba sentado en un trono de fuego ardiente listo para juzgar. Esto se corresponde con la piedra que tiró y desmenuzó la estatua del capítulo 2 de Daniel y que más tarde se convertiría en un gran monte que llenaba toda la tierra. Podemos decir que en ese momento terminará el día del hombre en el que actualmente vivimos para dar lugar al día del Señor, cuando todos sus enemigos serán juzgados.

Vayamos viendo uno por uno los detalles de este importante y consolador texto. En primer lugar notamos que la atención del profeta se dirige a lo que podríamos definir como la sala de un tribunal celestial. Comienza diciendo: *“Estuve mirando hasta que fueron*

puestos tronos, y se sentó un Anciano de días". Es curioso que aunque se dice que fueron puestos "tronos", sin embargo, sólo se sienta uno que es identificado como "un Anciano de días". En cuanto a la identidad de aquellos para quienes estaban reservados los otros tronos no se nos dice en este momento, aunque por otras partes de la Escritura sabemos que los santos hemos de juzgar el mundo y a los ángeles **(Mt 19:28) (1 Co 6:2) (Ap 20:4)**.

En cuanto al título "Anciano de días", sirve para enfatizar la eternidad de este personaje celestial como "el que vive siempre". Sin duda tiene que ver con Dios, quien a diferencia de todos los reinos temporales que el hombre ha logrado crear en este mundo, él establecerá su trono eternamente y para siempre.

En todo caso, antes de establecer su reino eterno en este mundo es imprescindible que primero juzgue a los hombres, algo que se dispone a hacer a continuación. En relación a esto, en la descripción que Daniel hace de él se resalta la pureza, santidad y dignidad del Juez divino: "cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia". Seguramente su pelo blanco "como lana limpia" debemos entenderlo como una sugerencia de su dilatada edad y sabiduría. Sin duda, toda esta descripción es muy parecida a la que encontramos del Señor Jesucristo en **(Ap 1:14)**.

Inmediatamente a Daniel le sorprende el trono en el que estaba sentado: "Su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente". El elemento predominante en él es el fuego, símbolo de santidad, limpieza y juicio. Notamos también que tenía "ruedas", lo que nos recuerda la visión que tuvo Ezequiel **(Ez 1:4-28)**. Se trata del mismo "trono portátil". Es una forma de decir que Dios viene a este mundo a juzgarlo y a reinar sobre él. Recordemos que en la Biblia el juicio era una función real. Los Salmos inciden con frecuencia en el hecho de que reinar implica juzgar, por eso las expresiones como "el Señor reina" tienen que ver con el Señor viniendo a juzgar al mundo **(Sal 97:1-12) (Sal 99:1-9)**. Sin duda, este trono que parecía estar en llamas, era totalmente diferente al de todos los demás reinos presentados antes, y anticipaba su juicio abrasador. Esta misma idea se ve confirmada por la descripción de "un río de fuego que procedía y salía de delante de él". Como diría el salmista: "Fuego irá delante de él y abrasará a sus enemigos alrededor" **(Sal 97:3)**.

En esta actividad de juzgar, el Anciano de días no está solo: "Millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él". Todos estos son siervos de Dios que ejecutan su voluntad y le adoran sin cesar. Puede incluir a ángeles y a hombres.

Entonces comenzará el juicio: "El Juez se sentó, y los libros fueron abiertos". La escena es paralela a la que encontramos en **(Ap 20:11-13)** a continuación del milenio. Estos "libros" pueden referirse al "libro de la vida" en el que están escritos los nombres de los creyentes **(Lc 10:20) (Fil 4:3) (He 12:23) (Ap 13:8) (Ap 17:8) (Ap 20:15) (Ap 21:27)**, y al libro donde están registrados todos los actos de la humanidad **(Sal 56:8) (Mal 3:16) (Ap 20:12-13)**. Ellos forman la base documental para el juicio.

Esta visión del juicio divino se presenta como una buena noticia para la humanidad, puesto que con él cesarán los reinos de este mundo que previamente han sido presentados como bestias aterradoras que destruyen todo por doquier para dar lugar a un reino de paz y justicia. Sin embargo, los hombres impíos no lo interpretan como algo positivo, puesto que saben de antemano que serán condenados por el justo Juez del cielo.

Una vez que comenzó el juicio, lo que llamó la atención del profeta eran "las grandes palabras que hablaba el cuerno". Se refiere al "cuerno pequeño" de la cuarta bestia, y se hace notar que sus palabras eran arrogantes y blasfemas. Pero enseguida el juicio cayó sobre él y fue consumido por el fuego: "mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y

entregado para ser quemado en el fuego". Es importante notar que esta cuarta bestia y su cuerno pequeño no fue destruida por otra fuerza militar como las anteriores, sino por Dios mismo.

Aunque la cuarta bestia y su arrogante gobernador fueron juzgados y destruidos, ahora se vuelve a hacer mención de las primeras bestias que había visto Daniel. De ellas se dice: *"Habían también quitado a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo"*. Es decir, los reinos representados por esas bestias habían continuado existiendo, pero sin gloria ni poder. Lo que había quedado de ellos sería seguramente su cultura, que fue asimilada por las naciones que las subyugaron.

Entendemos que esta última bestia que fue destruida se refiere al anticristo que en Apocalipsis es presentado como una terrible bestia que surge del mar (**Ap 13:1-10**).

Preguntas

1. ¿Cómo se relacionan los capítulos 2 y 7 de Daniel? Busque similitudes y diferencias.
2. ¿Quién es el anciano de los días? ¿el Hijo del Hombre? ¿el cuerno pequeño?

Visión del Hijo del Hombre (Daniel 7:13-28)

“Uno como un hijo de hombre”

(Dn 7:13-14) “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”

A continuación Daniel ve a “uno como un hijo de hombre” que con las nubes del cielo vino hasta el Anciano de días.

Empecemos por notar quién es este nuevo personaje que entra en la escena y que es descrito como “un hijo de hombre”. Para nosotros que conocemos el Nuevo Testamento, es fácil identificarlo con el Señor Jesucristo, puesto que él utilizó este título muchas veces para referirse a sí mismo en los evangelios (**Mr 8:31**) (**Jn 1:51**). En realidad, aunque los judíos nunca lo habían usado como un título mesiánico, el Señor lo usó de este modo precisamente porque para ellos no tenía esas connotaciones militaristas y revolucionarias que él tanto intentaba evitar en su ministerio. En todo caso, el título sugiere en primer lugar la humanidad del Mesías, pero cuando vemos que el Anciano de días le otorga el reino eterno, esto nos hace pensar necesariamente en su divinidad. Por lo tanto, es un título que revela perfectamente tanto la humanidad como la divinidad del Mesías.

Es interesante que apreciemos el contraste que Daniel nos está transmitiendo por medio de estas visiones. Por un lado nos ha presentado los grandes reinos de los hombres como bestias deshumanizadas, y en contraste con ellos ahora aparece alguien que es auténticamente humano, no sólo en cuanto a su naturaleza, sino sobre todo por su carácter.

Otro detalle que debemos observar es que él no estaba viniendo a este mundo en las nubes del cielo, tal como con frecuencia se anuncia en el Nuevo Testamento que ocurrirá al final de los tiempos, sino que aquí lo vemos acercándose hasta el trono del Anciano de días para recibir el reino. Es entonces también cuando se le da “*autoridad de ejecutar juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre*” (**Jn 5:27**). Será después de eso cuando regresará a este mundo sobre las nubes para reinar (**Mt 24:30**) (**Mt 26:64**) (**1 Ts 4:17**) (**Ap 1:7**).

Ahora bien, cuando se dice que “*le hicieron acercarse delante del Anciano de días*”, podemos preguntarnos dónde estaba antes. Y esto nos lleva inevitablemente a pensar en la cruz. Realmente la escena que se nos presenta aquí tiene que ver con su ascensión y glorificación al cielo para sentarse junto a su Padre en el trono divino en los cielos. Esto es lo que el Señor les anunció a los mismos judíos que le estaban juzgando:

(Mr 14:62) “Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.”

Una vez sentado en el trono, al Hijo del Hombre le fueron entregados todos los reinos que antes habían pertenecido a las cuatro bestias: “*Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran*”. Este es el resultado de su muerte en la cruz, tal como había anunciado David proféticamente:

(Sal 2:6-9) *“Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.”*

El cumplimiento pleno de esta promesa del Padre se llevará a cabo en la segunda venida de Cristo a este mundo **(Mt 24:30) (Mt 25:31) (Ap 11:15)**.

A diferencia de todos los reinos anteriores, su reino no será nunca destruido por ningún otro imperio: *“Su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”*. Por supuesto, esto no se puede referir al milenio, puesto que ese período tendrá una duración limitada, sino que apunta al establecimiento final del reino de Dios en la tierra, lo que implica necesariamente también cielos nuevos y tierra nueva donde more la justicia.

Explicación de la visión de las cuatro bestias

1. Las cuatro bestias

(Dn 7:15-17) *“Se me turbó el espíritu a mí, Daniel, en medio de mi cuerpo, y las visiones de mi cabeza me asombraron. Me acerqué a uno de los que asistían, y le pregunté la verdad acerca de todo esto. Y me habló, y me hizo conocer la interpretación de las cosas. Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra.”*

Aunque Daniel no entendía todo lo que había visto, sin embargo comprendía lo suficiente como para que su corazón se angustiase: *“Se me turbó el espíritu a mí, Daniel, en medio de mi cuerpo, y las visiones de mi cabeza me asombraron”*.

Como en ocasiones anteriores, Daniel necesitaba la dirección divina para interpretar el sueño que había tenido. Pero esta vez la ayuda para entender lo que acababa de ver le vendría por medio de ángeles. Esta es una de las características de la literatura apocalíptica. En todo caso, lo que queda claro es que el hombre no puede conocer los misterios de Dios por sus propias habilidades, sino que necesita de los medios que Dios provea en cada momento.

En primer término Dios le hizo saber a Daniel que las cuatro bestias que había visto representaban a cuatro reyes o reinos: *“Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra”*. Esto era similar a lo que ya había interpretado del sueño de Nabucodonosor **(Dn 2:36-43)**.

2. Los santos del Altísimo poseerán el reino

(Dn 7:18) *“Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre.”*

Estos cuatro reinos no iban a durar eternamente, sino que terminarían cuando el Anciano de días se sentara en su trono para juzgar **(Dn 7:9)**. En aquel momento consideramos que *“fueron puestos tronos”*, pero vimos que sólo se sentó el Anciano de días, quedando el resto de los tronos vacíos. Entonces nos preguntamos quiénes iban a ocupar el resto de los tronos, y aquí tenemos la respuesta: *“Después recibirán el reino los santos del Altísimo”*.

Ahora bien, ¿quiénes son estos *“santos del Altísimo”*? Normalmente el término se usa en la Biblia para referirse a los creyentes, pero en este contexto, debemos pensar en primer término en los creyentes judíos.

De ellos se dice que “poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre”. Ellos recibirán un reino mayor y más perdurable que el que pudieron recibir cualquiera de los grandes emperadores de la antigüedad.

El cuarto reino

(Dn 7:19-28) *“Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies; asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba grandes cosas, y parecía más grande que sus compañeros. Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino. Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará. Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo. Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán. Aquí fue el fin de sus palabras. En cuanto a mí, Daniel, mis pensamientos me turbaron y mi rostro se demudó; pero guardé el asunto en mi corazón.”*

Parece que Daniel se sintió especialmente impactado por la cuarta bestia que era tan diferente de las otras. Seguramente lo que más le sorprendía era la presencia del cuerno pequeño, ya que era un elemento nuevo que no había aparecido antes en la visión paralela que Nabucodonosor había tenido. Pero sobre todo, lo que más llamaría la atención de Daniel sería la arrogante jactancia de este cuerno que llegaba a hacer guerra contra los santos y los vencía. Y aunque Daniel se daba cuenta de que esta victoria sería de corta duración, porque como acababa de saber, finalmente los santos recibirían el reino y reinarían eternamente, sin embargo, ¿cómo podía Dios permitir que este cuerno pequeño triunfara sobre su pueblo, aunque fuera tan sólo por un corto período de tiempo? Todavía había muchas preguntas por resolver. ¿Quién era la cuarta bestia? ¿Quiénes eran los diez cuernos? ¿Y el cuerno pequeño? Consideremos cada uno de estos detalles.

I. ¿Quiénes son los diez cuernos?

La explicación nos viene proporcionada por el mismo texto bíblico: “Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes”.

Como ya hemos señalado, la cuarta bestia simbolizaba al imperio romano, y estos diez cuernos serán diez reyes que surgirán dentro de ese reino. Notemos que el surgimiento de estos diez cuernos indican un desarrollo posterior. Algunos han sugerido que esto ocurrirá en un nuevo imperio romano que resurgirá en el futuro. Esto se vería apoyado porque los diez cuernos se corresponden con los diez dedos de los pies en la visión que Nabucodonosor tuvo (**Dn 2:41-42**). Fijémonos que en aquella visión las piernas y los pies estaban constituidos de diferentes materiales (las piernas de hierro y los pies de hierro

mezclado con barro), lo que podría indicar un reino posterior que guardaría relación con el anterior. Esto apoyaría la idea del resurgimiento de un nuevo imperio romano.

Estos diez cuernos o reyes vuelven a ser mencionados en **(Ap 17:12)**. En cuanto a su identidad hay muchas teorías, pero seguramente no sabremos con exactitud a quiénes se refiere hasta que llegemos a ese momento.

2. ¿Quién es el cuerno pequeño?

No hay duda de que este personaje tendrá un papel importante al final de los tiempos, y por esa razón aparece una y otra vez de distintas maneras en el resto del libro de Daniel. Con la información que disponemos en el Nuevo Testamento podemos decir que se trata del anticristo.

Aquí se nos dicen varias cosas sobre él.

- Lo primero es que su aparición se produce después de la de los diez reyes, y que en su ascenso derribará a tres de ellos. También se nos dice que será diferente a todos ellos. El libro de Apocalipsis nos dice que llegará a convertirse en el dictador de todo el mundo **(Ap 13:7)**.
- Otra de sus características es su oposición a la autoridad de Dios: *“Hablará palabras contra el Altísimo”,* y *“pensará en cambiar los tiempos y la ley”*. Es un blasfemo que quiere ocupar el lugar de Dios, dando incluso nuevas leyes de acuerdo a su propia maldad.
- Y también *“a los santos del Altísimo quebrantará”*. Organizará una dura campaña de persecución contra los creyentes a fin de quebrantarlos, es decir, de destruirlos y hacerlos abandonar su fe.
- Podrá hacer todo esto porque Dios se lo permitirá y sólo durante un tiempo limitado: *“Y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo”*. Esto es el equivalente a tres años y medio.

Muchos a lo largo de la historia se han aventurado a hacer sus conjeturas sobre qué persona encarna a este *“cuerno pequeño”*. Las opciones han sido y siguen siendo de lo más variadas. Pero debemos tener en cuenta que se trata de un personaje que hará su aparición en el tiempo del fin, por lo tanto, más que especular sobre qué persona será, lo que debemos hacer es fijarnos en sus características, para que cuando aparezca lo podamos identificar sin dificultades.

3. ¿Cuándo hará guerra contra los santos?

Otro asunto que despierta nuestra curiosidad tiene que ver con el momento en que este cuerno pequeño hará guerra contra los santos. Y lo más probable es que esto tendrá lugar en la gran tribulación por la que atravesará el pueblo de Israel al final de los tiempos, y de la que más adelante se hablará ampliamente.

4. El reino será dado a los santos del Altísimo

No debemos olvidar que una de las razones por las que el libro de Daniel fue escrito era para animar a los judíos creyentes exiliados en Babilonia, y por supuesto, también a todos aquellos que sufren persecución por causa de su fe en cualquier época. Es importante, por lo tanto, esta última nota de consolación: *“Hasta que vino el Anciano de Dios, y se dio el juicio a los santos del Altísimo”*. Aunque el reino del mal aflija a los santos, esto será temporal y finalmente obtendrán la victoria.

La frase *“se dio el juicio a los santos”*, puede interpretarse en el sentido de que los santos van a juzgar el mundo, o también que por fin llegará el momento en que se hará justicia a los santos del Altísimo.

En todo caso, de lo que podemos estar plenamente seguros es que los santos de todas las edades compartirán el triunfo definitivo de Cristo en su reino: *“Y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino”*. Es cierto que en este contexto, la aplicación inmediata es al pueblo de Israel, pero en otras partes se nos enseña que será también una verdad compartida por la Iglesia de Cristo.

Todo esto no ocurrirá por medio de alguna iniciativa humana, sino por la intervención de Dios en juicio sobre el *“cuerno pequeño”*: *“Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin”*. Esto ocurrirá al final de la segunda venida de Cristo **(2 Ts 2:8) (Ap 19:20)**.

Después de esto Cristo establecerá su reino mesiánico de paz, justicia y santidad. Será un reino diferente a todos los que el hombre ha conocido a lo largo de la historia, y será un reino eterno y universal: *“Cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán”*. Aquí encontramos uno de los énfasis del libro de Daniel: el reino de Dios ha de reemplazar definitivamente a todos los reinos de este mundo.

5. *“Hasta aquí la revelación”*

El panorama profético que le fue mostrado a Daniel concluye en este punto: *“Aquí fue el fin de sus palabras”*. En realidad, su visión abarcaba toda la historia de la humanidad desde los días de Daniel hasta el final de los tiempos.

Ahora bien, todas estas revelaciones dejaron profundamente conmovido a Daniel, que guardó el asunto en su corazón meditando en ello. Más adelante registró por escrito todo lo que le había sido revelado.

Visión del carnero y del macho cabrío (Daniel 8)

Introducción

Dos años después de la visión que Daniel relata en el capítulo 7, tuvo una nueva visión que anticipaba la historia de los judíos durante el tiempo de los gentiles. En realidad, no era una visión completamente nueva, sino que se trataba de una descripción más detallada de ciertos aspectos de la visión anterior. Era como si Dios estuviera aplicando un zoom sobre el conflicto entre el segundo y el tercer reino descritos anteriormente en los capítulos 2 y 7. Por lo tanto, aquí vamos a volver a ver algunos detalles sobre la lucha entre el imperio medo persa y el imperio griego. Pero no sólo eso, también veremos cómo del imperio griego surgiría un rey malvado que habría de causar un terrible sufrimiento al pueblo de Dios, lo que debe ser considerado como un anticipo del futuro anticristo y la gran tribulación por la que la nación de Israel pasará al final de los tiempos.

La visión del carnero y del macho cabrío (Dn 8:1-14)

1. Ocasión de la nueva visión

(Dn 8:1-2) “En el año tercero del reinado del rey Belsasar me apareció una visión a mí, Daniel, después de aquella que me había aparecido antes. Vi en visión; y cuando la vi, yo estaba en Susa, que es la capital del reino en la provincia de Elam; vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai.”

Aquí se nos presenta el marco histórico en el que Daniel recibió esta nueva visión. Tuvo lugar en el año tercero de Belsasar, cuando Daniel se encontraba en Susa, una ciudad localizada a unos 370 kilómetros al oriente de Babilonia, que más tarde llegó a ser la capital del reino de Persia. Estaba localizada en lo que ahora es Irán, y fue una ciudad muy desarrollada. El primer código de leyes conocido, el Código de Hamurabi, fue encontrado allí. En cierto sentido, Susa fue rival de la misma Babilonia en lo que a refinamiento cultural se refiere. Ya durante el imperio persa, el rey Asuero construyó allí un majestuoso palacio en el que se desarrollaron los eventos registrados en el libro de Ester (**Est 1:2**). Y fue también allí donde Nehemías sirvió como copero del rey Artajerjes (**Neh 1:1**).

Daniel nos dice que recibió la visión “*estando junto al río Ulai*”. Este era un río o canal que regaba la ciudad de Susa.

2. La visión del carnero

(Dn 8:3-4) “Alcé los ojos y miré, y he aquí un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más alto que el otro; y el más alto creció después. Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni había quien escapase de su poder; y hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía.”

En su visión Daniel vio un carnero que tenía dos cuernos, pero observó que uno de ellos creció después para hacerse más grande que el otro. Tal como el ángel Gabriel le explicó más adelante al profeta Daniel, los dos cuernos de este carnero representaban a los

reyes de Media y de Persia (**Dn 8:20**). Por lo tanto, tiene que ver con una parte de la visión anterior en el capítulo 7, donde el imperio medo persa fue simbolizado como un oso que se alzaba más de un lado que del otro (**Dn 7:5**).

Como sabemos por la historia, Ciro primero conquistó Media, y más tarde llegó a ser rey de Persia después de la caída de Babilonia, consiguiendo entonces que Persia fuera el reino dominante dentro de aquella alianza.

El profeta observó también que el carnero daba cornadas al oeste, al norte y al sur, lo que algunos han asociado con las tres costillas en la boca del oso (**Dn 7:5**). Recordemos que la unión de medos y persas en un solo imperio sirvió para crear un ejército muy poderoso, de tal modo que no había reino en aquellos tiempos que pudiera detener su empuje. Y lo que aquí se describe son las tres direcciones en las que el imperio medo persa llevó a cabo sus conquistas.

Como resultado de esto, el profeta Daniel dice que *“hacía conforme a su voluntad y se engrandecía”*. Esto les llevó a la arrogancia, llegando a pensar que no había ninguna nación, ejército o dios que pudiera hacerles frente.

3. La visión del macho cabrío que destruye al carnero

(Dn 8:5-7) “Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza. Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su poder.”

Ahora entra en la escena un *“macho cabrío”* que *“venía del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar la tierra”*. Tal como explicó el ángel Gabriel, este macho cabrío se refiere al rey de Grecia (**Dn 8:21**). Como sabemos, bajo la dirección de Alejandro Magno, Grecia logró desplazar una imponente fuerza militar con la que en muy poco tiempo logró conquistar el imperio medo persa, apoderándose de las ciudades doradas de Babilonia y Susa. Luego, llevado por una ambición incontenible, se dirigió con sus ejércitos hacia la India. Esta visión es paralela al leopardo con cuatro alas que vimos en (**Dn 7:6**).

4. La caída del macho cabrío y su legado

(Dn 8:8) “Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.”

Alejandro Magno murió muy joven, a la edad de 33 años, habiendo conseguido formar el imperio más grande hasta entonces conocido. El profeta comenta que *“se engrandeció sobremanera”*, razón por la que *“aquel gran cuerno fue quebrantado”*.

La repentina muerte de Alejandro Magno causó grandes y prolongados conflictos para determinar quién se haría cargo de su vasto imperio. Finalmente éste se dividió en cuatro partes entre sus principales generales. Esto es lo que había anunciado Daniel: *“en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo”*. Esto se corresponde también con las cuatro cabezas del leopardo con alas de la visión paralela de (**Dn 7:6**).

Estos generales y los reinos que recibieron fueron los siguientes:

- Tolomeo recibió Egipto y otras partes de Asia Menor.

- Casandro recibió el territorio de Macedonia y Grecia.
- Lisímaco recibió Tracia y otras partes de Asia Menor (Bitinia occidental, Frigia, Misia y Lidia).
- Seleuco recibió el resto del imperio alejandrino, que incluía Siria, Israel y Mesopotamia.

El cuerno pequeño

I. El engrandecimiento de un cuerno pequeño

(Dn 8:9-12) *“Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho al sur, y al oriente, y hacia la tierra gloriosa. Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó. Aun se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos, y por él fue quitado el continuo sacrificio, y el lugar de su santuario fue echado por tierra. Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército junto con el continuo sacrificio; y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó.”*

De uno de estos cuatro reinos surgió *“un cuerno pequeño, que creció mucho al sur, y al oriente, y hacia la tierra gloriosa”*. Esto se refiere a uno de los descendientes de Seleuco llamado Antíoco IV Epífanes (175 a 164 a.C.). El había heredado el reino del norte, y aunque tuvo un comienzo insignificante, se dedicó a extender sus fronteras hacia la India en el oriente y hacia Egipto en el sur. En esta última dirección tuvo que combatir contra Tolomeo, descendiente de otro de los generales de Alejandro Magno. Esto causó muchos problemas al pueblo judío, ya que ellos estaban en medio. A esto se refiere cuando dice que creció hacia *“la tierra gloriosa”*.

Esto le llevó a una actitud tremendamente arrogante, que el profeta describe de la siguiente manera: *“Y se engrandeció hasta el ejército del cielo”*. Es difícil saber con exactitud a qué se refiere *“el ejército del cielo”*. Puede tener que ver con un ejército de ángeles, aunque en este momento puede ser utilizado simplemente como una metáfora para indicar el orgullo de este cuerno pequeño que en su arrogancia pretendía ser un rival del Dios del cielo.

En todo caso, nos dice que *“parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó”*. Esto implica que consiguió ciertas victorias. Ahora bien, ¿quiénes forman esta *“parte del ejército”* y quiénes son *“las estrellas que echó por tierra”*? Por el versículo siguiente parece que se trata de un ataque contra el pueblo de Israel y sus servicios en el templo de Dios. Dice también que *“se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos”*, que seguramente deba ser entendido como un intento de igualarse o luchar contra el Mesías de Dios.

Antíoco Epífanes llegó a ser el gran perseguidor del pueblo de Israel. Sus propósitos para con ellos no consistían únicamente en conquistarlos militarmente, tal como habían hecho otras potencias, él quería acabar con su religión y borrar su cultura. Notemos lo que dice: *“y por él fue quitado el continuo sacrificio, y el lugar de su santuario fue echado por tierra”*.

Él no destruyó físicamente el templo, sino que lo profanó, ofreciendo cerdos en su altar, y erigiendo en el lugar del altar del sacrificio un altar al dios pagano Zeus. De este modo profanó el santuario de Dios y logró que cesaran las ofrendas.

Y no sólo eso, sino que trató por todos los medios de helenizar a los judíos, consiguiendo que muchos dejaran la ley de Dios y se rindieran a la cultura griega: *“y echó por tierra la verdad, e hizo cuanto quiso, y prosperó”*. De este modo se hizo con el control sobre el

pueblo judío, por eso dice: *“Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército”*. Por supuesto, no todos se rindieron ante él, sino que surgió una rebelión encabezada por los Macabeos que se resistieron, pero lo cierto es que él consiguió hacerse con el poder en Israel.

2. El fin del cuerno pequeño

(Dn 8:13-14) *“Entonces oí a un santo que hablaba; y otro de los santos preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del continuo sacrificio, y la prevaricación asoladora entregando el santuario y el ejército para ser pisoteados? Y él dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado.”*

A continuación Daniel se refiere a la conversación de dos *“santos”*, que probablemente eran ángeles, que hablaban acerca de la visión que acababa de tener. El propósito es aclarar la duración de las atrocidades que llevaría a cabo el *“cuerno pequeño”* sobre el pueblo de Dios. El tiempo para que *“el santuario sea purificado”* sería *“dos mil trescientas tardes y mañanas”*, lo que equivale a un poco más de seis años.

El cumplimiento resultó tal como se había profetizado. Antíoco Epífanes comenzó a profanar el templo al asesinar al sumo sacerdote Onías III el 12 de septiembre del 171 a.C., y terminó con la restauración de la adoración del templo bajo el gobierno de Judas Macabeo el 25 de diciembre del 165 a.C. Esto da un total de 6 años y 110 días, es decir, 2300 días.

Sin embargo, este cumplimiento histórico con Antíoco sólo fue parcial, puesto que el mismo Señor Jesucristo, muchos años después de que eso hubiera tenido lugar, volvió a hacer referencia a esa misma profecía para señalar hacia una nueva época de tribulación para la nación judía que comenzaría con la misma señal: *“cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel” (Mt 24:15)*. Ese período futuro es conocido como la *“gran tribulación”*, y el Señor dijo de él que no ha habido nada igual desde *“el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mt 24:21)*.

La intervención de Gabriel

(Dn 8:15-19) *“Y aconteció que mientras yo Daniel consideraba la visión y procuraba comprenderla, he aquí se puso delante de mí uno con apariencia de hombre. Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: Gabriel, enseña a éste la visión. Vino luego cerca de donde yo estaba; y con su venida me asombré, y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: Entiende, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin. Mientras él hablaba conmigo, caí dormido en tierra sobre mi rostro; y él me tocó, y me hizo estar en pie. Y dijo: He aquí yo te enseñaré lo que ha de venir al fin de la ira; porque eso es para el tiempo del fin.”*

Ahora es Daniel quien tiene dificultades para entender la visión que él mismo había tenido, y es un ángel llamado Gabriel quien es enviado a aclarársela. Esta mediación angelical para interpretar visiones es una de las características de la literatura apocalíptica de la Biblia.

Daniel se asombró con la aparición de este mensajero glorioso, por lo que se postró sobre su rostro. Es normal que los seres humanos se sientan sobrecogidos ante la majestuosidad de estos seres angelicales. Luego, mientras Gabriel explicaba el significado de la visión a Daniel, éste cayó dormido sobre su rostro en tierra. Probablemente se trataba de un desfallecimiento, algo parecido a lo que experimentó el apóstol Juan cuando comenzó a recibir las visiones de Apocalipsis: *“Cuando le vi, caí*

como muerto a sus pies” (Ap 1:17). También en ambos casos el ángel les tocó y esto les reanimó.

En cuanto al significado de la visión, Gabriel aclaró que “es para el tiempo del fin”. Debemos entender que los eventos anunciados tenían que ver con la nación de Israel y parece que se referían a un período todavía lejano. Ahora bien, a partir de esta frase resulta imposible determinar con exactitud cuándo iban a tener lugar. En el Antiguo Testamento la expresión “el tiempo del fin” indica frecuentemente el momento de la intervención definitiva de Dios para librar a su pueblo Israel de los gentiles (Dn 11:35-40) (Dn 12:4-9).

Notemos también que Gabriel le está hablando de “lo que ha de venir al fin de la ira”. Entendemos que se trata de la ira de Dios que vino sobre su pueblo Israel como consecuencia de su infidelidad, y que fue traída por medio de las naciones gentiles (Is 10:5-6) (Ez 22:1-31). Por lo tanto, debemos considerar que se refiere a un período que comenzó en el tiempo de Nabucodonosor, cuando éste acabó con la monarquía davídica y se llevó cautivos a los judíos a Babilonia, y que durará hasta el momento en que el Señor Jesucristo, el legítimo descendiente del rey David, se vuelva a sentar en el trono de Israel. Por supuesto, antes de que esto ocurra será necesario que el pueblo judío se arrepienta de sus pecados y crean en su Mesías. Será entonces cuando las naciones gentiles serán juzgadas por el Señor (Is 13:2-16).

El carnero de dos cuernos y el macho cabrío

Gabriel comienza la interpretación del sueño diciendo que el carnero que tenía dos cuernos hacía referencia a los reyes de Media y de Persia. Estos serían vencidos por el rey de Grecia.

(Dn 8:20-21) “En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y de Persia. El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero.”

Notemos que este rey de Grecia es descrito como “el rey primero”. Esto apunta sin duda a Alejandro Magno, porque aunque su padre Felipe II de Macedonia había unificado a todas las ciudades-estado de Grecia, excepto Esparta, fue su hijo Alejandro al que se considera como el primer rey griego.

Puesto que Alejandro murió muy joven cuando estaba en la cima de su poderío, le sucedieron cuatro de sus generales que formaron cuatro reinos diferentes, aunque nunca lograron igualar el poder y la extensión del reino de Alejandro:

(Dn 8:22) “Y en cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él.”

El cuerno pequeño

(Dn 8:23-25) “Y al fin del reinado de éstos, cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a muchos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será quebrantado, aunque no por mano humana.”

El ángel Gabriel anuncia que después de estos cuatro reyes se levantaría un rey sobre el que quiere llamar la atención del profeta Daniel: *“Y al fin del reinado de éstos, cuando los transgresores lleguen al colmo se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas”*. Notemos algunas de sus características:

1. *“Un rey altivo de rostro”*

Comienza describiendo su actitud, y nos da a entender que sería un rey arrogante que no se humillaría ante nadie. Es más, en su insolencia no duda en atacar aun al pueblo de Dios, como veremos más adelante.

2. *“Entendido en enigmas”*

La idea es que sería hábil en manejar las intrigas y los engaños.

Por medio de su sagacidad conseguiría imponer en el pueblo de Dios un programa cultural de helenización a fin de trasladar la fe de los israelitas hacia los dioses y filosofías de la religión griega.

3. *“Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia”*

Sería un rey muy poderoso que se haría aún más fuerte, pero *“no con fuerza propia”*. Esto puede indicar en primer lugar que se fortalecería por medio de alianzas estratégicas, pero también podría ser una referencia a que recibiera su poder del mismo Satanás.

Utilizará su poder para llevar a cabo actos de destrucción terribles: *“causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente”*.

Su poder le llevará a pelear y vencer a hombres y reinos poderosos: *“destruirá a los fuertes”*, incluso *“al pueblo de los santos”*. Esto último se refiere probablemente a la nación de Israel, los cuales se convertirán en su blanco prioritario.

La idea que nos trasmite este versículo es que tendrá un éxito completo en sus batallas.

4. *“Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano”*

En combinación con su poder usará hábilmente de sagacidad y engaños para prosperar.

El resultado será que *“su corazón se engrandecerá”*, o lo que es lo mismo, se llenará de orgullo.

5. *“Y sin aviso destruirá a muchos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes”*

Con sus engaños conseguirá crear cierto clima de paz y tranquilidad que usará para atacar por sorpresa cuando todos se sientan seguros. Entendemos que este rey perverso dirigirá su ataque contra *“los fuertes y el pueblo de los santos”*.

Su odio contra el pueblo de Israel se extendería también contra su Dios. Por eso se levantará contra *“el Príncipe de los príncipes”* a fin de destruirlo, lo que sin duda se refiere al Mesías de Dios.

6. *“Pero será quebrantado, aunque no por mano humana”*

Este poderoso conquistador será finalmente destruido por una fuerza sobrenatural.

Antíoco un prototipo del anticristo

Como ya hemos señalado anteriormente, muchos han identificado al rey malvado descrito en este capítulo con Antíoco IV Epífanes, rey en Siria de la dinastía Selúcida. Era conocido como “Epífanes”, que significa “dios manifestado”. Tuvo guerra contra Egipto y

derrotó a dos de los reyes Tolomeos. También conquistó Jerusalén después de haberles engañado con palabras pacíficas (1 Macabeos 1:29). Luego de esto intentó prohibir el judaísmo y establecer en su lugar el culto a los dioses griegos. Para ello profanó el templo y saqueó sus tesoros. Acerca de este siniestro personaje volveremos a ver en **(Dn 11:21-45)**.

Su importancia se debe a que fue uno de los peores dictadores que actuaron contra el pueblo de Israel. Por esa razón ha llegado a ser considerado como una representación anticipada del anticristo del futuro.

Como en muchas otras ocasiones, una profecía puede tener varios cumplimientos en distintos tiempos. Y el primero de ellos sirve como prototipo de lo que será su cumplimiento pleno y definitivo al final de los tiempos.

En relación a esto, debemos notar que en el capítulo anterior **(Dn 7:19-27)** también vimos un cuerno pequeño en la cuarta bestia que tenía características similares al malvado rey de este capítulo **(Dn 8:23-25)**. No obstante, este rey, que también es simbolizado por un cuerno pequeño **(Dn 8:9)**, aparece en el contexto de la tercera bestia, es decir, del imperio griego y sus sucesores. Esto nos lleva a pensar que antes de la venida definitiva del anticristo de los últimos tiempos, representado por el cuerno pequeño de la cuarta bestia, habrá otros prototipos que surgirán en diferentes imperios. Pero todos ellos tendrán en común las características que acaban de ser descritas más arriba: su oposición contra el Dios del cielo, el odio contra el pueblo de Israel, y una astuta combinación de engaños y poder para conseguir sus propósitos.

Esto no nos debe sorprender. Satanás no conoce los planes de Dios, así que no es de extrañar que en cada época él tenga preparada una persona que pueda cumplir con la misión del anticristo. La historia de la humanidad nos ha dejado sobrados testimonios de gobernantes perversos que se han levantado intentando ocupar el lugar de Dios y que han perseguido al pueblo de Dios.

Pero como decimos, todos estos personajes, con todo y guardar un asombroso parecido entre ellos en estas cuestiones básicas, sin embargo ninguno de ellos llega a cumplir plenamente lo que aquí se anuncia sobre el anticristo. Veamos algunas de estas cuestiones:

- Uno de los detalles más importantes que todavía están pendientes de cumplimiento tiene que ver con el hecho de que este malvado rey *“se levantará contra el Príncipe de los príncipes”* **(Dn 8:25)**. Este detalle que apunta hacia el Mesías de Dios, no se pudo cumplir en el tiempo de Antíoco, porque en ese período no había rey en Israel de la casa de David. No obstante, esto tendrá su cumplimiento al final de los tiempos, cuando el anticristo definitivo se levantará contra el Señor Jesucristo en su segunda venida a esta tierra.
- Otro detalle que no concuerda exactamente tiene que ver con la descripción que se hace de la muerte de este rey malvado. De Antíoco sabemos que murió por causas naturales, mientras que la profecía de Daniel anuncia que sería *“quebrantado, aunque no por mano humana”* **(Dn 8:25)**, dando a entender que Dios mismo lo juzgará de forma sobrenatural. Esto sí que ocurrirá con el anticristo al final de los tiempos **(2 Ts 2:8) (Ap 19:20)**.
- Otra diferencia entre ambos personajes la apreciamos en la duración del período de tribulación por la que tendrá que pasar el pueblo de Dios. Mientras que el malvado dominio del cuerno pequeño del capítulo 7 dura tres años y medio **(Dn 7:25)**, la duración de *“la prevaricación desoladora”* del cuerno del capítulo 8 es de algo más de seis años **(Dn 8:14)**.

- Por otro lado, el cuerno pequeño del capítulo 7 surge en la cuarta bestia, mientras que el del capítulo 8 aparece en el contexto del imperio griego, es decir, de la tercera bestia.

La conclusión que sacamos de estas similitudes y diferencias, es que Antíoco Epífanes debe ser considerado como un anticipo o prototipo de aquel auténtico anticristo que aparecerá al final de los tiempos.

Una exhortación a guardar la visión

(Dn 8:26-27) *“La visión de las tardes y mañanas que se ha referido es verdadera; y tú guarda la visión, porque es para muchos días. Y yo Daniel quedé quebrantado, y estuve enfermo algunos días, y cuando convalecí, atendí los negocios del rey; pero estaba espantado a causa de la visión, y no la entendía.”*

La visión de las dos mil trescientas tardes y mañanas descritas en **(Dn 8:14)**, era verdadera y debía ser tomada en consideración: *“tú guarda la visión, porque es para muchos días”*. Daniel cumplió este mandamiento cuando puso por escrito la visión bajo la inspiración del Espíritu Santo y meditó en ella.

No obstante, esta experiencia dejó a Daniel quebrantado y estuvo enfermo por algunos días. Algo similar le había ocurrido al final de la visión anterior **(Dn 7:28)**. ¿A qué era debido esta reacción?

Él explica que *“estaba espantado a causa de la visión, y no la entendía”*. Aunque no lograba comprender todo el significado de la visión, sin embargo percibía que anunciaba una terrible rebelión contra el mismo Dios del cielo y tiempos de mucho sufrimiento para su pueblo Israel. No es que Daniel no confiara en la soberanía divina y supiera que él tiene siempre la última palabra, pero no por eso dejaba de afligirse por su pueblo.

Esto nos pone en aviso también a nosotros de que recibir la revelación de la Palabra de Dios no siempre va a ser una sensación placentera, especialmente aquellas partes que tienen que ver con el juicio que Dios anuncia sobre el pecado.

Y por otro lado, la actitud de Daniel debe llevarnos a una actitud de prudencia en cuanto a la profecía. Si él, que la había recibido directamente dice que no la entendió, nosotros debemos evitar creer que lo sabemos todo y podemos dar una explicación exacta de cada detalle. Un poco de humildad nunca viene mal en este sentido.

En este punto Daniel necesitaba reposar y meditar en todo lo que Dios le había revelado para tomar fuerzas y continuar su camino.

Preguntas

1. ¿Qué aprendemos en este pasaje del prevaricador que ha de venir?
2. ¿Debemos de identificar el cuerno pequeño del capítulo 7 con el cuerno pequeño del capítulo 8? ¿por qué sí? ¿Por qué no? ¿Quiénes son estos pequeños cuernos?

Oración de Daniel por su pueblo (Daniel 9:1-19)

Introducción

Entre los hechos relatados en los capítulos 8 y 9 de Daniel pasan bastantes años, y en principio no es fácil ver una clara conexión entre ambos. Parece que de hecho comienza aquí una nueva sección donde la atención se va a enfocar principalmente en el futuro del pueblo de Israel.

Todo comienza cuando Daniel considera una profecía de Jeremías referente a la duración de *“las desolaciones de Jerusalén”*, y encuentra que habrían de terminar en *“setenta años”*. El profeta se da cuenta de que el período concerniente a la terminación de la cautividad de Israel estaba a punto de concluir, pero el profeta sabe bien que el pueblo nunca podrían acceder a las bendiciones divinas si previamente no tenía lugar un verdadero arrepentimiento, y por eso, hablando en nombre del resto fiel de la nación judía, él ora a Dios pidiendo perdón por los pecados que les habían llevado a la triste condición en la que se encontraban.

- Recordemos que la nación de Israel había sido llevada en cautiverio a Babilonia por causa de su reiterada desobediencia a la ley de Dios, y hasta ese momento todavía no habían expresado su arrepentimiento por lo que habían hecho.
- Daniel no justifica ninguno de todos los pecados de su pueblo, sino que los confiesa con toda claridad, pidiendo perdón por ellos. Él sabía que el arrepentimiento era necesario para gozar de las bendiciones de Dios.
- Finalmente Daniel suplica por la restauración de Jerusalén y el santuario (**Dn 9:15-19**).

La ocasión de la visión

(Dn 9:1-2) “En el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos, que vino a ser rey sobre el reino de los caldeos, en el año primero de su reinado, yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años.”

Como en ocasiones anteriores, Daniel comienza señalando el momento histórico en el que los hechos narrados tuvieron ocasión. Aquí se nos dice que fue *“en el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos, que vino a ser rey sobre el reino de los caldeos, en el año primero de su reinado”*.

Como ya vimos al comentar (**Dn 5:31**), los historiadores no saben quién fue este *“Darío hijo de Asuero”*, y automáticamente los críticos aprovechan la ocasión para poner en duda la historicidad de la Biblia. Pero el hecho de que la erudición no sepa nada acerca de este rey que llegó a gobernar por un período de tiempo muy corto, quizá no más de un año, no sirve para determinar nada. Y como ha sucedido con frecuencia, nuevos descubrimientos arqueológicos terminarán arrojando luz sobre estas dificultades históricas.

Lo que sabemos de él es que conquistó Babilonia en el año 538 a.C. y que el nombre de “*Darío*” seguramente no deba ser considerado como su nombre propio sino como un título oficial, del mismo modo que en otras épocas lo fueron Faraón, César o Zar. En cuanto al nombre de su padre, “*Asuero*”, no debemos confundirlo con el rey persa del mismo nombre que encontramos en **(Esd 4:6) (Est 1:1)**. Un detalle interesante es que el texto bíblico dice que “*fue constituido rey sobre el reino de los caldeos*”. No dice que se estableció a sí mismo como rey, ni que reinara sobre el reino de Media o Persia, sino que su reino se limitó a lo que antes había pertenecido a Babilonia. Todo esto nos hace pensar que tal vez el breve tiempo que reinó lo hizo bajo el rey Ciro. No hay duda de que los especialistas tendrán que seguir investigando antes de llegar a conclusiones definitivas sobre la identidad de este Darío.

En todo caso, lo que a nosotros nos interesa en este momento es que “*el año primero de Darío*” se corresponde con el año 538 a.C., y que para ese momento ya casi habían pasado los 70 años que Jeremías había profetizado que durarían “*las desolaciones de Jerusalén*”.

(Jer 25:11) “*Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años.*”

Ahora bien, para determinar correctamente el final de los “*setenta años*”, es imprescindible que previamente establezcamos cuándo comenzó ese período, y aquí nos encontramos con varias opciones:

- Una primera deportación de israelitas tuvo lugar durante el reinado de Joacim, en la que el mismo Daniel y sus amigos fueron llevados en cautiverio, tal como él mismo describe al comienzo de su libro **(Dn 1:1-2)**. Esto habría que fecharlo en el año 605 a.C. Si esa fuera la fecha de comienzo de los setenta años, en ese caso sólo faltarían tres años para su cumplimiento.
- Otros judíos fueron llevados en cautiverio por Nabucodonosor “*en el año octavo de su reinado*” **(2 R 24:10-16)**, esto nos sitúa en el año 597 a.C.
- Una tercera deportación tuvo lugar al final del reinado de Sedequías, que era el año diecinueve de Nabucodonosor rey de Babilonia **(2 R 25:1-21) (2 Cr 36:11-21)**. Esto tuvo lugar en el año 587 a.C.

En todo caso, Daniel ya casi había pasado setenta años de cautiverio en Babilonia, así que desde su perspectiva la restauración de su pueblo estaba a la vista cuando ahora eleva su oración.

Pero todavía había otro detalle muy importante que aún avivaba más las expectativas de Daniel. Se trataba de un segundo anuncio que el mismo profeta Jeremías había hecho. Él había dicho que era imprescindible que al término de los setenta años de las desolaciones de Jerusalén, Babilonia sería castigada:

(Jer 25:12) “*Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho Jehová, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desiertos para siempre.*”

Y precisamente esta señal había ocurrido en el año primero de Darío, quien vino a ser rey sobre el reino de los caldeos, es decir, Babilonia **(Dn 5:31)**. Este era el mismo año en el que Daniel estaba haciendo su oración a favor de su pueblo Israel **(Dn 9:1)**.

Así pues, todo indicaba que el fin de “*las desolaciones de Jerusalén*” estaban llegando a su fin. Y la consideración de todos estos hechos son los que llevan a Daniel a elevar su

oración con el fin de interceder por su pueblo ante los importantes acontecimientos que estaban a punto de llegar.

La oración de confesión de Daniel

(Dn 9:3-14) *“Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti. Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos. De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado, y no obedecemos a la voz de Jehová nuestro Dios, para andar en sus leyes que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas. Todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer tu voz; por lo cual ha caído sobre nosotros la maldición y el juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios; porque contra él pecamos. Y él ha cumplido la palabra que habló contra nosotros y contra nuestros jefes que nos gobernaron, trayendo sobre nosotros tan grande mal; pues nunca fue hecho debajo del cielo nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén. Conforme está escrito en la ley de Moisés, todo este mal vino sobre nosotros; y no hemos implorado el favor de Jehová nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender tu verdad. Por tanto, Jehová veló sobre el mal y lo trajo sobre nosotros; porque justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras que ha hecho, porque no obedecemos a su voz.”*

Que Daniel era un hombre de oración ya hemos tenido ocasión de comprobarlo antes en este libro. Cuando Nabucodonosor dio la orden de ejecutarle a él y a sus amigos junto con los sabios de Babilonia porque no habían podido revelar el sueño del rey, lo primero que Daniel hizo fue convocar una reunión de oración con sus compañeros de cautiverio (**Dn 2:17-18**). Muchos años después, cuando ya reinaba Darío de Media sobre Babilonia, Daniel siguió orando a su Dios como lo hacía siempre a pesar del edicto real que prohibía hacer petición a cualquier dios u hombre fuera del rey (**Dn 6:10**). Y ahora en este pasaje le vemos haciendo lo mismo cuando tiene que enfrentar la crisis espiritual por la que su pueblo Israel llevaba años atravesando. Para él la oración no era el último recurso cuando todo lo demás había fallado, sino que por el contrario era su fuente permanente de fuerza.

Sin embargo, el tema de su oración en esta ocasión no parece ser muy habitual en los creyentes. Como vemos, su plegaria tiene que ver con el reconocimiento del pecado nacional de Israel y una petición del perdón divino basado en la misericordia de Dios. En otras partes de la Escritura encontramos oraciones similares (**Ex 32:30-32**), pero con demasiada frecuencia los creyentes preferimos pedir a Dios las cosas materiales que nos faltan o la salud que no tenemos, olvidándonos con facilidad de que nuestra mayor necesidad y la de nuestra nación es que Dios perdone todos nuestros pecados.

Al considerar la oración de Daniel nos damos cuenta de que él ora con gran solicitud, sintiendo una profunda carga en su corazón. Incluso en su identificación con el pueblo de

Israel, él mismo llega a incluirse como otro más de los culpables, cuando en realidad él era una víctima de los pecados de otros. Pero esto no le importaba, porque su única preocupación era la triste condición espiritual y social en la que se encontraba la nación judía de la que él mismo formaba parte. Sin lugar a dudas, el avivamiento espiritual que Israel estaba a punto de experimentar en los próximos años y que nos resumen los libros de Esdras y Nehemías, tuvieron mucho que ver con las oraciones de este hombre. Y dicho sea de paso, también en otros grandes avivamientos nacionales su comienzo debemos buscarlo en hombres que se entregaron a la oración del mismo modo en que lo hizo Daniel.

Veamos, por lo tanto, algunos aspectos importantes de su oración.

1. La oración de Daniel fue persistente

Como ya hemos señalado, en este momento Daniel llevaba como cautivo en Babilonia cerca de setenta años, pero él no había perdido la esperanza de que Dios interviniera a favor de su pueblo Israel para restaurarlo. Y viendo que el período de setenta años que Jeremías había anunciado para su consumación se estaba completando, Daniel intensificó sus oraciones: *“Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza”*.

Notemos que fueron las promesas de Dios que Daniel encontró en su Palabra las que estimularon su vida de oración. Recordemos la exhortación que el mismo Jeremías había hecho en cuanto al fin del período de setenta años de cautiverio: *“Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré” (Jer 29:12)*. Esta es la combinación perfecta: estudio de la Palabra de Dios y oración. Cuando oramos de acuerdo con la voluntad revelada de Dios es cuando recibiremos la respuesta esperada, de otro modo las probabilidades se reducen.

Por lo tanto, la primera cosa que notamos es que Daniel se entregó de manera firme a la oración, tal como exhortó más tarde el apóstol Pablo: *“Orad sin cesar” (1 Ts 5:17)*.

2. Oró humillando su corazón ante Dios

Nadie va a tener éxito en su vida de oración si primero no se humilla. Daniel manifestaba esto cuando oraba en *“ruego, en ayuno, cilicio y ceniza”*. Por supuesto, no hacía ninguna de estas cosas con el fin de impresionar a Dios, o en un vano intento de manipularle para conseguir lo que buscaba.

El ayunar o vestirse de cilicio y ceniza eran señales de duelo o arrepentimiento. Y en esta ocasión eran realmente muy apropiadas porque Daniel estaba pidiendo perdón a Dios por los pecados del pueblo a fin de que los restaurara.

Recordemos que cuando en Israel se celebraba el día de las expiaciones (única ocasión en el año en la que el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo para presentar una ofrenda por los pecados del pueblo), antes de eso el pueblo debía prepararse adecuadamente *“afligiendo sus almas” (Lv 16:29-31)*. Y notamos aquí que era en ese mismo espíritu en el que estaba Daniel cuando hacía su oración.

En cuanto al cilicio, se trataba de una tela dura y áspera que se usaba en momentos de duelo o luto. Y la ceniza indicaba aquello que había sido consumido por el fuego y que por lo tanto era inútil y sin valor alguno. En este caso servía para simbolizar una actitud de impotencia absoluta ante Dios.

Es importante que enfatizamos que Daniel hacía todo esto para exteriorizar el profundo dolor y humildad que sentía en su interior cuando oraba a Dios. Y decimos esto porque en muchas ocasiones la persona que ayuna o se humilla de algún modo, cree que con eso

está haciendo algún mérito para que Dios le otorgue lo que pide, pero esta es una equivocación.

Vemos que la oración de Daniel surgía de un corazón humillado que buscaba desesperadamente la bendición de Dios para su pueblo. Y en esta lucha espiritual dedicaba todos sus esfuerzos, olvidando otras cosas legítimas como podría ser la comida.

3. Oró confiando en el carácter de Dios y en su pacto

Notemos también que Daniel no comienza su oración presentando su lista de peticiones, sino exaltando a Dios: *“Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos...”*. Esto revela que su principal interés no estaba en sus propias necesidades, sino en la glorificación de Dios.

- En primer lugar reconoce que la grandeza de Dios produce en él un sentimiento de pavor y reverencia. Sabe que no puede acercarse a él de cualquier manera.
- Luego expresa la fidelidad de Dios, qué él observa en el hecho de que *“guarda el pacto”*. Daniel confía en que aunque el pueblo no había guardado el pacto, sin embargo, sabe que Dios seguiría siendo fiel a él si ellos se arrepentían.
- Y no se olvida tampoco de su *“misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos”*.

Como más adelante dirá, no está haciendo su petición porque confía en sus propios méritos, sino únicamente en el carácter misericordioso de Dios: *“porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias” (Dn 9:18)*.

4. Oró pidiendo perdón por los pecados de la nación

Con mucha frecuencia cada uno de nosotros intentamos justificar nuestros pecados culpando a otros. Daniel hace todo lo contrario. Si bien él no había tenido ninguna parte en los pecados que llevaron a Israel a ser castigado por Dios con el cautiverio en Babilonia, aun así, Daniel se incluye a sí mismo entre los culpables y pide perdón.

Al hacer esta confesión estaba reconociendo que Dios había sido justo al castigar a su pueblo al cautiverio. Esto era lo que Moisés había anunciado que Dios haría si el pueblo era desobediente al pacto que habían establecido **(Dt 28:45-57,64)**.

Por otro lado, Daniel sabía también que la única forma en la que Dios levantaría su disciplina sobre ellos a fin de que volvieran a disfrutar de sus bendiciones, sería por medio del arrepentimiento **(Dt 30:1-5)**. Por esa razón Daniel reconoce con vergüenza los pecados del pueblo: *“Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos”*.

En la coyuntura en la que se encontraba, Daniel percibía que los setenta años en los que había sido fijado el castigo estaban próximos a terminar, pero el pueblo no se había arrepentido todavía. Esa situación era muy peligrosa, porque si regresaban a la tierra prometida sin haberse arrepentido de corazón, sería cuestión de tiempo que nuevamente fueran juzgados, y en esa ocasión, el castigo sería mucho más severo. Es una equivocación pensar que el tiempo lo cura todo, tal como dice el refrán popular. La única forma de evitar la maldición de Dios es el arrepentimiento genuino.

Notemos también que Daniel fue muy específico en su confesión: *“hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”*. Llamaba a cada cosa por su

nombre, mostrando toda su gravedad. Su actitud no tenía nada que ver con la de aquellos que intentan camuflar el pecado con frases bonitas (“fue una mentira piadosa”), o que se justifican en la ignorancia, en las condiciones sociales o en la herencia genética. No, Daniel no hizo nada de eso. Por el contrario, una y otra vez admite su culpabilidad sin excusas.

Otro detalle interesante es la clara definición que Daniel hace de lo que es un pecado: *“Nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”; “Contra él nos hemos rebelado, y no obedecemos a la voz de Jehová nuestro Dios, para andar en sus leyes que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas” (Dn 9:9-10).*

Además, Daniel reconoce que ellos no habían pecado por ignorancia, sino que se rebelaron contra los mandamientos de Dios que conocían muy bien: *“No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra” (Dn 9:6).* Todo el pueblo sin excepción eran culpables ante Dios porque conocían bien los mandamientos de Dios. Y además, tampoco quisieron hacer caso a los profetas de Dios que les exhortaban a volverse a él (Dn 9:10). No había ningún atenuante para su pecado. Dios les había advertido innumerables veces y les había dado tiempo para que se arrepintieran, pero esto sólo había servido para que ellos se endurecieran y se volvieran más rebeldes contra Dios.

Por todo esto, cuando finalmente llegó el juicio, no había duda de que Dios actuó con justicia: *“Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti” (Dn 9:7).* Esta misma idea la vuelve a repetir en el versículo 14. Ellos fueron sacados de la tierra prometida y esparcidos entre las naciones debido a su pecado y el justo juicio de Dios.

Antes de que todo eso ocurriera, los profetas de Dios hablaron al pueblo una y otra vez exhortándoles a arrepentirse, pero ellos no les creyeron. Pensaron que Dios nunca enviaría su juicio sobre ellos, pero olvidaron que Dios cumple todo lo que dice, como finalmente Daniel reconoció en nombre del pueblo: *“Dios ha cumplido la palabra que habló contra nosotros y contra nuestros jefes que nos gobernaron, trayendo sobre nosotros tan grande mal; pues nunca fue hecho debajo del cielo nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén” (Dn 9:12).*

Pero a pesar de la severidad del castigo, el pueblo seguía sin convertirse de sus maldades y someterse a Dios: *“Conforme está escrito en la ley de Moisés, todo este mal vino sobre nosotros; y no hemos implorado el favor de Jehová nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender tu verdad” (Dn 9:13).*

El tiempo se acababa y Daniel tomó la iniciativa de orar no sólo a favor del pueblo, sino en su nombre.

La petición de Daniel

(Dn 9:15-19) “Ahora pues, Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renombre cual lo tienes hoy; hemos pecado, hemos hecho impiamente. Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro. Ahora pues, Dios nuestro, oye la

oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor. Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo.”

Daniel se dispone ahora a hacer una petición específica a Dios. Su ruego concreto es que aparte de Jerusalén su ira y levante su disciplina de sobre su pueblo para que sean restaurados.

No obstante, antes de hacer su petición comienza reconociendo una vez más la grandeza de Dios y el pecado del pueblo: *“Ahora pues, Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renombre cual lo tienes hoy; hemos pecado, hemos hecho impiamente” (Dn 9:15).*

La mención de la liberación de Israel de la tierra de Egipto es muy oportuna en este momento, porque en realidad, lo que Daniel va a pedir de Dios es que vuelva a realizar un hecho portentoso como el que ya había realizado anteriormente en Egipto. De este modo Daniel manifiesta su plena confianza en que Dios tiene el poder necesario para hacerlo.

Pero en este caso la cuestión no era tanto si Dios tenía el poder para hacer una cosa así, sino si Dios querría hacerlo después de la forma en la que la nación se había rebelado contra él.

Daniel ya había reconocido el pecado del pueblo y había hecho confesión de ellos, pero ¿por qué razón querría Dios restaurarlos a su tierra? Y es aquí donde empieza su argumentación.

I. Pide a Dios que los restaure para que su nombre sea engrandecido

Cuando Dios sacó a Israel de Egipto eso sirvió para manifestar la gloria de Dios, de tal manera que Daniel recuerda ahora: *“te hiciste renombre cual lo tienes hoy”*. De algún modo, es como si Daniel estuviera intentando convencer a Dios de que si sacaba a Israel de Babilonia esto tendría un efecto similar. De hecho, Dios ya había dicho que él haría algo similar (**Jer 16:14-15**).

Por supuesto, Daniel no estaba usando este argumento con el fin de manipular a Dios para que finalmente hiciera lo que él quería, sino porque estaba interesado de verdad en la gloria de Dios, y porque también sabía que esto sería finalmente lo que movería a Dios a hacer algo que por otra parte ellos no se merecían.

El mismo argumento ya había sido usado por Moisés cuando Dios se propuso destruirlos después de que se hicieron el becerro de oro. Fijémonos cómo la preocupación de Moisés estaba en que los egipcios pudieran hablar mal de Dios:

(Ex 32:11-12) “Entonces Moisés oró en presencia de Jehová su Dios, y dijo: Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo.”

Daniel vuelve a usar el mismo argumento otra vez: *“Abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre” (Dn 9:18)*. Para Daniel, el hecho de que Jerusalén estuviera desolada era una deshonra para su nombre. Al fin y al

cabo, Jerusalén era su ciudad e Israel su pueblo (**Dn 9:19**), y en aquel estado no reflejaban la gloria de su Dios.

2. Pide a Dios que los restaure para manifestar su justicia

No hay duda de que Daniel no confiaba en la justicia del pueblo, sino en la de Dios, por eso ora así: *“Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro” (Dn 9:16).*

3. Pide a Dios que los restaure por amor de su nombre

Una y otra vez quedaba claro que Daniel no veía ningún mérito en el pueblo que pudiera librarles del castigo, así que lo único que puede hacer es rogar a Dios para que actuara por amor de su propio nombre: *“Haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor al Señor” (Dn 9:17); “porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias” (Dn 9:19).*

Aquí podemos ver en germen la justificación por la gracia, que tan claramente encontramos expuesta en el Nuevo Testamento.

Profecía de las setenta semanas (Daniel 9:20-27)

Introducción

En los versículos anteriores Daniel había estado orado por su pueblo. Él sabía que los setenta años que Jeremías había anunciado que duraría el cautiverio de Judá en Babilonia estaban a punto de terminar (**Dn 9:1-2**) (**Jer 25:11**), y por esa razón hizo una confesión de los pecados del pueblo implorando el perdón de Dios y la restauración de su vida nacional y de la ciudad de Jerusalén.

Recordemos también que las dos visiones anteriores que Daniel había descrito en los capítulos 7 y 8 tenían que ver con eventos futuros relacionados con las naciones gentiles, pero a él lo que le preocupaba especialmente era cuál sería el programa que Dios tenía para Israel después de los setenta años que habían de durar las “desolaciones”. En respuesta a su oración Dios le reveló la profecía tocante a las setenta semanas (**Dn 9:20-27**).

La respuesta de Dios a la oración de Daniel

(Dn 9:20-23) “Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión.”

La respuesta a la oración de Daniel no se hizo esperar: “Aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde”. Dios envió al ángel Gabriel (que aquí se presenta bajo el aspecto de un “varón”) para decirle que su oración había sido escuchada, y para explicarle el plan de Dios para el futuro de Jerusalén, el santuario y el pueblo de Israel.

Es interesante que Gabriel llegó a donde estaba Daniel “a la hora del sacrificio de la tarde”, porque realmente durante su cautiverio en Babilonia los judíos no podían ofrecer sacrificios, ya que estaban lejos de Jerusalén, y además, el templo había sido destruido. Aun así, los judíos piadosos usaban esas ocasiones para orar a su Dios pidiendo la restauración de todo eso.

Daniel iba a recibir “sabiduría y entendimiento”, porque tal como le dijo Gabriel, “tú eres muy amado”. Con esto se enfatiza una vez más que aun el creyente necesita la iluminación de Dios para entender los planes de Dios.

La profecía de las setenta semanas

(Dn 9:24-26) *“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.”*

I. Bendiciones que Israel disfrutará al terminar las setenta semanas

En primer lugar debemos notar que Gabriel le explica a Daniel que una serie de seis bendiciones vendrían sobre Israel después de un período de “*setenta semanas*”. Y antes de que nos detengamos a considerar la duración precisa de ese período, es importante que veamos la descripción de estas bendiciones.

Notamos que las tres primeras tienen que ver con el fin del pecado: “*para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad*”. Y aunque los judíos de los tiempos de Jesús no prestaron ninguna atención a la necesidad que tenían de ser perdonados de sus pecados, sin embargo, ese fue el principal propósito de la primera venida de Cristo.

Las tres últimas bendiciones se relacionan con el establecimiento del reino de Cristo en esta tierra: “*para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos*”. Israel sólo podrá disfrutar de la “*justicia permanente*” cuando el Mesías establezca su reino en la tierra (**Jer 23:5-6**), aunque es evidente que primero ellos mismos tendrán que ser justificados de sus pecados por medio de la fe en el sacrificio de Cristo (**Ro 5:1**). Sólo entonces todo aquello que había sido profetizado se cumplirá plenamente, por lo tanto, será el tiempo para “*sellar la visión y la profecía*”. Y será entonces también cuando el Mesías de Dios será coronado en este mundo para ser Rey de reyes y Señor de señores; será el tiempo para “*ungir al Santo de los santos*”.

Es interesante apreciar que estas seis bendiciones se corresponden perfectamente con la oración que Daniel había elevado ante Dios rogando por el perdón de los pecados de Israel y su restauración.

Podríamos decir también que el primer grupo de tres bendiciones tenían que ver con la primera venida de Cristo en la que consiguió la provisión para el perdón de todos los pecados, y el segundo grupo con su segunda venida, cuando establecerá su reino visible en esta tierra. Pero desgraciadamente Israel sigue en un estado de incredulidad y el pleno cumplimiento de estas profecías, tal como le fue explicado a Daniel, no tendrá lugar hasta la segunda venida de Cristo:

(Ro 11:25-27) *“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.”*

2. La duración de las “setenta semanas”

Para poder dar un sentido correcto a esta profecía debemos determinar previamente cuál es el significado preciso con el que se utiliza el término “semanas” en esta ocasión: *“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad”*.

En primer lugar surge la cuestión de si hemos de interpretar este período de forma literal o simbólica. Y en respuesta a esto, parece evidente que salvo que las setenta semanas hagan referencia a un período de tiempo específico, de otro modo la profecía no tendría ningún significado y nos dejaría en la misma situación que si no nos hubiera sido dada.

La segunda cuestión a considerar tiene que ver con la duración del término “semana”. Normalmente nosotros diríamos que se refiere a un período de siete días, con lo que “setenta semanas” sería equivalente a 490 días. Sin embargo, debemos tener en cuenta que en la Biblia una semana no siempre se refiere a un período de siete días. Por ejemplo, cada siete años había un año sabático, y “siete semanas de años” conducían al año del jubileo (**Lv 25:1-12**). Los judíos estaban familiarizados con este concepto, y para ellos era tan normal una semana de siete días como de siete años. Al fin y al cabo, la palabra hebrea para designar una semana significa “siete” o “hecho de siete”. Y por otro lado, también era frecuente que Dios asociara días con años. Por ejemplo, los israelitas fueron condenados a vagar durante cuarenta años por el desierto conforme a los cuarenta días que los espías emplearon para reconocer la tierra prometida (**Nm 14:34**), y también al profeta Ezequiel se le mandó acostarse de una forma concreta durante determinados días que simbolizaban años concretos (**Ez 4:4-6**).

Por lo tanto, creemos que aquí se refiere a setenta semanas de años, lo que nos da un total de 490 años.

3. ¿Cuándo comienzan las setenta semanas?

Uno de los aspectos cruciales para entender correctamente la profecía de las setenta semanas consiste en determinar cuándo iba a comenzar ese período. Notemos lo que Gabriel le dijo a Daniel: *“Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas...”* (**Dn 9:25**). Según esto, debemos comenzar a contar las setenta semanas a partir de *“la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén”*. Ahora bien, ¿cuándo tuvo lugar esto?

En primer lugar, es importante señalar que Jerusalén fue restaurada tal como apuntaba esta profecía. Esto se produjo como consecuencia de un decreto de Artajerjes (**Neh 2:1-8**). Tenemos también la fecha exacta: *“Sucedió en el mes de Nisán, en el año veinte del rey Artajerjes”*.

Es importante no confundir este decreto de Artajerjes con uno anterior de Ciro en el que permitió, y hasta promovió, la reedificación del templo en Jerusalén (**Esd 1:1-4**) (**Esd 6:3-5**). Notemos que el decreto de Ciro no dice nada acerca de la restauración de la ciudad.

Por otro lado, vemos en el relato de Nehemías que la restauración de la ciudad de Jerusalén se llevó a cabo en *“tiempos angustiosos”*, tal como le había sido anunciado a Daniel.

Para calcular la fecha del edicto de Artajerjes, los expertos nos dicen que el año de la coronación de Artajerjes es uno de los datos más precisos de la antigüedad, habiendo sido fijado en el año 465 a.C. Por lo tanto, si el edicto fue firmado *“en el mes de Nisán, en el año veinte del rey Artajerjes”* (**Neh 2:1**), esto nos lleva a establecer el año 445 a.C.

(exactamente en el mes de marzo) como la fecha desde la que debemos comenzar a contar las setenta semanas.

4. El fin de las primeras 69 semanas

Las setenta semanas son divididas en dos bloques principales; uno de sesenta y nueve semanas y otro de una semana. A su vez, la primera parte es dividida también en dos partes: *“Habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas” (Dn 9:25)*. Lo cierto es que no podemos ofrecer una explicación razonable para esta última división.

En cuanto al primer período de 69 semanas de años, equivaldría a 483 años, y se nos dice que duraría *“hasta el Mesías Príncipe”*, cuando *“se quitará la vida al Mesías, mas no por sí”*.

Ahora tenemos que determinar la fecha exacta en la que Cristo murió, para lo que el Nuevo Testamento nos ofrece algunos datos que nos son de gran ayuda:

- Sabemos que el Señor comenzó su ministerio público *“en el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás” (Lc 3:1-2)*. Con todos estos datos los historiadores no tienen grandes problemas para fijar esta fecha en el año 29 d.C.
- Si tenemos en cuenta que el ministerio del Señor duró tres años y que terminó en la pascua judía, podemos concluir que esa fecha sería el año 32 de nuestra era, concretamente en el mes de abril.

Pero ahora nos encontramos con un problema, porque desde el año 445 a.C. cuando Artajerjes firmó el decreto, hasta el año 32 d.C. cuando murió Cristo, pasaron 477 años y no 483 (sesenta y nueve semanas de años) como sería de esperar.

Pero aquí debemos tener en cuenta un detalle importante: los años bíblicos o proféticos no eran de 365 días como los nuestros, sino de 360. Comprobar esto es fácil. Por ejemplo, en el libro de Apocalipsis las expresiones 42 meses y 1260 días se usan como equivalentes (**Ap 11:2-3**) (**Ap 12:6**) (**Ap 13:5**), lo que nos da a entender que los meses eran de 30 días exactos, y los años serían de 360 días. Por lo tanto, si multiplicamos 477 años por 365 nos da un total de 174.105 días, y si este resultado lo dividimos por 360 días tendremos 483 años, que son exactamente los que Daniel había profetizado. Y los pocos días de diferencia que se observan son los que hay desde el mes de nisán (marzo), cuando se promulgó el decreto de Artajerjes, y los primeros días de abril cuando Jesús murió en la pascua del año 32 d.C. Así pues, la exactitud de la Palabra es asombrosa una vez más. Para una explicación más detallada recomendamos el libro de Sir Robert Anderson titulado *“El Príncipe que ha de venir”*.

En este punto hemos de prestar atención a otro detalle muy importante. Aquí tenemos un claro anuncio de la muerte del Mesías: *“se quitará la vida al Mesías, mas no por sí”*. Otra traducción dice: *“será muerto y no tendrá nada”*. Esto serviría para enfatizar el total abandono que sufrió Cristo en la cruz; rechazado por los hombres, tratado como un criminal, y aun abandonado por el Padre.

Los expertos en hebreo nos dicen también que el verbo traducido por *“quitar”* no sólo implica una acción brutal y definitiva, sino que también evoca el pacto sellado por la muerte de un animal en el sistema levítico. De este modo la profecía identificaría el sacrificio del Mesías con el nuevo pacto divino que sería sellado con su sangre y que conseguiría el perdón de los pecados y la justificación, tal como había sido anunciado antes: *“para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad”*.

Acontecimientos entre la semana 69 y 70

(Dn 9:26) *“Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.”*

Entre la semana sesenta y nueve y la setenta parece que hay un paréntesis en el que tienen lugar ciertos acontecimientos importantes para Israel.

En primer lugar se nos habla de un *“pueblo”* del que vendrá un *“príncipe”*. Para identificar de quién se trata es importante que veamos qué es lo que va hacer: *“destruirá la ciudad y el santuario”*. Podría referirse a la descripción del juicio que vendría sobre la generación que rechazó al Mesías.

Históricamente, el pueblo que asoló la ciudad de Jerusalén y destruyó el templo sabemos que fue el Imperio Romano en el año 70 d.C. Por lo tanto, el príncipe relacionado con él debe ser un príncipe de este imperio. Fácilmente este personaje podría ser el cuerno pequeño de la cuarta bestia que vimos en **(Dn 7:19-21)**, a quien le es permitido vencer al pueblo de Dios.

Por lo tanto, lo que Gabriel le dijo a Daniel es que si bien su ciudad sería restaurada, como de hecho así ocurrió, volvería a ser destruida después de que el Mesías fuera asesinado, algo que también se cumplió con total exactitud.

En cuanto a la destrucción de la ciudad y el santuario se nos dice que *“su fin será con inundación”*. Esto se correspondería perfectamente con la magnitud de la destrucción que sufrió Jerusalén cuando el general Tito la arrasó en el año 70 d.C., cumpliendo con total exactitud lo que el Señor Jesucristo había descrito en su sermón profético: que Jerusalén sería destruida por gentiles **(Lc 21:24)**, que el templo quedaría desierto **(Mt 23:38)**, y que su destrucción sería tan terrible, que no sería dejada piedra sobre piedra **(Mt 24:2)**.

Luego añade: *“Y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones”*. Esto puede referirse al hecho de que Jerusalén continuará bajo un estado de guerra hasta el fin. Este período se conoce como *“los tiempos de los gentiles”*:

(Lc 21:24) *“Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.”*

Según lo que hemos visto hasta aquí, la destrucción de Jerusalén y su templo no tendría lugar inmediatamente después de la muerte del Mesías, sino que aún pasarían más de treinta años. Por lo tanto, la conclusión lógica es que desde la semana sesenta y nueve hasta la setenta, habría un espacio de tiempo en el que tendrían que ocurrir estas cosas, y que el Señor describió como *“los tiempos de los gentiles”*. Durante este período de dominio gentil, Israel seguirá sufriendo y el contador de las setenta semanas quedará parado.

Ahora bien, tal como explica el apóstol Pablo, su actitud de incredulidad en el presente ha abierto un paréntesis que ha servido para que puedan entrar los gentiles, que en este contexto hace referencia a la iglesia, formada principalmente de gentiles. Pero una vez *“que haya entrado la plenitud de los gentiles”*, *“luego todo Israel será salvo”* **(Ro 11:25-26)**. Y esto tendrá lugar durante el último período de siete años que se corresponde con la semana setenta de Daniel.

La semana 70

(Dn 9:27) *“Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.”*

Cuando se termine el tiempo de los gentiles se cumplirá la última semana. Ahora bien, esta última semana queda dividida en dos partes, tal como acabamos de leer: *“a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”*. Veamos qué es lo que tiene que ocurrir en cada una de estas partes.

1. Los tres años y medio primeros

El texto nos dice que al comenzar esta última semana el príncipe que ha de venir *“confirmará el pacto con muchos”*. Otras traducciones sugieren la idea de que *“forzará o impondrá el pacto con muchos”*. En todo caso, ya sea por medio de la diplomacia o la fuerza, el hecho es que Israel volverá a vivir seguro y en paz en su tierra, y podrán volver a reedificar su templo en Jerusalén. Notemos que al comenzar la segunda parte de esta semana, el príncipe que ha de venir hará cesar el sacrificio y la ofrenda, lo que implica que el templo judío volverá a estar en funcionamiento.

Hoy día parece imposible pensar que esto pueda llegar a ocurrir. Recordemos que el lugar donde en otro tiempo estuvo el templo judío, hoy está la Cúpula de la Roca, el tercer lugar más sagrado para el Islam. Mahoma afirmaba haber ascendido al cielo desde allí. Ahora bien, pensar que los judíos puedan quitar este lugar sagrado a los musulmanes resulta impensable. Recordemos que en la actualidad hay unos 1.500 millones de personas que profesan la religión musulmana en el mundo, frente a los 14 millones de judíos repartidos por todo el mundo.

En esas circunstancias es difícil saber cómo ese *“príncipe que ha de venir”* conseguirá convencer a los musulmanes para que cedan el lugar que actualmente ocupa la Cúpula de la Roca para que sus odiados vecinos judíos construyan allí su templo. En todo caso, parece que confirmará este *“pacto con muchos”*, lo que parece apuntar a que tratará no sólo con judíos y musulmanes, sino también con otras muchas naciones.

2. Los tres años y medio últimos

Al comenzar la segunda parte de la última semana, este príncipe que ha de venir no se conformará sólo con disfrutar de la fama que le proporcionarán sus grandes logros políticos, sino que asumirá también el poder religioso. Para ello hará cesar los sacrificios en el templo: *“A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”*. Y también obligará al mundo a que le adore a él como si fuera Dios. Esto fue anunciado por el apóstol Pablo:

(2 Ts 2:4) *“el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.”*

Esto ocurrirá *“a la mitad de la semana”*, es decir, a los tres años y medio. Recordemos que el libro de Apocalipsis se refiere a estos dos períodos como 42 meses o 1260 días **(Ap 11:2)** **(Ap 13:5)**, y también Daniel los describe como *“tiempo y tiempos, y medio tiempo”* **(Dn 7:25)**.

A la mitad de la última semana, este príncipe que ha de venir manifestará su auténtico carácter e intenciones. Ya no será el hábil político que conseguía acuerdos increíbles,

sino que usará su poder para establecer por la fuerza el culto a su propia persona. En Apocalipsis se nos dice que un falso profeta levantará una imagen para honrar a ese gobernante y que todo el mundo será obligado a adorarla bajo pena de muerte (**Ap 13:13-17**). También durante ese período, este príncipe desencadenará una persecución universal contra el pueblo judío.

Fijémonos en lo que dice a continuación: *“Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador”*. Puesto que la palabra traducida aquí como *“muchedumbre”* significa literalmente *“alas”*, este texto puede ser leído también de la siguiente manera: *“Después con las alas de las abominaciones vendrá el desolador (o la desolación)”*. La idea en todo caso es que será un tiempo de abandono de la ley de Dios, lo que permitirá que este siniestro personaje pueda hacer su aparición sin oposición. Pero notemos que su propósito final será el de desolar a este mundo.

Todo esto durará *“hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador”*. Esto se corresponde con lo que Gabriel le había anunciado a Daniel que ocurriría al final de las setenta semanas: *“terminar la prevaricación y poner fin al pecado”* (**Dn 9:24**).

Esto ocurrirá en la segunda venida del Hijo de Dios cuando mate al hombre de pecado con el espíritu de su boca y lo destruya con el resplandor de su venida (**2 Ts 2:8**), poniendo así fin a su rebelión e iniquidad y trayendo la justicia perdurable sobre la tierra.

Reflexiones finales

En un sentido práctico, este conocimiento debe ayudarnos a comprender la importancia de los eventos que tienen lugar en nuestro mundo, a medida que nos vamos acercando rápidamente hacia el desenlace de esta era. Debe dar, además, un sentido de urgencia a nuestros esfuerzos por completar la tarea inconclusa de alcanzar a los perdidos con el evangelio de Jesucristo.

Visión de Daniel junto al río (Daniel 10)

Introducción

En el capítulo anterior Dios le mostró a Daniel un resumen general de su plan para la plena restauración de Israel. Ahora los capítulos 10 al 12 contienen la visión final que el profeta recibió y en la que encontramos detalles específicos del plan de Dios en relación con su pueblo Israel. En esta ocasión su predicción abarca el período que transcurre entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, con referencia especial a los imperios medo persa y griego. Pero finalmente, Daniel recibe también información sobre los sucesos relacionados con el tiempo de la tribulación escatológica que Israel experimentará cuando el anticristo aparezca en la escena.

En los primeros seis capítulos del libro ya vimos diversos ejemplos históricos que sirvieron para demostrar que Dios controla los sucesos políticos de todas las naciones. En el resto de los capítulos él sigue anunciando los eventos que han de suceder en el futuro. Todo cuanto ocurre es conocido de antemano por Dios, y él tiene la última palabra. Esto ofrecía un fuerte consuelo y motivación al pueblo de Dios que en aquellos días atravesaba por momentos difíciles.

Todos los cristianos necesitamos recordar estas grandes verdades porque nos encontramos dentro de una intensa lucha espiritual, aunque no siempre somos conscientes de ello.

El capítulo 10 contiene el relato de la forma en la que Dios preparó al profeta para recibir una nueva visión que le descubriría la verdadera naturaleza espiritual del conflicto en la que se encontraba el pueblo de Dios. Y Daniel necesitaba de esta preparación porque la profecía asustaría a cualquier persona.

Ocasión de la visión y la respuesta de Daniel

(Dn 10:1-3) “En el año tercero de Ciro rey de Persia fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar; y la palabra era verdadera, y el conflicto grande; pero él comprendió la palabra, y tuvo inteligencia en la visión. En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entré en mi boca carne ni vino, ni me ungué con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas.”

Como en ocasiones anteriores, Daniel fija históricamente el tiempo de su visión: *“En el año tercero de Ciro rey de Persia fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar”*. Esto nos sitúa en el año 536 a.C. Dos años antes Ciro había decretado que los judíos que lo desearan podían volver a Jerusalén, y más de cuarenta y dos mil emprendieron el camino de regreso (**Esd 2:64**). En este momento los exiliados ya habían comenzado la reconstrucción del templo. Quizá Daniel, por su avanzada edad (tendría más de ochenta años), no regresó junto a los otros exiliados, aunque también pudo ser que sus deberes en el gobierno se lo impidieran.

El capítulo comienza con la descripción del conflicto que la nueva revelación produjo en Daniel: *“La palabra era verdadera, y el conflicto grande”*. Tal como ya le había ocurrido anteriormente, los sucesos anunciados le afligieron y le dejaron preocupado. Según veremos, este *“conflicto grande”* puede referirse al hecho de que el mismo Satanás se

opuso a que el profeta recibiese la comunicación divina, o también a los graves acontecimientos por los que el pueblo de Israel tendría que pasar y que la profecía anunciaba.

En cuanto al contenido de la profecía se nos dice que Daniel *“comprendió la palabra, y tuvo inteligencia en la visión”*. Aun así, como luego veremos, todavía necesitaba a un intérprete angelical para que le aclarara algunos detalles.

Al entender las graves dificultades por las que su pueblo habría de pasar, Daniel estuvo *“afligido por espacio de tres semanas”*. Fue un tiempo que él dedicó a la oración y el ayuno: *“No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungué con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas”*. Suponemos que fue un tiempo de intensa oración a favor de su pueblo y también pidiendo entender plenamente la palabra recibida.

Un mensajero celestial se presenta a Daniel

(Dn 10:4-12) “Y el día veinticuatro del mes primero estaba yo a la orilla del gran río Hidekel. Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos de oro de Ufaz. Su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud. Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno. Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra. Y he aquí una mano me tocó, e hizo que me pusiese sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos. Y me dijo: Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora. Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando.”

Las tres semanas en las que Daniel se entregó enteramente a la oración y el ayuno concluyeron *“el día veinticuatro del mes primero”*. Recordemos que el mes primero era cuando los israelitas tenían la obligación de celebrar la pascua y los siete días de la fiesta de los panes sin levadura (**Lv 23:5-6**). Y puesto que Daniel ha dicho: *“No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino”*, debemos entender que en esta ocasión él no celebró la pascua. ¿Por qué no comió el cordero pascual? Todo parece indicar que el profeta había quedado muy afectado por la revelación recibida.

En cuanto a la localización exacta, el texto nos dice que estaba *“a la orilla del gran río Hidekel”*, es decir, el río Tigris, a unos 55 kilómetros de Babilonia. No se nos dice cuál fue la razón para su estancia en ese lugar, tal vez se encontraba allí por algún asunto relacionado con el gobierno.

Fue en ese contexto cuando Dios contestó a las oraciones de Daniel enviándole un mensajero celestial: *“Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos de oro de Ufaz. Su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud”*.

Toda la descripción que se hace de este *“varón”* es superlativa, intentando reflejar los rasgos extraordinarios de este personaje celestial.

- Estaba *“vestido de lino fino”*, lo que simboliza su pureza (**Ap 15:6**) (**Ap 19:14**).

- Tenía *“ceñidos sus lomos con oro de Ufaz”*. Ufaz era un conocido como un lugar productor de buen oro (**Jer 10:9**). Y el hecho de que este varón llevara un cinturón de este oro indica su alta dignidad.
- *“Su cuerpo era como de berilio”*. El berilio era una piedra preciosa, lo que daba un bello aspecto a este varón.
- *“Su rostro parecía un relámpago”*. La idea puede ser que era muy brillante.
- *“Sus ojos como antorcha de fuego”*, que sobresalían en el resplandor de su rostro.
- *“Sus brazos y pies como de color bronce bruñido”*. Una vez más se enfatiza el brillo y resplandor de este ser angelical.
- *“Y el sonido de sus palabras como estruendo de una multitud”*. A su aspecto físico hay que añadir su potente y autoritaria voz.

En cuanto a la identificación de este personaje celestial se ha debatido mucho. Algunos lo asocian con la descripción de Cristo exaltado que encontramos en (**Ap 1:13-16**). Pero quizá sea más apropiado pensar que toda su descripción tiene la intención de mostrarnos su origen celestial; alguien muy próximo al trono de Dios. Esto debe ser así, porque si se tratara realmente del Hijo de Dios no habría explicación para que necesitara ser ayudado por el ángel Miguel cuando el príncipe de Persia se le opuso (**Dn 10:13**).

Su poder y gloria eran tan impresionantes que los hombres que estaban con Daniel, una vez que sintieron la presencia de este ser sobrenatural huyeron, dejando solo al profeta: *“Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión”*.

En cuanto a Daniel, la visión también le dejó sin fuerzas: *“y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno”*.

Parece que cuando comenzó a oír el sonido de sus palabras cayó en un profundo sueño sin llegar a recibir la revelación que venía a entregarle: *“Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra”*.

Fue entonces cuando el ángel le despertó para que pudiera recibir la revelación: *“Y he aquí una mano me tocó, e hizo que me pusiese sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos”*. En todo caso, parece que Daniel quedó postrado de rodillas apoyado sobre sus manos.

Después el ángel le animó a ponerse en pie: *“Y me dijo: Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora. Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando”*.

Notemos la forma en la que el ángel se dirige a Daniel: *“varón muy amado”*. Es evidente que su vida de dedicación a Dios y la fidelidad con que le había servido le habían hecho merecedor de este título. Y a continuación se le pide que se incorpore para recibir una nueva revelación a la que debería estar muy atento.

La explicación del mensajero celestial

(Dn 10:12-14) *“Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino*

de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días.”

El ángel sigue animando a Daniel, y lo hace diciéndole que su presencia está relacionada con la contestación de Dios a sus oraciones: *“Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido”*.

Aquí vemos que Daniel había sido escuchado el primer día de su oración. Esto se debía a que como ya se le había dicho antes, el profeta era *“varón muy amado”* por Dios. Pero además, había dispuesto su corazón *“a entender y a humillarse”*. Esto indica el anhelo ferviente que Daniel tenía por conocer la voluntad de Dios y cumplirla. Cuando esto se cumple, no hay duda de que Dios se revelará a tal persona.

No obstante, Daniel podía preguntarse por qué el mensajero celestial se había demorado tanto en contestar a su oración. Recordemos que el profeta había estado *“aflicto por espacio de tres semanas” (Dn 10:2)*. Y aunque Daniel no manifestó esta inquietud, el ángel se dispuso a contestarle: *“Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia”*.

El mensajero divino había salido el primer día de las tres semanas para contestar sus ruegos, sin embargo tuvo que luchar durante veintiún días contra *“el príncipe del reino de Persia”*. Entendemos que este *“príncipe”* debe haber sido un adversario satánico, un ángel maligno que estaba asociado al reino de Persia. Tal vez podamos sacar de aquí la conclusión de que existe cierta organización en el mundo de los ángeles caídos orientada a intervenir en el mundo de los hombres, asignando a algunos de sus ángeles principales a los más importantes gobiernos de este mundo. Aunque debemos ser prudentes y no ir más allá de lo que el texto nos dice.

Satanás mismo y sus ejércitos se involucraron activamente en este conflicto a fin de intentar impedir los planes de Dios. Aquí tenemos una pequeña prueba de la guerra que se libra en las regiones celestiales entre los ángeles de Dios y los demonios.

Por lo tanto, habían sido las fuerzas de Satanás las que habían ocasionado el retraso en contestar la oración de Daniel. Lo cierto es que nunca pensamos que esta pueda ser la causa del retraso en ser contestadas nuestras oraciones. Y por otro lado, esto nos lleva también a pensar que aunque la oración de Daniel podría parecer insignificante, tuvo repercusiones cósmicas. En realidad, la oración siempre consiste en implicarse en una batalla espiritual. Este pasaje nos revela que existe un mundo de maldad que permanece invisible para nosotros pero que está en permanente conflicto a fin de que la voluntad de Dios no se lleve a cabo en el mundo de los hombres. Este conflicto entre las fuerzas satánicas y las celestiales es descrita también por el apóstol Pablo:

(Ef 6:12) “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.”

Parece que este ángel tuvo dificultades con el ángel satánico del príncipe del reino de Persia y tuvo que ser ayudado por *“Miguel, uno de los principales príncipes”*. Su nombre significa *“quién como Jehová”*, y es llamado *“arcángel”* en **(Jud 1:9)**. También lo encontramos conduciendo un ejército angelical contra el dragón y sus ángeles en **(Ap 12:7-9)**. Ahora vuelve a aparecer aquí para despejar el camino a fin de que el mensajero celestial pudiera llegar hasta Daniel y le diera la información relativa a los reinos de Persia

y Grecia que encontramos en el capítulo siguiente. Evidentemente Satanás no quería que esta información llegara a Daniel y a los hombres.

En este punto no deja de sorprendernos que Satanás tenga tanto interés en que la Biblia no llegara a los hombres y que los hombres tengan tan poco interés en conocerla. No obstante, los esfuerzos de Satanás en esta dirección no han cesado y él sigue trabajando activamente para desacreditar el mensaje bíblico o para que los hombres no se acerquen a él.

Debemos notar que aunque el “*príncipe de Persia*” logró estorbar por “*tres semanas*” la entrega del mensaje, finalmente no pudieron impedirlo. Esto nos muestra que aunque Satanás y sus seguidores tienen poder, se trata de un poder limitado.

También nos llama la atención el hecho de que aunque Dios podría haber intervenido para zanjar el asunto inmediatamente, sin embargo no lo hizo. El asunto parece que se resolvió entre los mismos ángeles. Es curioso ver cómo el conflicto en el reino de los hombres repercute de alguna manera en el conflicto entre los seres angelicales.

En todo caso, puesto que la información proporcionada aquí es muy escasa, debemos evitar ir más allá de lo que se nos dice. Y decimos esto porque más tarde en el judaísmo empezaron a clasificar a los ángeles en jerarquías y a asignarles papeles especiales. De este modo, llegaron a pensar que era más conveniente acudir a ellos en lugar de hacerlo directamente a Dios. Siglos más tarde esta idea pasó al gnosticismo y también al cristianismo, donde se introdujo la figura de otros mediadores entre Dios y los hombres.

En cuanto al contenido del mensaje que Daniel iba a recibir, el ángel dice lo siguiente: “*He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días*”.

En primer lugar notamos que la profecía que será ampliamente expuesta en los capítulos siguientes tiene que ver con “*tu pueblo*”, es decir, con Israel. Y tiene que ver con un período que se describe aquí como “*los postreros días*”. Este término es usado de varias formas en la Biblia para referirse al futuro, frecuentemente entendido desde la perspectiva del mismo profeta (**Gn 49:1**) (**Nm 24:14**) (**Dt 4:30**) (**Dt 31:29**) (**Jer 30:24**) (**Is 2:2**) (**Ez 38:8**) (**Os 3:5**) (**Ez 38:16**) (**Jer 48:47**) (**Jer 49:39**). Cuando estudiemos la profecía en los siguientes capítulos, veremos que este tiempo futuro se extiende tanto a la época de Antíoco Epífanes como a los tiempos finales cuando el anticristo perseguirá a la nación de Israel antes de ser librada por la venida de Cristo.

El profeta recibe fortaleza

(Dn 10:15-11:1) “*Mientras me decía estas palabras, estaba yo con los ojos puestos en tierra, y enmudecido. Pero he aquí, uno con semejanza de hijo de hombre tocó mis labios. Entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores, y no me queda fuerza. ¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltó la fuerza, y no me quedó aliento. Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció, y me dijo: Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y alientate. Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido. El me dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá. Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe. Y yo mismo, en el año primero de Darío el medo, estuve para animarlo y fortalecerlo.*”

Cuando Daniel supo algunos de los detalles de este conflicto entre los ángeles, y que ésta había sido la razón por la que se había retrasado la respuesta a su oración, él quedó fuertemente impresionado y sin palabras: *“Mientras me decía estas palabras, estaba yo con los ojos puestos en tierra, y enmudecido”*. Una vez más la grandeza de estas revelaciones hicieron sentir al profeta su indignidad y debilidad.

Fue entonces necesario que Daniel fuera fortalecido de manera sobrenatural para poder seguir aprendiendo lo que Dios le quería transmitir: *“Pero he aquí, uno con semejanza de hijo de hombre tocó mis labios”*. En cuanto a la identidad concreta de este personaje *“con semejanza de hijo de hombre”*, no es fácil de determinar, pudiéndose referir tanto a un ángel como al mismo Hijo de Dios. En todo caso, tanto la magnitud de la profecía recibida como la presencia de este ser especial, hicieron sentirse a Daniel totalmente indigno de seguir hablando con él sobre estos temas.

Pero este ser *“tocó sus labios”*, lo que es un gesto simbólico que servía para fortalecerle y hacerle sentir libre de su indignidad. En este sentido, es muy interesante ver también el caso de Isaías cuando fue llamado al ministerio profético (**Is 6:7**).

Después de esto el profeta recobró de nuevo las fuerzas y pudo seguir hablando: *“Entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores, y no me queda fuerza”*.

Lo primero que expresó es cómo estas revelaciones sobrenaturales le habían abrumado en extremo, al punto de quedar completamente debilitado: *“¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltó la fuerza, y no me quedó aliento”*.

Tal era el estado de asombro en el que Daniel se encontraba que fue necesario que nuevamente este personaje celestial volviera a animarle: *“Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció, y me dijo: Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérgate y aliéntate”*. A Daniel se le habían abierto las puertas de un ámbito espiritual que le habían dejado muy impresionado, de tal modo que necesitó palabras de aliento para vencer el fuerte sentido de indignidad que sentía.

Después de esto recobró el ánimo y pudo seguir recibiendo la revelación de Dios: *“Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido”*. Aunque no se nos dice con frecuencia, ésta debió de ser la misma experiencia que tuvieron muchos de los hombres que fueron usados por Dios para transmitirnos su Palabra. Aunque probablemente lo sea también para aquellos que la estudian y meditan en ella con seriedad.

Después de esto Daniel pudo comenzar a recibir los detalles del mensaje divino: *“El me dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá”*.

El ser espiritual que hablaba con Daniel debía volver nuevamente a la batalla; primero con el *“príncipe de Persia”* y luego con *“el príncipe de Grecia”*. Parece que no sólo los hombres estamos en un permanente conflicto con las fuerzas del mal. Según vemos, este conflicto involucra poderes mundiales, imperios, pero también seres espirituales. Vemos también que la voluntad de Dios es segura, pero no se establece sin oposición.

La referencia a Persia y Grecia son necesarias porque el pueblo de Dios iba a ser afectado por ambas naciones. La batalla continuaba. La sucesión de reinos en este mundo no serviría para que el pueblo de Dios estuviera libre de conflictos. No debemos esperar que estos cambios nos favorezcan, porque todo este mundo está bajo el control del Maligno.

En esta lucha espiritual los hombres no están solos. Aquí vemos que el mensajero celestial que hablaba con Daniel había sido ayudado por *“Miguel vuestro príncipe”*, y él mismo estuvo en el año primero de Darío el medo para animar y fortalecer a Miguel. Deducimos por lo tanto que hay reciprocidad y ayuda mutua entre los ángeles de Dios.

En todo caso, las maquinaciones de los hombres o de los ángeles, no causan sorpresa a Dios, quien es eterno y conoce el fin desde el principio. Por esa razón el mensajero celestial le dice a Daniel: *“Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad”*.

Preguntas

1. ¿Por qué Daniel estuvo ayunando?
2. ¿Qué nos dice la condición física de Daniel después de su encuentro con el mundo angelical?
3. ¿Cómo el conflicto angelical y la oposición afecta la voluntad de Dios?
4. ¿Qué nos enseña en cuanto a la guerra espiritual? ¿Cómo debe afectarnos?

Los reyes del norte y del sur (Daniel 11:1-20)

Introducción

En el capítulo 10 vimos cómo Daniel fue preparado para recibir la profecía que ahora encontramos aquí. Recordamos que un mensajero celestial vino para enseñarle la naturaleza espiritual de la guerra en la que participaban no sólo el pueblo de Dios sobre esta tierra, sino que el conflicto se extendía a áreas espirituales que normalmente están ocultas para los hombres.

Ahora vamos a ver que el personaje celestial que hablaba con Daniel le va a comunicar con todo detalle los eventos por los que Israel habría de pasar bajo los imperios medo-persa, griego, y especialmente con dos de los sucesores de este último: los ptolomeos de Egipto y los seleucidas de Siria y Babilonia. La profecía está fechada en el tercer año de Ciro rey de Persia (**Dn 10:1**), es decir, sobre el año 536 a.C.

La precisión profética es tal que muchos críticos se sienten en la necesidad de desacreditar el relato por el simple hecho de que no creen que Dios pueda intervenir directamente en la historia de los hombres revelando los eventos específicos que van a ocurrir. Por esta razón argumentan que esta parte del libro no fue escrito por Daniel, sino por un autor anónimo en fecha posterior a los hechos aquí anunciados.

En cuanto a la revelación recibida aquí, el profeta va a descubrir que el pueblo de Israel seguiría sufriendo, pero ya no por sus pecados, como había sucedido en el cautiverio babilónico, sino porque son el pueblo de Dios. No hay diferencia; todos los gobiernos de este mundo se oponen a Dios y a su pueblo de forma sistemática.

Historia de Israel bajo el gobierno de Persia

(Dn 11:2) *“Y ahora yo te mostraré la verdad. He aquí que aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos ellos; y al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia.”*

El mensajero celestial comienza asegurando la plena certeza del mensaje que iba a comunicar a Daniel: *“Y ahora yo te mostraré la verdad”*.

A continuación presenta un breve resumen del período de gobierno que todavía le quedaba al imperio medo-persa: *“He aquí que aún habrá tres reyes en Persia”*. Estos reyes serían:

- Cambises, hijo de Ciro (530-522 a.C.).
- Pseudo-Smerdis (522-521 a.C.).
- Darío I Histapes (521-486 a.C.). Fue durante su reinado que los profetas Hageo y Zacarías animaron al pueblo de Dios a reconstruir el templo de Jerusalén.

Después de estos tres reyes se levantaría uno que sería muy grande y retaría a Grecia y perdería ante ella: *“Y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos ellos; y al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia”*.

Este cuarto rey se refiere a Jerjes, hijo de Darío (486-465 a.C.). Este rey lo conocemos en la Biblia como Asuero, el gobernante que hizo reina a Ester. En la historia secular es conocido porque llegó a ser más poderoso y rico que todos los reyes que le habían precedido. Al hacerse grande decidió extender su reino y entró en guerra con Grecia. Logró reunir un enorme ejército y dirigió contra los griegos una masiva invasión, y aunque inicialmente obtuvo algunas victorias, finalmente los griegos lograron infligir serias derrotas al ejército invasor y Jerjes se vio obligado a retirarse. A raíz de esto su imperio nunca volvió a recuperarse. Desde entonces el imperio griego se convirtió en la primera potencia mundial.

El surgimiento de Alejandro de Grecia

(Dn 11:3-4) “Se levantará luego un rey valiente, el cual dominará con gran poder y hará su voluntad. Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; no a sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó; porque su reino será arrancado, y será para otros fuera de ellos.”

Aunque el imperio medo-persa entró en un período de declive y destrucción, todavía logró existir por más de cien años. Su fin definitivo llegó cuando Alejandro Magno venció a Persia y tomó su control en el año 331 a.C. Es a esto a lo que se refiere la profecía que recibió Daniel: *“Se levantará luego un rey valiente, el cual dominará con gran poder y hará su voluntad”*.

Las referencias a este personaje son numerosas en el libro de Daniel. Había sido profetizado como el vientre y los muslos de bronce en la imagen que vio Nabucodonosor (**Dn 2:32**); y el leopardo con cuatro alas de ave en sus espaldas y cuatro cabezas de la visión de Daniel (**Dn 7:6**); y el macho cabrío con un cuerno notable entre sus ojos (**Dn 8:5-8**).

De él se dice que *“dominará con gran poder y hará su voluntad”*. Y efectivamente, Alejandro Magno, en su deseo de extender la cultura griega por todo el mundo, llevó a cabo una impresionante sucesión de victorias militares con las que extendió el imperio griego por Asia Menor, Siria, Egipto y hasta la India.

Pero cuando estaba en el apogeo de sus victorias, Alejandro murió en Babilonia con apenas 32 años. En ese momento tenía dos hijos pequeños: Hércules con Barsine, la hija de Darío I, y Alejandro III con Roxana, hija del rey Escita. Y puesto que ninguno de ellos estaba en condiciones de gobernar su vasto imperio, éste se dividió en cuatro partes entre sus generales. Es a esto a lo que se refiere el texto de Daniel: *“Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; no a sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó; porque su reino será arrancado, y será para otros fuera de ellos”*.

La cuestión de dividir su reino no fue fácil. Los generales que habían servido a las órdenes de Alejandro comenzaron a luchar entre sí por el poder, y sólo después de muchos conflictos lograron dividir su vasto imperio. Por supuesto, como se le anunció a Daniel, éste ya no tendría el dominio que antes había tenido. Finalmente su imperio quedó dividido entre los cuatro principales generales de esta manera:

- Casandro, que gobernó sobre Macedonia y Grecia.
- Lisímaco, sobre Tracia y algunas partes de Asia Menor.
- Seleuco, sobre Siria y Babilonia.

- Tolomeo, sobre Egipto.

Conflicto entre los reyes del norte y del sur (Dn 11:5-20)

Ahora la profecía que Daniel estaba recibiendo se centra en dos de estos reyes que surgieron de la división del imperio de Alejandro Magno: los tolomeos de Egipto, que en este pasaje son conocidos como los “*reyes del sur*”, y los seléucidas de Siria y Babilonia que aquí son mencionados como los “*reyes del norte*”.

El pasaje describe los frecuentes conflictos que hubo entre ellos. Y esto tendría mucho interés para el pueblo de Dios, porque su territorio se encontraba en medio de ambos reinos, por lo que continuamente sería invadido por unos y otros a fin de asegurarse su lealtad.

Los eventos descritos a continuación se cumplieron tan literalmente que los críticos han llegado a negar que el libro pudiera haber sido escrito por Daniel en el siglo VI a.C., y sostienen que tuvo que escribirse mucho más tarde, durante el tiempo de los macabeos (168 a 134 a.C.), cuando los hechos ya habían ocurrido. Pero Dios conoce el fin desde el principio, y quiso revelar a Daniel los detalles de la historia por venir.

Veamos en detalle el conflicto entre los reyes del norte y del sur que se desarrolló durante varias generaciones.

(Dn 11:5) *“Y se hará fuerte el rey del sur; mas uno de sus príncipes será más fuerte que él, y se hará poderoso; su dominio será grande.”*

Al principio, Tolomeo, rey del sur, mantenía una buena relación con Seleuco, rey del norte. En ese tiempo el reino del sur era más fuerte que el del norte, y debido al aprecio y respeto que había entre ellos, Tolomeo no dudó en intervenir para ayudar a Seleuco cuando fue atacado por Antígono, otro de los antiguos generales de Alejandro. Seleuco llegó a ser expulsado de Babilonia por Antígono, pero gracias a la ayuda de Tolomeo, finalmente le venció y llegó a hacerse más poderoso que el rey del sur, tomando posesión de un amplio territorio que incluía la India, Asia Menor y los reinos de Babilonia. A esto se refiere cuando dice que “*uno de sus príncipes será más fuerte que él, y se hará poderoso; su dominio será grande*”. En todo caso, puede resultar curioso que aquí Seleuco sea descrito como “*uno de sus príncipes*”, como si fuera un príncipe de Tolomeo, pero la historia secular confirma que en un principio Seleuco fue protegido por él, llegando incluso a ser uno de sus generales, aunque como ya hemos mencionado, gracias a la ayuda de Tolomeo, el dominio de Seleuco llegó a ser el más extenso de los cuatro generales.

Como veremos a continuación, en generaciones posteriores esta colaboración entre ambos reinos no perduraría, sino que habría un permanente conflicto que se desarrollaría de diferentes maneras.

(Dn 11:6) *“Al cabo de años harán alianza, y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer la paz. Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo, ni permanecerá él, ni su brazo; porque será entregada ella y los que la habían traído, asimismo su hijo, y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo.”*

En el reino del sur, a la muerte de Tolomeo I Sóter le sucedió su hijo Tolomeo II Filadelfo (285-246 a.C.). En cuanto al reino del norte, Seleuco I Nicátor fue asesinado y su hijo Antíoco I Sóter asumió el poder (281-261 a.C.), y después de él Antíoco II Teo (261-246 a.C.).

En cuanto a Tolomeo II Filadelfo, es interesante notar que mostró un gran interés hacia la cultura y el pueblo judíos, promoviendo la traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego. Esta versión se conoce como la Septuaginta.

En un principio Tolomeo II y Antíoco II fueron enemigos acérrimos, pero finalmente llegaron a un acuerdo por medio de una alianza matrimonial: Berenice, hija de Tolomeo II se casó con Antíoco II. Este matrimonio se celebró bajo la condición de que el hijo de ambos había de ocupar el trono de Siria. Esto es a lo que se refiere nuestro texto: *“Al cabo de años harán alianza, y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer la paz”*.

Para casarse con Berenice, Antíoco II tuvo que divorciarse de su esposa Laodicea, y desheredar a los dos hijos que tenía con ella (Seleuco II Calínico y Antiochus Hierax). El nuevo matrimonio tuvo un hijo, pero a la muerte de Tolomeo II, padre de Berenice, Antíoco II la dejó para tomar de nuevo a su esposa Laodice, quien ordenó la muerte de Berenice y su hijo. Además, después de esto envenenó también a su marido y puso sobre el trono a su hijo Seleuco II Calínico (246–226 a.C.). Con esto se cumplió con toda exactitud lo que se le había anunciado a Daniel: *“Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo, ni permanecerá él, ni su brazo; porque será entregada ella y los que la habían traído, asimismo su hijo, y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo”*.

(Dn 11:7-9) *“Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, y vendrá con ejército contra el rey del norte, y entrará en la fortaleza, y hará en ellos a su arbitrio, y predominará. Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto; y por años se mantendrá él contra el rey del norte. Así entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra.”*

Tolomeo III Evérgetes (247-221 a.C.), hermano de Berenice, sucedió a su padre en el trono y se propuso vengar la muerte de su hermana. Atacó y venció a Siria, mató a Laodicea y regresó a Egipto con un gran botín. Esto es lo que se le había dicho al profeta: *“Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, y vendrá con ejército contra el rey del norte, y entrará en la fortaleza, y hará en ellos a su arbitrio, y predominará”*.

Un detalle curioso es que dentro de este gran botín de guerra había dos mil quinientas imágenes de dioses egipcios de oro y plata que Cambises, rey de Persia, se había llevado de Egipto en el año 525 a.C. A esto se refiere el texto de Daniel: *“Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto”*.

Después de esta victoria firmaron un acuerdo de paz entre ambos reinos (241 a.C.), aunque no desaparecieron las tensiones: *“y por años se mantendrá él contra el rey del norte”*.

Finalmente, Seléuco II atacó a Tolomeo III, consiguiendo recuperar la parte de Siria que había perdido, y una parte del norte de Israel. Pero aunque recuperó estas tierras, por lo demás, regresó a su casa con las manos vacías. Esto es lo que describe el resto del versículo: *“Así entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra”*.

(Dn 11:10) *“Mas los hijos de aquél se airarán, y reunirán multitud de grandes ejércitos; y vendrá apresuradamente e inundará, y pasará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza.”*

A la muerte de Seleuco II Calínico (246-226 a.C.), rey del norte, lo sustituyó su hijo Seleuco III Querauno (226-223 a.C.), quien fue asesinado por algunos conspiradores mientras llevaba a cabo una campaña militar en Asia Menor. Entonces su hermano

Antíoco III el Grande, se convirtió en rey a la edad de 18 años (223-187 a.C.). Esto es a lo que se refiere Daniel con *“los hijos de aquél”*.

Tanto Seleuco III como su hermano Antíoco III intentaron recuperar el prestigio de Siria por medio de conquistas militares. Seleuco III invadió Asia Menor y Antíoco III atacó Egipto, que en ese momento controlaba todo el territorio de Israel hasta la región fronteriza con Siria. Este último consiguió que los egipcios se replegaran hasta la frontera sur de Israel, momento en que los seléucidas tuvieron la mayor extensión territorial de su historia. Esto es lo que había anunciado el profeta: *“se airarán, y reunirán multitud de grandes ejércitos; y vendrá apresuradamente e inundará, y pasará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza”*.

Después de estas acciones militares, Israel, que había estado bajo el dominio de Egipto, pasó a estar bajo el de Siria. Al estar en medio de ambos reinos, siempre era atacado por unos y por otros sin importar de que lado estuviera la victoria.

(Dn 11:11-13) *“Por lo cual se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará contra el rey del norte; y pondrá en campaña multitud grande, y toda aquella multitud será entregada en su mano. Y al llevarse él la multitud, se elevará su corazón, y derribará a muchos millares; mas no prevalecerá. Y el rey del norte volverá a poner en campaña una multitud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá apresuradamente con gran ejército y con muchas riquezas.”*

El versículo anterior decía que el rey del norte llevaría *“la guerra hasta su fortaleza”*, seguramente en referencia a la fortaleza que Tolomeo IV Filopátor (221-203 a.C.) tenía en Gaza. Allí tuvo lugar una importante batalla en la que el rey de Egipto fue con un ejército de casi setenta mil hombres y 73 elefantes. Por su parte, Antíoco III reunió un ejército similar con 103 elefantes. Esta batalla se conoce con el nombre de Rafia, ciudad costera no muy lejos de la frontera de Egipto (217 a.C.). Tolomeo ganó la batalla y mató e hizo prisioneros a casi quince mil soldados del ejército sirio. Este fue el cumplimiento de lo escrito por Daniel: *“Por lo cual se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará contra el rey del norte; y pondrá en campaña multitud grande, y toda aquella multitud será entregada en su mano”*.

Pero Tolomeo no supo aprovechar esta importante victoria sobre el reino de Siria, así que volvió a Egipto donde se entregó a una vida de disolución y desenfreno, sin preocuparse en fortificar el país, tal como había anunciado el profeta: *“Y al llevarse él la multitud, se elevará su corazón, y derribará a muchos millares; mas no prevalecerá”*. Los historiadores confirman también que Tolomeo IV prácticamente abandonó los asuntos de su reinado y los dejó en manos de su primer ministro Sosibio, para así poderse entregar a los placeres, las artes y las religiones de misterio.

Antíoco III no se conformó con aquella derrota, y después de una breve interrupción logró reunir un ejército mayor que la primera vez y atacó nuevamente a Egipto (205 a.C.). Allí había muerto Tolomeo IV sucediéndole su hijo Tolomeo V (205-181 a.C.) que en aquel momento sólo tenía cinco años. Antíoco III aprovechó esta circunstancia para atacarle. Una vez más se cumple con exactitud lo que la Biblia había anunciado: *“Y el rey del norte volverá a poner en campaña una multitud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá apresuradamente con gran ejército y con muchas riquezas”*.

(Dn 11:14-17) *“En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur; y hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero ellos caerán. Vendrá, pues, el rey del norte, y levantará baluartes, y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir. Y el que vendrá contra él hará su voluntad, y no habrá*

quien se le pueda enfrentar; y estará en la tierra gloriosa, la cual será consumida en su poder. Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquél convenios, y le dará una hija de mujeres para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito.”

El texto continúa diciendo que *“en aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur”*. Es interesante notar que Antíoco III hizo una alianza con Filipo V de Macedonia, sucesor en ese momento de Casandro en occidente, a fin de atacar juntos a Tolomeo IV y repartirse entre ellos Egipto.

El texto continúa diciendo: *“Y hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero ellos caerán”*. La expresión *“hombres turbulentos de tu pueblo”* se refiere a los judíos que también se organizaron contra Tolomeo IV buscando el favor de Antíoco III. Quizá conocían la profecía de Daniel y se levantaron *“para cumplir la visión”*. Su fin sería librar a Israel del dominio de Siria y Egipto. Recordemos que Israel había estado bajo el control de los tolomeos desde los tiempos de Alejandro Magno. Además, como estaban en medio de estas dos grandes superpotencias, siempre se veían afectados por sus luchas. En todo caso, como ya había anunciado el profeta, *“ellos caerán”*. En realidad, su situación vino a ser peor después de esto.

Como ya hemos mencionado, Antíoco III fue contra Egipto aprovechando que Tolomeo IV había muerto y ocupaba el trono su hijo Tolomeo V que sólo contaba con cinco años de edad. Por lo tanto, fue uno de sus mejores generales, Scopas, el que estaba al mando cuando le atacó el rey del norte. Scopas fue derrotado en el campo de batalla y se refugió en la ciudad fortificada de Sidón. Finalmente fue totalmente derrotado, perdiendo los cien mil hombres de su ejército. Esto fue descrito con anterioridad por el profeta Daniel: *“Vendrá, pues, el rey del norte, y levantará baluartes, y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir. Y el que vendrá contra él hará su voluntad, y no habrá quien se le pueda enfrentar”*.

Después de esto, Antíoco III expulsó a los egipcios de Israel y consolidó su control sobre ellos: *“y estará en la tierra gloriosa, la cual será consumida en su poder”*.

Una vez que hubo conquistado a Israel, Antíoco III decidió seguir hacia Egipto. Pero en ese momento también estaba luchando contra Roma para arrebatarle la provincia de Grecia a causa de la influencia de Aníbal de Cartago. Por esa razón, en lugar de pelear, decidió hacer una alianza matrimonial con Tolomeo V. De ese modo le dio a su hija Cleopatra I con el fin de conseguir el control sobre Egipto. Pero no lo consiguió, porque Cleopatra, en lugar de ser leal a su padre, decidió serlo a su marido y a su nuevo país, así que el plan de Antíoco III no funcionó, tal como había dicho el profeta: *“Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquél convenios, y le dará una hija de mujeres para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito”*.

(Dn 11:18-19) *“Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; mas un príncipe hará cesar su afrenta, y aun hará volver sobre él su oprobio. Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; mas tropezará y caerá, y no será hallado.”*

Parece que Antíoco III el Grande soñaba con reunificar bajo su autoridad el imperio que una vez lograra Alejandro Magno. Por esta razón se involucró en numerosas campañas militares.

En el año 202 d.C. Roma venció a Aníbal de Cartago en Zama, al sur de Cartago. Aníbal logró escapar y buscó la protección de Antíoco III. Era evidente que Roma se hacía cada día más fuerte, y por eso Aníbal animó a Antíoco a invadir Grecia y quitarla del dominio romano. Así que en el 193 a.C., Antíoco empezó una campaña militar que le llevó a tomar

Macedonia, parte de Tracia y parte de Grecia. Pero entonces Roma envió a un general llamado Lucio Cornelio Escipión el Asiático, para detenerlo y hacerlo retroceder. Escipión ya había vencido a Aníbal y tomado Cartago, y ahora iba a derrotar a Antíoco en la batalla de Magnesia (190 a.C.), cerca de Efeso. Esto es lo que había anunciado la profecía y se cumplió literalmente: *“Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; mas un príncipe hará cesar su afrenta”*.

Los romanos impusieron unas condiciones extremadamente duras a Antíoco (pacto de Apamea 189 a.C.) que incluían fuertes sumas de dinero por varios años, ceder todos sus elefantes y navíos, entregar casi todo el territorio de Asia Menor al norte y las montañas de Tarso al occidente, y el envío a Roma de veinte rehenes como garantía de este tratado de rendición. Entre los rehenes estaba su hijo Antíoco Epífanés y el general Anibal. Una vez más se cumplió con total exactitud la profecía: *“y aun hará volver sobre él su oprobio”*.

Con el fin de pagar el tributo acordado con Roma, Antíoco trató de robar un templo en Elimaida pero fue muerto en el año 187 a.C. Con esto se cumplió lo dicho por el profeta: *“Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; mas tropezará y caerá, y no será hallado”*.

(Dn 11:20) *“Y se levantará en su lugar uno que hará pasar un cobrador de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será quebrantado, aunque no en ira, ni en batalla.”*

A la muerte de Antíoco III le sucedió en el reino su hijo Seléuco IV Filopátor (187-175 a.C.). Este gravó al pueblo con onerosos tributos a fin de pagar a Roma los mil talentos anuales por un período de nueve años. Estos tributos se cobraban en *“la gloria del reino”*, una frase empleada en referencia a Israel donde intentó robar los fondos del templo.

Finalmente Seléuco IV murió envenenado por Heliodoro, su tesorero. Con esto se cumple la profecía: *“será quebrantado, aunque no en ira, ni en batalla”*.

Preguntas

1. ¿Cuál es el propósito principal de la visión del capítulo 11?
2. Históricamente, ¿quiénes eran los dos protagonistas principales en esta sección?
3. ¿Por qué se da tanto detalle en la historia de imperios que rodearon al pueblo judío?

Antíoco Epífanés y el anticristo (Daniel 11:21-45)

La invasión de Antíoco IV Epífanés (Dn 11:21-35)

(Dn 11:21-22) “Y le sucederá en su lugar un hombre despreciable, al cual no darán la honra del reino; pero vendrá sin aviso y tomará el reino con halagos. Las fuerzas enemigas serán barridas delante de él como con inundación de aguas; serán del todo destruidos, junto con el príncipe del pacto.”

El sucesor de Seléuco IV fue su hermano Antíoco IV Epífanés (175-163 a.C.). Cuando ascendió al trono tenía cuarenta años de edad. La profecía de Daniel habla de este hombre en estos términos: *“Y le sucederá en su lugar un hombre despreciable”*.

Como veremos, el profeta dedica a este personaje tanto espacio como al resto de los gobernantes anteriores juntos. Esto se debe a que aunque el pueblo de Israel había sufrido mucho por las luchas entre los reyes del norte y del sur, lo peor iba a llegar de la mano de Antíoco IV. Tal iba a ser el sufrimiento que traería al pueblo de Israel, que prefigura a un rey del futuro, el anticristo, que en otras partes del libro de Daniel ya ha sido mencionado como el *“cuerno pequeño” (Dn 8:9-12) (Dn 8:23-25)*, y que cuando aparezca profanará el templo y destruirá la tierra de Israel.

En cuanto a su ascenso al trono de Siria, el profeta indica lo siguiente: *“al cual no darán la honra del reino; pero vendrá sin aviso y tomará el reino con halagos”*. Por derecho, el trono le pertenecía a Demetrio Sóter, hijo de Seléuco IV, pero Antíoco IV se apoderó de él y se proclamó rey por medio de intrigas.

El título que escogió para sí mismo era “Epífanés”, que significa “Dios manifestado”, aunque fue una persona tan despreciable que los judíos y otros súbditos lo llamaban “Epímanes” que significa “el loco”.

Una vez en el trono logró derrotar a varios de sus enemigos, tal como dijo Daniel: *“Las fuerzas enemigas serán barridas delante de él como con inundación de aguas; serán del todo destruidos, junto con el príncipe del pacto”*.

Los dos enemigos principales a los que derrotó fueron a Heliodoro y sus aliados, y al pueblo de Dios, dirigido por el sumo sacerdote Onías III (198-175), al que en este pasaje se refiere como *“el príncipe del pacto”*.

Antíoco se propuso unificar su reino a través de un programa de helenización, convirtiendo a todos los pueblos bajo su gobierno a la cultura griega. Pero en Israel se encontró con la oposición del sumo sacerdote Onías III. Por esta razón lo depuso y nombró en su lugar a su hermano Jasón, que previamente le había pagado un fuerte soborno y se había comprometido a promocionar activamente el programa de helenización de Antíoco. Finalmente Onías III fue asesinado por orden de Antíoco.

(Dn 11:23-24) “Y después del pacto con él, engañará y subirá, y saldrá vencedor con poca gente. Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; botín, despojos y riquezas repartirá a sus soldados, y contra las fortalezas formará sus designios; y esto por un tiempo.”

“Después del pacto”, es decir, una vez que se unieron con él un pequeño grupo de gente (“poca gente”), conseguiría la victoria por medio de engaños: “Y después del pacto con él, engañará y subirá, y saldrá vencedor con poca gente”.

Entre sus tácticas para hacerse con el poder, llama la atención el hecho de que despojara de sus riquezas a los ricos para dárselas a sus seguidores. Esto lo hacía cuando la tierra bajo su dominio estaba en paz: *“Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; botín, despojos y riquezas repartirá a sus soldados, y contra las fortalezas formará sus designios; y esto por un tiempo”.*

Antíoco Epífanes logró prosperar por medio de sus intrigas, pillaje, dádivas, y su pródigo estilo de vida. Un esquema que hemos visto repetirse otras veces entre los gobernantes modernos.

(Dn 11:25-27) *“Y despertará sus fuerzas y su ardor contra el rey del sur con gran ejército; y el rey del sur se empeñará en la guerra con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque le harán traición. Aun los que coman de sus manjares le quebrantarán; y su ejército será destruido, y caerán muchos muertos. El corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en una misma mesa hablarán mentira; mas no servirá de nada, porque el plazo aún no habrá llegado.”*

Después de tomar el control de su propio reino, Antíoco IV organizó sus fuerzas para atacar a Egipto, llegando hasta su frontera en Pelusio cerca del delta del Nilo (170 a.C.): *“Y despertará sus fuerzas y su ardor contra el rey del sur con gran ejército”.* Esto se debió a que Antíoco IV escuchó los planes de su sobrino Tolomeo VI Filometor (hijo de Cleopatra I hermana de Antíoco IV) de tomar el control de Israel.

A esta batalla el Tolomeo VI fue con un gran ejército, pero fue vencido por Antíoco IV, en gran medida porque le traicionaron varios de sus generales. A esto se refiere el profeta Daniel cuando dice: *“y el rey del sur se empeñará en la guerra con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque le harán traición. Aun los que coman de sus manjares le quebrantarán; y su ejército será destruido, y caerán muchos muertos”.*

Una vez que Antíoco logró derrotar al ejército egipcio, ocupó las fortalezas fronterizas de Pelusio y Menfis, además de apoderarse de grandes zonas de Egipto. Pero el gobierno de Roma, considerando el peligro que suponía para sus intereses la caída de Egipto en manos de Antíoco IV, le obligó a renunciar a cambio de concesiones en Siria.

Después el profeta añade: *“El corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en una misma mesa hablarán mentira”.* Estos dos reyes parecen referirse a Antíoco IV y su sobrino Tolomeo VI, que aunque aparentaban estar de acuerdo, cada uno buscaba sus propios fines: Antíoco IV quería apoderarse de Egipto, mientras que Tolomeo VI buscaba acabar con el poder que su hermano Tolomeo VIII Evérgenes tenía sobre Alejandría. Aunque en algunos momentos pudieran simular cierta amistad, lo cierto es que había rivalidades y traiciones mutuas. Y el profeta añade: *“mas no servirá de nada, porque el plazo aún no habrá llegado”.* Esto quiere decir que aunque ellos hicieran sus planes, ninguno de ellos podría prosperar en tanto que Dios no lo permitiera.

(Dn 11:28) *“Y volverá a su tierra con gran riqueza, y su corazón será contra el pacto santo; hará su voluntad, y volverá a su tierra.”*

Antíoco IV tuvo que regresar a su tierra por la presión ejercida por Roma, pero no se fue con las manos vacías, sino que logró llevarse de Egipto un gran botín de guerra: *“Y volverá a su tierra con gran riqueza”.*

Pero en todo caso, a Antíoco IV no le había gustado que Roma le impidiera tomar posesión de Egipto, así que, en su viaje de regreso, frustrado como estaba, decidió desquitarse con los judíos: *“y su corazón será contra el pacto santo; hará su voluntad, y volverá a su tierra”*. En esta decisión pudo influir, además del odio que sentía hacia el pueblo de Dios, el hecho de que durante su ausencia los judíos habían tratado de rebelarse contra su autoridad, o al menos así lo interpretó él, cuando supo que la oposición quiso quitar a Jasón, a quien él mismo había nombrado sumo sacerdote.

Antíoco IV aprovechó que los judíos estaban adorando durante el día de reposo y ordenó la muerte indiscriminada de hombres, mujeres y niños. En total dio muerte a 80.000 judíos, tomó 40.000 para su ejército, y vendió a otros 40.000 como esclavos. También profanó el templo y lo saqueó, llevándose gran parte de sus utensilios, y prohibió a los judíos practicar las actividades religiosas del sábado, tener copias de la Ley y practicar la circuncisión. Todo esto lo hizo con la colaboración de Menelao, a quien muchos en Israel se oponían porque había usado los tesoros del templo para pagar el soborno a Antíoco IV, y por sus continuas iniciativas para helenizar al pueblo de Israel.

(Dn 11:29-30) *“Al tiempo señalado volverá al sur; mas no será la postrera venida como la primera. Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristarán, y volverá”*

Dos años después, en el 168 a.C., los hermanos Tolomeo VII y VIII decidieron aparcarse sus rivalidades y unir sus fuerzas contra su tío Antíoco IV, pero éste se dispuso inmediatamente contra ellos. Pero mientras Antíoco IV atacaba Alejandría, recibió la visita del cónsul romano Gayo Popilio Laenas quien le entregó una carta del senado en la que se le mandaba retirarse de Egipto. Antíoco IV tuvo que aceptar con un gran disgusto las órdenes de Roma, porque de otro modo habría significado entrar en guerra con ellos. Esto fue humillante para él. Todo esto es de lo que habla el profeta Daniel: *“Al tiempo señalado volverá al sur; mas no será la postrera venida como la primera. Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristarán, y volverá”*. En cuanto a *“Quitim”*, debemos decir que al principio se refería a una ciudad de la costa sur de Chipre, pasando después a abarcar a las regiones costeras del Mediterráneo, llegando finalmente a designar a los romanos tal como vemos en los manuscritos del Qumram.

(Dn 11:30-32) *“Y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto. Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora. Con lisonjas seducirá a los violadores del pacto; mas el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará.”*

Por segunda vez Antíoco IV descargó su frustración contra los judíos, la ciudad de Jerusalén, su templo y su pacto santo: *“Y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto”*. Con esto comenzó una intensa época de persecución para el pueblo de Dios. Apolonio, general de Antíoco IV, entró en Jerusalén con un ejército de 22.000 hombres y esperó hasta el día de reposo para comenzar a saquear, quemar la ciudad y tomar cautivos.

Para ello Antíoco se unió con los judíos que habían abrazado la cultura griega y habían abandonado el santo pacto: *“volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto”*.

En su deseo de exterminar el judaísmo, profanó el santuario y abolió el continuo sacrificio. Pero por si esto no fuera suficiente, erigió una estatua del dios Zeus sobre el altar del holocausto y ofreció en él un cerdo a una divinidad pagana. Además, los judíos fueron obligados a ofrecer un cerdo el día 25 de cada mes para celebrar el cumpleaños de

Antíoco IV. Todo esto fue profetizado también por Daniel: *“Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora”*.

A esto último se refirió el Señor Jesucristo como un patrón que servía para describir los horrores que el pueblo de Dios iba a afrontar a través de su historia. Concretamente dijo que volvería a cumplirse con la venida del ejército romano contra Jerusalén (**Mr 13:14**). Aunque esto no agota su cumplimiento.

Como ya hemos visto antes, Antíoco IV lograría que los judíos apóstatas se unieran a su causa por medio de lisonjas: *“Con lisonjas seducirá a los violadores del pacto”*. Esto incluía recompensas. Quienes hicieron esto se unieron al sumo sacerdote Menelao, que estaba a las órdenes de Antíoco IV. Sin duda, estos eran judíos profesantes que no tenían auténtico temor de Dios.

Pero aun así, no logró doblegar a los judíos fieles que se unieron para luchar contra Antíoco IV. Bajo el sacerdote Matatías se comenzó lo que se conoce como la guerra de “los Macabeos”. A esto se refería Daniel: *“mas el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará”*.

(Dn 11:33-35) “Y los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo. Y en su caída serán ayudados de pequeño socorro; y muchos se juntarán a ellos con lisonjas. También algunos de los sabios caerán para ser depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo.”

En esos tiempos en que Antíoco IV intentaba paganizar a los judíos mediante la introducción de la cultura griega, surgieron hombres fieles que instruían al pueblo en la ley de Moisés y en la Palabra de Dios: *“Y los sabios del pueblo instruirán a muchos”*. En (1 Macabeos 2:42) estos son llamados “los Asideos (piadosos)”, y eran los seguidores fieles de la ley de Dios, precursores de los fariseos del tiempo de Cristo.

Pero estos judíos fieles que rehusaron someterse al sistema religioso que Antíoco IV quería introducir en el pueblo de Dios, fueron perseguidos y martirizados por causa de su fe: *“y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo”*.

En este tiempo surgió el movimiento rebelde de los macabeos que se negó a someterse al sistema religioso impuesto por Antíoco IV. El sacerdote Matatías junto con sus cinco hijos huyeron de Jerusalén y se escondieron en las montañas desde donde comenzaron la rebelión macabea. Al principio sólo eran unos pocos judíos, pero luego la revuelta se hizo popular y muchos más se juntaron a ellos. Aun así, muchos no eran sinceros en sus motivaciones. Esto es lo que anunció la profecía de Daniel: *“Y en su caída serán ayudados de pequeño socorro; y muchos se juntarán a ellos con lisonjas”*.

Todos ellos sufrieron mucho, pero este tiempo de persecución lograría una depuración espiritual de la nación de Israel: *“También algunos de los sabios caerán para ser depurados y limpiados y emblanquecidos”*. Por un lado fue un tiempo de matanza, pero por otro, de avivamiento y esplendor espiritual.

Finalmente, un hijo del sacerdote Matatías llamado Judas Macabeo, después de siete años de lucha contra los sirios, logró vencerlos y rededicó el templo en diciembre de 165 a.C., lo que es la fuente de la moderna celebración judía conocida como Hanuka, o el festival de las luces, en la que se conmemora la limpieza del templo. Ellos lograron reinar sobre Israel del 142 hasta el 63 a.C., cuando el Imperio Romano los conquistó.

Estas persecuciones fueron de corta duración, *“hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo”*.

El rey que vendrá - el anticristo (Dn 11:36-39)

A continuación, aunque Daniel parece que sigue hablando de Antíoco IV, en realidad, usa a este malvado gobernante como un prototipo del anticristo que aparecerá al final de los tiempos. Es por esto que ya no encontramos desde aquí la precisión histórica de los versículos anteriores.

Al estudiar estas profecías tocante a la persona de Antíoco IV Epífanes, no es difícil ver por qué este hombre es un prototipo del anticristo escatológico.

- Su odio hacia el pueblo judío.
- Su soberbia y el desafío a la misma Persona de Dios.
- Sus engaños, iniquidades y su profanación del templo de Jehová.

Pero ahora, la descripción que encontramos a partir de aquí va más lejos, presentándonos características que asociamos más fácilmente con el cuerno pequeño de **(Dn 7:25)**, el príncipe que ha de venir de **(Dn 9:24-27)**, el hombre de pecado de **(2 Ts 2:4)** y la primera bestia de **(Ap 13)**. Veamos sus características.

(Dn 11:36) *“Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá.”*

Aunque el contexto nos llevaría a pensar que se refiere a Antíoco IV, pero como ya hemos indicado, parece más apropiado interpretar que se refiere a otro personaje escatológico que conserva ciertos parecidos con Antíoco IV, pero que evidentemente va mucho más allá que él.

En primer lugar se nos dice que este rey *“hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas”*. Es verdad que Antíoco IV eligió el nombre de “Epífanes” (“Dios manifestado”) para reinar, pero lo que se describe aquí acerca de este rey escatológico parece ir mucho más allá de lo que Antíoco IV nunca llegó a pretender.

Esto quiere decir que este rey será completamente independiente y no estará sujeto a ninguna autoridad excepto a sí mismo. Este poder absoluto se extenderá también al terreno religioso, de tal modo que se engrandecerá sobre todo dios. Es más, contra el Dios de los cielos tendrá una actitud desafiante y hablará blasfemias contra él. Con esto coincide lo dicho en otras partes sobre el anticristo:

(2 Ts 2:4) *“Se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios”.*

(Dn 7:25) *“Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo”.*

Según nos dice el libro de Apocalipsis, el mundo se convencerá de que debe adorarlo como si fuera dios al ver los milagros que el falso profeta realizará a su favor **(Ap 13:11-15)**. Por lo tanto, tendrá éxito en extender su influencia política y religiosa.

Este rey seguirá prosperando *“hasta que sea consumada la ira, porque lo determinado se cumplirá”*. En todo caso, el período de gobierno de este rey ha sido limitado por Dios mismo y finalmente vendrá sobre él el juicio determinado **(Dn 7:11)** **(Dn 7:26)** **(Dn 9:27)** **(Ap 19:19-20)**.

(Dn 11:37) *“Del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres; ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá.”*

Acerca de este personaje se nos dice que *“del Dios de sus padres no hará caso”*. Algunos han pensado que esto quiere decir que este personaje será judío, pero más bien da la idea de que provenga de donde provenga, para obtener el poder absoluto en el terreno espiritual no mostrará respeto hacia ninguna herencia religiosa. Es decir, dejará a un lado todas las religiones organizadas y él mismo se colocará como el único objeto de culto. Este rey instituirá su propia religión centrada en sí mismo. Esto es así porque su poder lo recibirá directamente de Satanás (**Ap 13:2**). En este sentido, vemos claramente que no puede estar refiriéndose a Antíoco IV, porque él no rechazó a los dioses de sus padres, sino que adoraba a Zeus.

Este personaje se desvinculará completamente de cualquier lazo humano: *“ni del amor de las mujeres”*, y se opondrá a todas las religiones y formas de adoración, claro está, a excepción de la suya: *“ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá”*.

(Dn 11:38-39) *“Mas honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio. Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra.”*

En cuanto a su nueva religión, el texto nos dice que *“honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio”*. Esto puede dar a entender diferentes cosas. Puede querer decir que promoverá la fuerza militar y hará un dios de la guerra, pero también que su dios sería una personificación del poder, o que adoraría al mismo Satanás quien le da su fuerza y poder.

Él gastará grandes cantidades de dinero en sacrificios relacionados con la actividad militar, que le permitirán afianzar aún más sus fortalezas y demostrar su gran poder.

Con este dios extraño llevará sus conquistas a lugares inimaginables: *“Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables”*.

Pero no sólo recurrirá a la fuerza militar para extender sus dominios, sino que se ganará la sumisión y admiración de otros otorgándoles favores y riquezas: *“Y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra”*. No cabe duda de que será un gobernante hábil que conseguirá adeptos y reconocimiento mediante regalos o sobornos.

El ataque contra el rey soberbio (Dn 11:40-45)

(Dn 11:40) *“Pero al cabo del tiempo el rey del sur contendrá con él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves; y entrará por las tierras, e inundará, y pasará.”*

A continuación se describen distintos acontecimientos que tendrán lugar *“al cabo del tiempo”*. Esto podría ser interpretado de varias maneras: puede ser que aquí se retome la narración anterior y se refiera a lo que ocurriría en los últimos días de Antíoco IV y sus sucesores, pero también puede tener que ver con los últimos días de la nación de Israel, un período que el Señor Jesucristo describió como la *“gran tribulación”*.

En todo caso, lo que aquí se anuncia es una gran contienda contra este rey soberbio. Contra él lucharán dos grandes potencias, el rey del sur y el rey del norte: *“Pero al cabo del tiempo el rey del sur contendrá con él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad”*.

Es difícil saber cuál es la interpretación correcta de este versículo, porque a día de hoy ya no existen estas dos grandes potencias. Tanto Siria como Egipto son ruinas de lo que un día fueron poderosos imperios. Puede que en su lugar representen a dos grandes bloques o confederaciones de naciones. Algunos llegan más lejos e interpretan el rey del sur como una confederación musulmana y el rey del norte como una coalición comunista. Todos ellos lucharían contra el anticristo. En todo caso, se anuncia una gran conflagración bélica.

(Dn 11:41) *“Entrará a la tierra gloriosa, y muchas provincias caerán; mas éstas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón.”*

Luego se nos dice que *“entrará a la tierra gloriosa”*, lo que indica nuevamente la conquista de Israel, pero no sabemos si quien la lleva a cabo es el rey soberbio o el rey del norte. Se añade también que *“muchas provincias caerán; mas éstas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón”*. Estas tierras que serán libradas se corresponden con el actual reino de Jordania.

Puede que esta nueva campaña contra Israel esté relacionada con la gran batalla de Armagedón (**Ap 16:14-16**), que culminará con un ataque masivo contra la ciudad de Jerusalén, tal como había descrito el profeta Zacarías (**Zac 14:1-3**).

(Dn 11:42-43) *“Extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto. Y se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto; y los de Libia y de Etiopía le seguirán.”*

Ya sea el rey soberbio o el rey del norte, el hecho es que no se conformará con invadir a Israel, sino que *“extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto. Y se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto”*. Después de esto continuará sus conquistas: *“y los de Libia y de Etiopía le seguirán”*. Probablemente porque tanto Libia como Etiopía serán aliados de Egipto en esta contienda. Todo esto es una demostración del poder de este dictador.

(Dn 11:44-45) *“Pero noticias del oriente y del norte lo atemorizarán, y saldrá con gran ira para destruir y matar a muchos. Y plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo; mas llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude.”*

Seguimos sin saber si el profeta se refiere al rey soberbio o al rey del norte, pero en cualquier caso, lo que se indica es que a pesar de sus importantes victorias sobre Israel, Egipto, Libia y Etiopía, y cuando todo parecía indicar una victoria final segura, no será así ni tendrá tiempo para disfrutarla, porque *“noticias del oriente y del norte lo atemorizarán”*.

Vemos que nuevamente tiene que entrar en campaña militar para aplacar otros ataques que en esta ocasión le vendrían del oriente y del norte. Esto parece llenarle de *“gran ira”*, de tal modo que saldrá contra ellos *“para destruir y matar a muchos”*.

- Los que piensan que se refiere a Antíoco IV, creen que esto tiene que ver con alguna invasión o rebelión en algún lugar de su reino.
- Los que creen que tiene que ver con el rey soberbio, ven en este texto una referencia a las grandes fuerzas que se opondrán al anticristo y que vemos en (**Ap 16:12**).

Después de esto dice que *“plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo”*. Los *“mares”* puede referirse al mar Muerto y al mar Mediterráneo, mientras que el *“monte glorioso y santo”* debe ser la ciudad de Jerusalén y particularmente a la montaña sobre la cual se edificó el templo en el monte Moriah. En un

punto entre ambas referencias instalará su cuartel general, y desde allí se llevará a cabo la batalla final y definitiva de este rey. Notemos que Armageón o valle de Meguido encaja con la ubicación dada aquí.

La profecía culmina con la afirmación: *“mas llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude”*. No se indica la razón por la que llegará a su fin. Podría ser que fuera vencido por los ejércitos enemigos que venían del oriente y del norte, pero también podría ser una intervención directa de Dios.

En todo caso, es interesante notar que el fin de Antíoco IV no ocurrió de esta manera. Él había viajado a Elymais en Elam para robar en el templo de Artemia, pero los adoradores locales le resistieron y tuvo que abandonarlo. De camino a su casa enfermó en Tabae, Persia, donde murió (163 a.C.).

Reflexión final

Este capítulo une proféticamente el vacío existente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Por lo tanto, cuando a veces nos referimos al período intertestamentario como un tiempo de silencio, esto no es realmente exacto. Aquí encontramos amplia información sobre todo el sufrimiento que el pueblo de Israel habría de sufrir a manos de Siria y Egipto durante todos esos siglos al verse envueltos en medio de los múltiples conflictos que ambas naciones mantenían continuamente entre ellas.

Preguntas

1. ¿Por qué Antíoco IV Epífanes es un buen ejemplo del anticristo?

El tiempo del fin (Daniel 12)

Introducción

Como ya dijimos en los estudios anteriores, los capítulos 10 al 12 forman una unidad en cuanto a su mensaje. En el primero de ellos Daniel fue preparado para recibir una profecía que le iba a llegar a través de un mensajero celestial. Los dos capítulos restantes tienen que ver con el contenido de esa profecía en la que se anunciaban las aflicciones por las que el pueblo de Dios tendría que pasar a lo largo de los próximos siglos. En primer lugar vimos que a raíz de los constantes enfrentamientos entre los reyes del norte y del sur, el pueblo de Israel, que se encontraba en medio de ambos imperios, sufriría una y otra vez invasiones tanto de unos como de otros. En especial sería muy difícil su situación durante el gobierno de Antíoco IV Epífanes, rey de Siria, que no sólo invadiría el país llevándose sus riquezas, sino que además emprendería un programa de helenización de la nación.

Pero Antíoco IV sólo era un prototipo de un rey soberbio que aún ha de hacer su aparición en los últimos días. Los últimos versículos del capítulo 11 parecen tratar de él, y lo encontramos estableciendo su cuartel general en la tierra de Israel.

Ahora, en el capítulo 12, el tema continúa, pero se presentan diferentes motivos de consuelo y esperanza para la nación judía.

La liberación de Israel (Dn 12:1-3)

(Dn 12:1) *“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro.”*

I. Tiempo de angustia para Israel

El mensajero celestial continúa informando a Daniel de un *“tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces”*. Todo eso habría de venir sobre *“los hijos de tu pueblo”*, es decir, sobre la nación de Israel. Ahora bien, en cuanto al tiempo de su cumplimiento, seguramente no debemos pensar que apunte a un solo momento histórico, sino que como en otras ocasiones, una profecía puede tener diferentes cumplimientos a lo largo del tiempo. Por ejemplo, el profeta Jeremías había hablado también acerca de *“un tiempo de angustia para Jacob”* tan grande *“que no hay otro semejante a él”* (**Jer 30:7**). Por el contexto de Jeremías vemos que se trataba de una predicción acerca del exilio de Israel por causa de su obstinada rebeldía, algo que se cumplió con las invasiones llevadas a cabo por Nabucodonosor de Babilonia sobre Jerusalén, tal como nos describe en otras partes el mismo profeta. Por lo tanto, su angustia le vendría por medio de la deportación a Babilonia.

Sin embargo, puesto que la profecía de Daniel tuvo lugar muchos años después de que Israel hubiera sido llevado cautivo a Babilonia, podríamos pensar que ya habría sido cumplida definitivamente, pero aquí se nos dice que todavía ha de tener un cumplimiento futuro.

El Señor Jesucristo hizo referencia a estas palabras de la profecía de Daniel en su sermón profético:

(Mt 24:19-22) *“Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados.”*

Estas palabras del Señor Jesucristo se han interpretado con frecuencia en relación con la gran diáspora del pueblo judío después de que Jerusalén fuera destruida por las legiones romanas del general Tito en el año 70 d.C.

Pero con toda seguridad, aún debemos esperar un cumplimiento mucho más pleno y definitivo que probablemente esté conectado con lo que vimos al final del capítulo anterior, cuando el rey soberbio que se nos presentó allí, establezca su palacio cerca de Jerusalén, seguramente con la intención de atacarla. En ese caso, será algo que debemos esperar que ocurra al final de los tiempos.

2. Palabras de ánimo

No obstante, antes de que Daniel recibiera esta dura revelación, el mensajero celestial dio algunas palabras de ánimo al profeta. En primer lugar le dice que no estarían solos en ese conflicto, sino que *“se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo”*. Y luego añade que después de ese período de angustia *“será libertado tu pueblo”*. Esto parece coincidir con la gran batalla descrita en Apocalipsis entre Miguel y sus ángeles y el dragón y sus ángeles (**Ap 12:7-8**). Si observamos el contexto, veremos que está relacionado con la protección del pueblo de Israel en los últimos días.

Aunque será un tiempo de gran sufrimiento, aquellos que *“se hallen escritos en el libro”* serán libertados. Recordemos que en el libro de Apocalipsis, antes de que se abriera el séptimo sello, apareció un ángel con el sello del Dios vivo que prohibió a los cuatro ángeles a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, que hicieran daño a los ciento cuarenta y cuatro mil judíos sellados (**Ap 7:1-8**). Y aunque pasarán por la gran tribulación, Dios los protegerá y al final serán salvos (**Ap 14:1**).

No cabe duda de que el propósito de Satanás durante la gran tribulación será exterminar a toda la descendencia de Abraham e impedir el regreso de Cristo a reinar sobre Israel, pero evidentemente fracasará en su intento, porque según nos dice Daniel, *“en aquel tiempo será libertado tu pueblo”*. Esto ocurrirá en la segunda venida de Cristo:

(Mt 24:29-30) *“E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.”*

Como hemos visto, los que serán libertados en ese tiempo será *“tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro”*. En principio se trata de una preservación temporal, pero fácilmente se puede relacionar también con la salvación eterna. En ese caso, los *“escritos en el libro”* se corresponderían con los auténticos creyentes del pueblo de Israel (**Ro 9:6-8**).

3. La resurrección de los muertos

(Dn 12:2-3) *“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.”*

El segundo hecho con el que Daniel fue consolado, fue la promesa de que aquellos que dormían, es decir, que ya hubieran muerto, serían resucitados: *“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados”*. Este concepto de la muerte como un sueño es frecuentemente usado en el Nuevo Testamento: **(Mt 27:52) (Jn 11:11) (Hch 7:60) (1 Ts 4:13-17) (1 Ts 5:10)**.

Seguramente muchos judíos fieles perderán sus vidas durante el tiempo de tribulación, pero Dios anuncia su resurrección, de tal manera que ninguno de ellos se perderá la promesa de disfrutar del reino de Cristo en la tierra. Esto ocurrirá en la segunda venida de Cristo: *“y vivieron y reinaron con Cristo mil años”* **(Ap 20:4)**. Luego resucitarán también todos los que no son creyentes **(Ap 20:5)**. Como en otras ocasiones, todo dependerá de si eran creyentes o incrédulos **(Jn 5:28-29)**.

Tristemente, algunos comentaristas no ven en esta *“resurrección”* nada más que un avivamiento nacional y moral de Israel, aunque no es lo que el texto dice, y por otro lado, tampoco podemos entender cómo el anuncio de una futura renovación espiritual de Israel podría traer algún consuelo a aquellos que estaban muriendo por su fidelidad en el tiempo de Daniel. Además, si esta renovación ya se produjo en tiempos posteriores a Antíoco IV, y ahí se acaban todas las esperanzas del pueblo de Dios, entonces, además de ser una promesa muy ambigua, resulta también pobre y decepcionante. Por otro lado, una interpretación así tampoco sirve para explicar en qué consistiría la resurrección *“para vergüenza y confusión perpetua”* de otros. En realidad, muchos de estos comentaristas son críticos racionalistas que no pueden aceptar la doctrina de la resurrección y el juicio de los pecadores.

Después de esta resurrección, *“los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento”*. Estos *“entendidos”* son los salvos, tal como explicó el Señor Jesucristo **(Mt 13:43)**. Estos aparecen en contraste con los perdidos, y son aquellos que se habrán opuesto a las pretensiones del rey soberbio. Ellos recibirán la exaltación prometida del Señor. Entonces *“resplandecerán como el resplandor del universo”*, aunque como diría más tarde el apóstol Pablo, todos los creyentes deberíamos también resplandecer ahora *“como lumbreras en el mundo”* **(Fil 2:15)**.

Notemos también la bendición especial de aquellos *“que enseñan la justicia a la multitud”*; quizá ahora no sean muy apreciados en la sociedad actual y mucho menos durante el tiempo del fin, pero después de la resurrección serán *“como las estrellas a perpetua eternidad”*. Su labor es tan importante porque consiste en guiar a otros al camino de la verdad y la justicia, advirtiendo de los engaños del anticristo. Sin duda, una labor así será especialmente peligrosa durante el último tiempo.

El libro sellado (Dn 12:4)

(Dn 12:4) *“Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará.”*

A Daniel se le ordena *“cerrar”* y *“sellar”* el libro, hechos que tienen como objeto preservar el libro, autentificarlo o asegurarlo *“hasta el tiempo del fin”*, con el propósito de que pudiera ayudar a los que estén vivos en la gran tribulación.

Esto quiere decir que el ángel había terminado de entregar la revelación que Dios le había dado, y que no había nada más que agregar. Muy probablemente, tanto Daniel como sus lectores originales no lograron entender todos los detalles de las profecías de este libro, algo muy parecido a lo que nos ocurre a nosotros también, pero la última generación de

creyentes que atravesasen ese complicado período de la historia, entenderán estos textos como nunca nadie lo había hecho con anterioridad.

A continuación se hacen dos afirmaciones más: *“Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará”*. ¿Quiénes son estos que “correrán de aquí para allá”? ¿Qué buscarán?

- Se puede referir a la actividad frenética de los hombres perdidos del tiempo del fin. Estos irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando la palabra de Dios y no la encontrarán (**Am 8:12**). Será una generación que habrá logrado acumular cantidades ingentes de información y conocimientos, pero desconocerán por completo la sabiduría de Dios. Tratando de entender lo que está sucediendo en su tiempo, buscarán una explicación, pero no sabrán dónde encontrarla.
- O mejor aún, debemos relacionar lo que dice el versículo con la actividad de los creyentes, que ante la proximidad del fin, irán de un lugar a otro de la Biblia estudiando la profecía a fin de prepararse para este difícil período de prueba.

“¿Cuándo será el fin de estas maravillas?” (Dn 12:5-7)

(Dn 12:5-7) “Y yo Daniel miré, y he aquí otros dos que estaban en pie, el uno a este lado del río, y el otro al otro lado del río. Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas? Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas.”

Ahora aparecen de nuevo dos ángeles, uno a cada lado del río Hidekel (**Dn 10:4**). Entonces uno de ellos pregunta cuándo sería el fin de estas maravillas. La respuesta viene de un *“varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos”*. Este varón debe ser el mismo que ya encontramos en (**Dn 10:5**). Los dos ángeles parecen actuar como testigos del solemne juramento que hace este varón.

El varón respondió diciendo *“que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo”*, es decir, tres años y medio. Por lo tanto, no comienza explicando cuándo habría de ocurrir esto, sino cuánto iba a durar. La expresión es la misma que vimos en (**Dn 7:25**) con relación a la duración del ministerio del anticristo, y vuelve a aparecer en (**Ap 12:14**) para indicar el período de persecución que la nación de Israel experimentará en los últimos tiempos. Y equivale también a los cuarenta y dos meses que duraría la autoridad del anticristo (**Ap 13:5**).

Después de aclarar cuál sería la duración de este período de tribulación por el que habrá de pasar la nación judía al final de los tiempos, pasa a explicar cuándo tendría lugar: *“Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas”*.

El varón vestido de lino afirma que estas cosas serían cumplidas una vez que se acabara la dispersión del poder del pueblo santo. Entendemos que el pueblo santo se refiere una vez más a la nación judía, pero ¿a qué dispersión hace referencia aquí?

En estos momentos ya había terminado el cautiverio que comenzó cuando Nabucodonosor rey de Babilonia había conquistado Jerusalén. Recordemos que ya

habían pasado los setenta años que Jeremías profetizó que duraría este terrible período de la historia de Israel, y de acuerdo a la Palabra de Dios, Ciro rey de Persia firmó un edicto en el primer año de su reinado por el que permitía que todos los israelitas que lo desearan pudieran regresar a su tierra (**Esd 1:1-4**). Ahora nos encontramos ya en el año tercero de Ciro (**Dn 10:1**), por lo que debemos pensar que muchos judíos ya habían regresado a su tierra. Así pues, podemos pensar que ya se había “*acabado la dispersión del poder del pueblo santo*” y estaban listos para comenzar este otro período de angustia y tribulación.

No obstante, sería necesario que previamente se cumplieran todas las cosas que el capítulo 11 de Daniel habían anunciado. Por esta razón, es más lógico pensar que estos acontecimientos tienen que ver con la segunda gran dispersión que el pueblo judío sufrió a manos del Imperio Romano en el año 70 d.C. En esta nueva ocasión el pueblo judío fue esparcido prácticamente por todas las naciones del mundo, tal como también anunció el Señor Jesucristo (**Lc 21:24**). Sin embargo, este cautiverio también ha concluido, porque contra todo pronóstico humano, el 15 de mayo de 1948 el mundo fue sacudido por la noticia de la formación del estado moderno de Israel. Por lo tanto, ahora Israel está listo para experimentar el cumplimiento de la profecía de Daniel en la que se anunciaba un duro período de angustia como nunca antes ha experimentado la nación judía que les llevará finalmente a un tiempo de bendición sin igual bajo el reinado del legítimo descendiente del rey David (**Jer 30:5-9**). Esta restauración final fue anunciada también por el apóstol Pablo (**Ro 11:25-26**). Pero como dice Daniel, cuando se acabe la dispersión del pueblo judío, aún tendrán que pasar tres años y medio de gran tribulación bajo el poder del rey soberbio.

La duda de Daniel y la respuesta del Señor

(Dn 12:8) *“Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?”*

Aunque a Daniel le habían sido dados dones especiales de sabiduría e interpretación de sueños (**Dn 1:17**), y aunque había tenido la instrucción especial de Gabriel (**Dn 8:16**) (**Dn 9:21-22**), sin embargo, Daniel no entendió todo acerca de estas visiones. Todavía le faltaban piezas para completar el puzzle.

En concreto su pregunta al Señor fue la siguiente: “*¿cuál será el fin de estas cosas?*”. Seguramente su pregunta tenía que ver con la venida del Hijo del Hombre a reinar en este mundo (**Dn 2:44**) (**Dn 7:13-14**).

(Dn 12:9-10) *“El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán.”*

La respuesta que Daniel recibe viene a decirle que siga adelante con lo que tiene, que no necesita más. Como ya se le había dicho antes, “*estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin*”. Esto quería decir que permanecerían intactas y estarían disponibles para todos hasta el tiempo del fin, pero sólo los que vivan en ese período lograrán entenderlas plenamente.

Ese será un tiempo cuando “*muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados*”, lo que nos hace pensar que a pesar de la gran tribulación por la que atravesará el pueblo de Israel, aun así muchos se volverán hacia su salvador y serán salvados. Ellos serán los

“entendidos que comprenderán” (Dn 12:10). Esto es similar a lo que ya vimos en **(Dn 11:35)**.

En cambio, los impíos seguirán sus caminos torcidos: *“los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá”*. No cabe duda de que los que no conocen a Dios serán completamente sorprendidos por los eventos del fin del tiempo.

(Dn 12:11) *“Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días.”*

El Señor le dijo cuánto tiempo iba a transcurrir desde el momento en que fuera quitado el *“continuo sacrificio hasta la abominación desoladora”*.

El punto de partida será el momento en *“que sea quitado el continuo sacrificio”*. Esto implica necesariamente que los sacrificios en el templo habrán sido reanudados. También debemos notar que la *“abominación desoladora”* no será puesta inmediatamente después de que *“sea quitado el continuo sacrificio”*, sino que habrán de pasar *“mil doscientos noventa días”*. Esto quiere decir que si por ejemplo los sacrificios cesan a la mitad de los siete años de la última semana de años, la *“abominación desoladora”* no será puesta sino hacia el final de ese período.

En cuanto a la *“abominación desoladora”*, creemos que se tratará de una imagen hecha a semejanza de la bestia diabólica que aparecerá en el último tiempo **(Dn 9:25-27) (2 Ts 2:3-4) (Ap 13:14-15)**. Aunque puede haber otros cumplimientos parciales anteriores a este, como cuando Antíoco IV puso fin a los sacrificios diarios y profanó el templo al erigir allí un altar al dios Zeus y ofrecer en él un cerdo **(Dn 8:11-12)**. Otros ven también una referencia al general romano Tito en el año 70 d.C. cuando invadió Jerusalén y destruyó el templo **(Mt 24:15)**.

El tiempo que transcurrirá entre el momento en que cesen los sacrificios y que la abominación desoladora sea colocada en el templo será de *“mil doscientos noventa días”*. Este período es treinta días más largo que los mil doscientos sesenta días que Apocalipsis nos dice que duraría la persecución del pueblo de Israel **(Ap 12:6)**. Y luego añade:

(Dn 12:12-13) *“Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días.”*

Aquí nos encontramos con que hay una bienaventuranza especial para el que *“llegue a mil trescientos treinta y cinco días”*, es decir, cuarenta y cinco días más. ¿Por qué todos estos días de más? Parece que se trata de los días que todavía tardará Cristo en descender a la tierra para establecer su reino milenial.

Sin duda será un tiempo muy duro de aflicción, y Dios promete una bendición especial para aquellos que perseveren hasta ese momento.

El libro termina con una promesa personal para Daniel: *“Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días”*. Parece que esta promesa está implícita su muerte (*“tú irás hasta el fin, y reposarás”*), así como su resurrección (*“y te levantarás para recibir tu heredad”*). Esto indica que Daniel será resucitado junto con los santos del Antiguo Testamento para recibir su herencia. Con esto se cumplirá una de las verdades fundamentales de este libro: los fieles triunfarán a pesar de que tengan que pasar por días difíciles.

Nunca hemos estado tan cerca de los eventos descritos en las profecías de Daniel, sin embargo, nunca hemos sido tan indiferentes frente a ellas. Por todas partes escuchamos

halagadores mensajes de paz y prosperidad que ya parecen habernos convencido de que todo va bien.

Preguntas

1. ¿Por qué hay tanta diversidad de interpretaciones de este pasaje de las Escrituras?
2. ¿Es este el único lugar en el Antiguo Testamento donde se menciona una resurrección? Ponga otros ejemplos
3. Explique el concepto de cumplimiento múltiple de la profecía.